

**EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL DE AVILA  
INSTITUCION «GRAN DUQUE DE ALBA»**

**TEMAS ABULENSES**

# **EN TORNO A SANTA TERESA**

**POR**

**D. BALDOMERO JIMENEZ DUQUE  
RECTOR DEL SEMINARIO DE AVILA**



**AVILA, 1964**

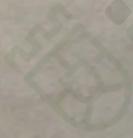


Institución Gran Duque de Alba

NIHIL OBSTAT.  
EL CENSOR,  
Dr. D. J. A. Arriola.

IMPRIMI POTEST.  
† SANTOS, Obispo de Ávila  
Ávila, 7 de julio de 1965.

Depósito legal: AV.-106-1965  
Núm. del Registro: 5.523-1965



Institución Gran Duque de Alba

EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL DE AVILA  
INSTITUCION ·GRAN DUQUE DE ALBA·

TEMAS ABULENSES



# EN TORNO A SANTA TERESA

POR

D. BALDOMERO JIMENEZ DUQUE  
RECTOR DEL SEMINARIO DE AVILA



Nº Rfº 88

AVILA, 1964

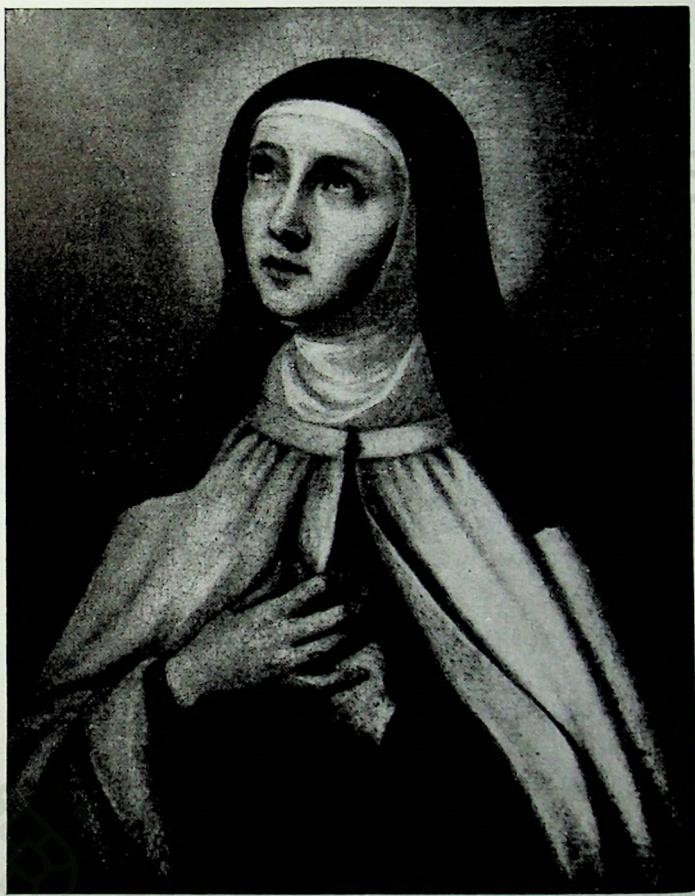


LA JORNADA SANTA TERESA

A JORNADA SANTA TERESA DE ALBA  
CONMEMORANDO EL ANIVERSARIO DEL NACIMIENTO  
DE LA SANTA MATER DE LOS POBRES

CONFERENCIA A LAS 19 HORAS





S A N T A T E R E S A D E J E S Ú S

*De José de Ribera  
(Seminario de Ávila)*



Institución Gran Duque de Alba

BIBLIOTECA ALBERT STADLER

## S U M A R I O

- TRES SANTAS.
- CINCO MAESTROS ESPIRITUALES.
- LITERATURA TERESIANA.
- VOCACION RELIGIOSA EN SANTA TERESA.
- DE LA ENCARNACION A SAN JOSÉ.
- EL SACERDOTE SEGUN SANTA TERESA.
- ASI MURO LA SANTA.
- REFLEXIONES CRITICAS TERESIANAS.
- LA CASTIDAD Y LA AFECTIVIDAD EN LA DOCTRINA TERESIANA.
- ACTUALIDAD TERESIANA.
- APÉNDICE: SAN PEDRO DE ALCÁNTARA.



Institución Gran Duque de Alba

Sobre Santa Teresa he publicado ya tres libros pequeños: *ITINERARIOS TERESIANOS ABULENSES* (Ávila, 1941), que quieren ser una evocación de la Santa, por las tierras que la vieron nacer y vivir. *ENSAYOS TERESIANOS* (Madrid, 1957), que contienen tres trabajos: *LECCIONES TERESIANAS*, *EL MISTERIO TERESIANO* y *LA SOLEDAD EN SANTA TERESA*, más un apéndice en honor de *LA BEATA ANA DE SAN BARTOLOME*. Finalmente, *EL ESPIRITUAL APOSTOLICO DE SANTA TERESA*, (Bériz, 1963). Ahora en este libro reúno otros cuantos estudios acerca de esa egregia mujer, sencillos, sin importancia, pero hechos con mucho cariño, con devoción. Si a alguien le sirven para conocerla y amarla un poco más habrán logrado toda su ambición.



Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba

TRES SANTAS



Institución Gran Duque de Alba

2011/2012 - 387

## TRES SANTAS

Me refiero a Santa Catalina Benincasa, Santa Teresa de Jesús y Santa Teresa del Niño Jesús. Las llamaremos para simplificar con el nombre de la ciudad más relacionada con cada una de ellas, como se va haciendo ya frecuente: Santa Catalina de Siena, Santa Teresa de Ávila, Santa Teresa de Lisieux. Por suerte pertenecen y representan a cada una de las naciones actuales más tradicional e intensamente católicas: Italia, España, Francia.

\* \* \*

Los grandes santos son aquéllos que reciben del cielo una misión más universal y trascendente en la Iglesia. En definitiva, enriquecer con fórmulas y expresiones humanas distintas, y adaptadas a los diversos tiempos y culturas, el mensaje eterno del Evangelio, mensaje de doctrina y de vida, mensaje de caridad. La buena nueva ha consistido en revelarnos Cristo al Padre y en llevarnos a El, al incorporarnos a él mismo, comunicándonos su Espíritu Santo. Hemos descubierto en Cristo la extrema caridad de Dios. Hemos palpado hasta la evidencia que Dios tiene «corazón», es decir amor misericordioso y paternal para con los hombres. Los grandes y los pequeños santos no han hecho otra cosa que repetir en tonos diferentes la misma vital revelación. Aquéllos con una resonancia más larga y más intensa que los otros. Por lo que fuera. Así San Pablo,

San Ignacio de Antioquía, San Agustín, San Francisco de Asís, Santo Tomás de Aquino, San Juan de la Cruz, San Francisco de Sales...

\* \* \*

Creo que en el mundo femenino los tres nombres más célebres en la Iglesia son nuestras tres santas (dejada aparte claro está, la Santa Madre de Dios). Su importancia es manifiesta con sólo acercarse a las historias generales de la Iglesia y a los estudios innumerables que cada una de ellas han provocado y están provocando.

Y notemos que su aparición es relativamente tardía en la vida general de Iglesia. Antes no encontramos figuras femeninas tan acusadas. Aunque no es de extrañar. La promoción de la mujer en la Iglesia es lenta, como lo es en la trama de la cultura universal. La misma devoción a la Virgen María se abre paso despacioseamente a lo largo de los siglos, y va ganando poco a poco metas más altas.

Lo curioso es que Santa Catalina que es del siglo XIV, es en su actuación externa la más avanzada de las tres santas. Su actividad social y política no encuentra parecido en ningún otro caso de los tiempos posteriores. Aunque, sin el relieve que aparece en ella, ese formato no es infrecuente entre las mujeres santas de la baja edad media italiana: se mueven, actúan, hablan, escriben, forman su «camerata» de discípulos, intervienen en los sucesos públicos con sus mensajes y con sus consejos. No olvidemos que los siglos XIII, XIV y XV, italianos ofrecen socialmente problemas y soluciones «modernísimas», que después fueron frenadas por el «renacimiento» y su política absolutista con un marcha atrás que no se supera sino varios siglos más adelante. En aquel clima inquieto y progresista emerge entre todas la egreja figura de la santa de Siena.

Es el exponente de lo mejor de su tiempo. Y el conjunto apasionado de su vida y de su actuación tiene una fuerza insuperable, cuyo secreto divino y humano indicaremos luego. Se impuso y se sigue imponiendo.

Santa Teresa vive en el marco del siglo xvi español. Mujer también de acción por vocación personal y por misión del cielo. Pero es otro formato. Más modesto, más femenino. También ella habla y escribe. Pero más a tono dentro de las estructuras tradicionales de la Iglesia. Su actuación externa de fundadora la cumplirá con tal estilo y tal gracia que quedará como arquetipo clásico de las muchas otras mujeres que después con prodigalidad asombrosa organizarán empresas fundacionales con unos u otros fines apostólicos y caritativos.

Teresita, la más cercana en el tiempo a nosotros, es, paradigmáticamente, la más escondida, la menos moderna en este sentido, en esta hora en que la mujer ha invadido la calle y los rincones todos de la vida. Parece un juego de Dios con los hombres. Santa Teresita es la mujer de nuestros días que más se ha hecho entre todas oír.

En cuanto a actuación hacia fuera nuestras santas parece que van contra corriente, en razón inversa del dinamismo externo que se ha ido conquistando la mujer. Pero no perdamos de vista que se trata de santas, de mujeres que han recibido de Dios una misión eclesial, que estamos por lo tanto en un orden de cosas que no tiene por qué adaptarse en todo o en parte a las dimensiones temporales de su destino sobrenatural y trascendente. Dios es Dios.

\* \* \*

Pero desde luego, hoy por hoy estas tres mujeres están en la cumbre de la fama entre los ejemplares maravillosos y numerosos que la Iglesia católica puede ofrecer al mundo.

Catalina de Siena representa, como decíamos, la vida agitada de la baja edad media italiana, es decir la vida más eclesiástica y europea de aquel tiempo. Su recuerdo ha pervivido después sin desfallecimiento, más por su espíritu llameante que quizás por sus empresas en sí mismas, que quedan sólo como un hecho impresionante de la historia. Su acción eclesiástico-política es algo eminentemente circunstancial, y por eso menos proyección en el tiempo. Su actividad apostólica es de más interesante, y más actual a medida que aquél pasa. Pero su grito apasionado, su deseo ardiente de llevar la sangre redentora a todas las estructuras de la vida humana, centradas en la gran realidad de la Iglesia, de victimarse porque eso se consiga..., es lo que hace y hará eterna la memoria bendita de Santa Catalina.

Santa Teresa es por antonomasia la Santa de la Contrarreforma, valga lo que valga esta palabra y su contenido. El hecho es que en aquel momento barroco y eufórico del xvii fué la mujer que representó más que ninguna otra el triunfo (relativo) de la Iglesia frente al protestantismo. Pero ésto era también circunstancial. Y esa gloria así concebida tenía que esfumarse. Había sin embargo en Santa Teresa otros valores más hondos que estaban en la base de aquella exaltación que culmina en 1622 al ser canonizada. Es la Santa del equilibrio entre la contemplación y la acción, las dos dimensiones que cruzan toda vida cristiana en unas u otras proporciones, pero que en la Santa de Ávila adquieren una síntesis tan perfecta y tan extraordinaria que difícilmente será superada por ninguna otra mujer. Por algo la admiración la persigue sin cesar, y más si cabe en nuestros días, cuando otra mujer valiosa pero des-

orientada, después de criticar terriblemente los problemas planteados a su propio sexo, acaba de decir, al encontrarse con Santa Teresa de Jesús, que ella constituye «l'éclatante exception». (S. de Beauvoir).

La consigna teresiana de la contemplación dirigida expresamente hacia el apostolado (Iglesia, sacerdotes, herejes, infieles...), hecha institución en sus Carmelos, será la gran aportación de Teresa a la obra vital de la Iglesia.

Teresita vivirá esa consigna de su madre Fundadora, pero con su gracia personal intraducible. Encerrada en su convento, sin contacto apenas con el mundo de sus días, desconocida... Pero con una sencillez y una sinceridad de alma, con un espíritu de confianza y de amor, con un sabor de evangelismo tan puro, que al enterarse de ello el mundo por medio de sus escritos, este mundo de hoy exigente y depurado, en angustia y en crisis esforzadas..., quedó subyugado por aquel mensaje cristiano y reconfortante que le venía de Lisieux. Encontró allí una respuesta a sus necesidades, y una sintonización maravillosa con su mentalidad y su sensibilidad. E hizo a Teresita la Santa de los tiempos modernos. De hecho, ninguna otra mujer, a excepción de María, ha conocido un «huracán de gloria» semejante al que se ha levantado en torno a ella. Ni Catalina de Siena, ni Teresa de Ávila, ni ninguna otra hasta el día de hoy.

\* \* \*

Una pregunta difícil se nos echa sin duda encima: ¿por qué en definitiva esa admiración suscitada por estas tres santas?, ¿por qué su simpatía tan duradera en las dos primeras y tan grande en la última?, ¿por qué su influencia en los espíritus mejores? Y ésto dejando aparte lo que de circunstancias ambientales explicativas haya en cada caso. ¡Difícil responder!

Decir que porque Dios así lo quiso, es exacto, pero no explica nada.

Decir que son mujeres de valores humanos excepcionales, encarnaciones magníficas de la «mujer eterna», que la belleza de sus almas necesariamente impresiona a los que se les acercan..., es decir algo, pero no suficiente. Reconozcamos que no es sólo el testimonio de su vida, muy documentado por cierto, lo que nos permite conocerlas, son también y principalmente sus escritos los que en los tres casos nos las hacen presentes entre nosotros, hoy como en sus mismos días. Sus escritos son el medio más importante de que Dios se valió para actualizarlas para siempre.

La respuesta está, en última instancia, en que esos escritos contenían «algo», y lo expresaban con gracia viva, sencilla e inmortal. Y ese algo era lo esencial del mensaje evangélico, que indicábamos al comienzo: amor de Dios nuestro Padre a los hombres, amor hecho carne para ellos en Jesucristo; y ese Jesucristo asumiendo en su abrazo misericordioso a todos los hombres sus hermanos, haciendoles su Iglesia... Las tres supieron contemplar ese amor, fueron grandes contemplativas. Y supieron sentir su llamada. Y supieron entregarse a sus exigencias. Ese amor consumió su alma de mujer, de virgenes, de esposas del Amor... Y puso en ellas fecundidad maternal purísima: les hizo victimarse por esa obra de amor en sus hermanos los hombres, en la Iglesia. En cuanto a proyección externa después, cada una se dejó llevar por la voluntad de ese Amor, que planeó de manera particular sobre ellas. Fué lo más episódico de su misión. Catalina y Teresita están en los extremos de lo mucho y de lo poco. Teresa en medio. Pero el común denominador fué el mismo: Amor, Jesucristo, Iglesia. Para eso su llama de amor viva, hecha de contemplación, de entrega total, de caridad... Y todo esto en-

vuelto en su gracia alada de espléndidas mujeres, de matices psicológicos distintos, pero iguales en su sentido de la generosidad, en su sentido humano de la belleza, en su sentido sobrenatural de la fe, de la confianza, del amor...

Pero el hecho insoslayable ahí queda: Catalina de Siena, Teresa de Avila, Teresa de Lisieux son las santas más célebres de la Iglesia, las de más sostenida influencia y admiración. Su tanto de misterio hay en ello. Pero tratándolas se comprende también, en parte al menos, que así sea. Se entra fácilmente en su amistad y le ganan a uno enseguida para el Amor de Dios. Cumplen ininterrumpidamente su divina misión.

Institución Gran Duque de Alba



CINCO MAESTROS ESPIRITUALES

**CINCO MAESTROS ESPIRITUALES**

Digitado por la Institución Gran Duque de Alba

2013-07-27T10:23:47Z

## CINCO MAESTROS ESPIRITUALES

El que se acerca a la literatura espiritual de nuestros días, tanto de corte científico como de corte práctico y popular, se encuentra con unos cuantos nombres particularmente repetidos. A veces la índole especial del trabajo en cuestión hace resaltar unos más que otros. Pero creo poder afirmar con certeza y seguridad que los nombres hoy más famosos de entre los espirituales de estos últimos siglos (del siglo xvi hasta ahora) son los siguientes: San Ignacio de Loyola, Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz, San Francisco de Sales y Santa Teresita del Niño Jesús.

Límito bien los términos de mi aserto. No hablo de tiempos más antiguos. Aparte de los autores inspirados (San Juan, San Pablo...) hay nombres universalmente consagrados: San Agustín, San Bernardo, San Francisco, San Buenaventura, Santo Tomás, Beato Ruysbroeck, Tomás de Kempis. Aquí me refiero solamente a los últimos cuatro siglos. A ese período de historia humana que corre del «renacimiento» a nuestros días. Durante el mismo, digo, emergen esos cinco nombres entre todos.

¿Entre qué todos? Porque la respuesta de la Iglesia a los «ismos» que de entonces acá han ido germinando: humanismo en general, protestantismo, jansenismo, idealismo, cientificismo, marxismo, existencialismo, etc., etc., ha sido múltiple

y compleja, como no podía ser menos. Aquí no voy a describirla. Basta aludir, para no salir de nuestro campo, a las grandes figuras de santos que con su vida y con su acción han contribuido a sostener y a dilatar el reino de Dios entre sus hermanos los hombres. Ellos con su ejemplo y sus variadas y adaptadas iniciativas fueron los obreros magníficos que hicieron eficaces las grandes directrices doctrinales y pastorales de la Jerarquía.

Yo aquí hablo únicamente de la aportación *doctrinal* que Dios quiso de algunos de ellos como misión propia y específica suya. Y esto además reduciéndome al capítulo de la «espiritualidad», de la perfección sobrenatural del alma, (aunque entendida en un amplio y completo sentido), no a todo lo que de un modo u otro pueda pertenecer al terreno doctrinal de la Iglesia. En la especulación teológica, por ejemplo, hay nombres gloriosos pero que no interesan a nuestro propósito.

Y añado: hablo de *hoy*, de nuestros mismos días, aún dentro de estos cuatro siglos a que me he limitado. Porque hubo momentos en que otros nombres sonaron muchísimo, pero su magisterio no es ya tan universal ni tan actual, aunque se siga más o menos, directa o indirectamente ejerciendo. Por citar a algunos: P. Granada, L. Scupoli, San Alfonso María de Ligorio. Este último poco original, pero piadosísimo y fecundo divulgador de la vida espiritual en todos sus aspectos. No cabe duda que en conjunto estos autores han sido importantísimos, pero ahora no son los primeros.

Cabe preguntar todavía por ciertos nombres célebres. Por ejemplo; el Beato Juan de Ávila y el Cardenal Pedro de Berulle. Es cierto que su influencia ha sido penetrante y que sin ellos la historia de la espiritualidad no podría escribirse como de hecho se ha escrito. Pero nunca tuvieron esas notas de universalidad, ni hoy de actualidad que aquí buscamos. Juan de Ávila es una de las claves de la vida espiritual española del

xvi y su irradiación en el xvii traspasa las fronteras españolas. Es un autor que sugiere largamente. Pero de ahí no pasa. Cada vez se le considera y admira más como a un gran pionero de movimientos que se alargan y se acrecen hasta hoy si se quiere, pero a él no se le lee directamente apenas, más que por los estudiosos. Con Berulle ocurre tanto y más. El siglo xvii francés le debe muchísimo. Su «escuela», (mal llamada francesa por Bremond, digamos sencillamente beruliana, porque en cuanto de Berulle lo de francesa le viene grande, y en cuanto francesa a Francia le viene pequeño), su escuela fué riquísima y su influencia grande. Hoy mismo su espíritu y su gracia propia: —unir la piedad con el dogma, se ha dicho; mejor sería decir: cargar de contenido especulativo, dogmático las elevaciones afectivas del alma—, se deja sentir en muchos autores. Pero a él directamente no se le lee. Nunca fué muy leible, a la verdad: su estilo es con frecuencia pesado y masivo. Y fuera de Francia, prácticamente un desconocido hasta recientemente. Esto es absolutamente cierto para España por ejemplo.

Actualmente, ¿no aparecen otros nombres que pudieran unirse a los que propongo? Algunos autores tienen una boga evidentemente ocasional. Otros sin embargo parecen estar llamados a ejercer una más larga repercusión magisterial. Así un Dom Marmion y sobre todo una Isabel de la Trinidad. A pesar de ello, creo que no pueden situarse a la altura influencial que los otros cinco, al menos de momento. El tiempo decantará las cosas y dirá lo que sea. De Isabel de la Trinidad lo auguramos más, a pesar de que el volumen de sus escritos sea tan breve, y si se quiere tan sencillo en su profundidad. Pero precisamente por eso, por lo que tiene de esencial, de vivo, de sentido por ella..., resulta más comunicativo y gustoso, y así se hará durar.

\* \* \*

Pero ahora tendría yo que probar con estadísticas mi afirmación tan apodíctica y solemne: los cinco maestros espirituales hoy más queridos son Ignacio, Juan de la Cruz, Francisco de Sales, y las dos Teresas, de Ávila y de Lisieux. Es fácil afirmar y hacer panegíricos sobre la base del entusiasmo y de la exageración subjetiva. Pero hacer una demostración técnicamente rigurosa no es lo mismo. En nuestro caso es un problema positivo, de datos y de números. Que yo no voy a hacer, porque no puedo. A pesar de los elencos bibliográficos que se van haciendo sobre estos autores (en el suplemento de *Ephemerides Carmeliticae*, en la revista *Salesianum* de Turín, en las publicaciones a que dió lugar el último centenario de San Ignacio de Loyola, etc.), el recuento no está hecho ni es fácil hacerle. Porque yo no me refiero a los libros y artículos que exprofeso se escriben sin cesar sobre estos maestros, sino tanto y más a las citas, a las referencias innumerables que acusan su presencia viva en toda clase de escritos de espiritualidad, doctrinales y prácticos, científicos y populares, en todas las lenguas cultas y en todas partes. La tarea como se ve es infinita, y el realizarla con exactitud supone mucho tiempo y un equipo de hombres. Incito a que se haga. Yo afirmo un poco o un mucho a ojo de buen cubero, como dicen. Eso sí, confieso sincera y honradamente que estoy asomado cuanto puedo a la literatura espiritual más importante de todas partes en estos últimos tiempos. Y esa es *mi impresión*, valga lo que ella valga, en su pobreza reconocida y en sus deficiencias evidentísimas e inevitables. Otros con más competencia y mejores instrumentos de trabajo me darán o me quitarán la razón. De antemano acepto lo que sea verdadero. Repito que aquí son *los datos positivos los que tienen la palabra definitiva*. Y nada más.

\* \* \*

*Actualidad y universalidad*, estas son las notas que como ningún otro de estos cuatro últimos siglos tiene el magisterio espiritual de San Ignacio, Santa Teresa, San Juan, San Francisco de Sales y Santa Teresita. Luego diré una palabra de la nota de su posible *originalidad*, que es la que explicaría las otras dos primeras.

Pero antes intentemos establecer entre ellos mismos una catalogación.

Creo que en conjunto hoy se lleva la palma San Juan de la Cruz. Sigue Santa Teresita. Luego Santa Teresa. Finalmente San Ignacio y San Francisco de Sales. Entre estos dos últimos, de momento, algo más, seguramente, San Ignacio.

Pero no siempre fué así. (Dejemos aparte, claro está, a Santa Teresita que es ella misma de hoy).

En el siglo xvii la primera de todos estos cuatro es Santa Teresa. (Sólo comparo entre ellos). Siguen San Ignacio y San Francisco de Sales. El último, y con mucho, es San Juan de la Cruz. En el siglo xviii Santa Teresa conserva su fama. Pierde San Ignacio. San Francisco de Sales, que en seguida había penetrado en todas partes (en España lentamente en el siglo xvii, mucho más en el xviii con la venida de los Borbones y de la Visitación), se mantiene, pero frenado, pues le comprometió algo la crisis quietista. San Juan de la Cruz sigue eclipsado, si cabe aún más, en parte por la reacción antimística que provocó aquella crisis. En el siglo xix Santa Teresa mantiene su prestigio. Sigue San Francisco de Sales sin duda ninguna. Luego San Ignacio, que se recupera. Y finalmente continúa bastante silencioso San Juan de la Cruz. No olvidemos que los mismos avatares de las Ordenes Religiosas que fundaron, explica en parte el mayor o menor eco de la doctrina e in-

fluencia de su Padre respectivo. Esto es particularmente palpable con San Ignacio.

El siglo xx es revolucionario. San Juan de la Cruz crece sin cesar en importancia. Hoy es el primero. Se le ha revalorizado extraordinariamente. Y no parece haber llegado todavía a su cenit. Después ha aparecido Santa Teresita. Le sigue actualmente en el interés de los intelectuales y de los espirituales. (Prescindo aquí de lo que hay además de populachero en torno a la Santa de Lisieux. Ese aspecto de la devoción popular hacia la taumaturga, al modo que hacia un San Antonio de Padua por ejemplo, aquí no cuenta). Luego sigue Santa Teresa, que si no ha perdido, absolutamente hablando, al menos comparativamente si respecto de las otras dos grandes figuras de su Carmelo. (Creo que ésto habrá aumentado su gozo accidental en el cielo). Después San Ignacio y San Francisco. Me parece que algo más San Ignacio, debido en parte a su reciente centenario.

Más adelante quizá cambie el orden. O surgirán nuevos astros. O se revelarán algunos ocultos. (Esto es menos probable, pero todo es posible. En parte, no en todo ni mucho menos, es lo que ha ocurrido con San Juan). Dios es inagotable en sus designios y en sus dones. Y la sensibilidad y la mentalidad de los hombres son variables.

\* \* \*

Pero más formativo será sin duda que nos preguntemos él porqué de esta actualidad y universalidad de nuestros cinco santos. Y también, reconozcámoslo, es lo más delicado y difícil de poder con acierto respondernos. Porque en definitiva ello será siempre misterioso. Y se comprende, ya que en este fenómeno histórico anda muy implicada la acción particular-

mente providente de Dios. Se trata de lo que se trata. Pero tengamos la audacia de intentar decir algo.

Siendo autores como son, distintos y separados, ya por su sexo, ya por su tiempo, ya por su nación, ya por su personalidad irrepetible cada una, y rica con toda seguridad, dada la presencia vigorosa y fuerte que han logrado, tienen que ofrecer cada uno algo personal, propio, característico, intrasferiblemente suyo. Y a la vez tienen que convenir en el fondo, no sólo porque son ortodoxos y su doctrina por lo tanto tiene que ser tradicional, sino precisamente porque se han impuesto internacional, universalmente. Esto quiere decir que hay algo común en todos ellos que responde a la necesidad y a la urgencia del hombre de hoy. ¿Será únicamente igualdad radical de doctrina y gracia particular según diversos aspectos de expresarla? ¿Será más bien que coiciden en algo psicológico que les acerca a la situación de nuestro momento, aunque sus itinerarios espirituales sean de trazado divergente pero conduzcan a una misma meta? Difícilísimo contestar. ¿Cómo pueden gustar a un tiempo un San Ignacio y una Santa Teresita? ¿Cómo ha podido gustar una Santa Teresa en la época del barroco y en el siglo xx antibarroco cien por cien?

Quizá por lo que evidentemente tienen de distintos en sus maneras se complementan y mutuamente se reclaman. Quizá esa misma sincera, humanísima variedad les hace valiosamente eternos y por ende actuales. Quizá principalmente porque han subrayado cada uno con su genio propio lo esencial, lo más puro e inmutable del mensaje cristiano de perfección. Se me permitan unas cuantas observaciones para decir algo sobre esta preciosa cuestión.

La espiritualidad de San Ignacio se ha resumido en esta frase: *servir a Cristo por amor* (de Guibert, Iparraguirre, Granero). Ella es el secreto de los *Ejercicios*. Porque para servir así al Señor hay que ejercitarse. Y esto en un doble sentido. Un sentido ascético: de purificación, de renuncia a nuestros desórdenes, de entrega en una palabra, que nos hace aptos para servirle. San Ignacio lo ha dicho todo con una fórmula clave: ponernos en indiferencia hasta llegar al tercer grado de humildad. Digo hasta llegar ahí, pues la indiferencia en su aspecto negativo es sólo una predisposición psicológica para lo otro. Entonces el ejercitarse adquiere otro sentido, que es a donde se dirigía el primero, un sentido apostólico, de servicio estricto. Pero todo por amor, por alabanza, por alcanzar más amor. Hay una nota de activismo generoso, tanto hacia adentro como hacia afuera, en esta espiritualidad ignaciana. Muy siglo xvi y muy siglo xx. La misma oración tiene en ella una finalidad formativa, ascética, para ser luego término, pero dentro de la misma acción: «in actione contemplativus».

Santa Teresa tuvo la suerte y la desgracia de que se apoderara de su fama el barroco. Este exaltó los fenómenos extraordinarios de su vida. Y todavía esperamos liberarnos por completo de esa perspectiva tan incompleta y tan parcial. Porque lo extraordinario, sin negar su papel en la vida teresiana, es sin embargo muy secundario en ella. También sus análisis psicológicos sobre la oración y sus grados la han hecho justamente célebre. Pero no podemos perder de vista que no deja de ser todo ello una confesión pública de su propia experiencia personal, valga ella lo que valga, que es sin duda mucho. Pero Santa Teresa es mucho más que todo eso. Es muy completa y muy total. Por eso ante la sensibilidad mental de nuestro tiempo, mucho de lo que antes se admiraba en ella, se nos va hundiendo. Felicitémonos por ello. De momento pudiera por eso perder en influencia espiritual. Pero Santa

Teresa creo que es un maestro espiritual que perdurará siempre, y hasta que crecerá en la estima de los espirituales más y más con los días. Le espera un más glorioso porvenir. Porque aquello que Bremond admiraba en ella, comparándola con Berulle, es ciertísimo: más sencilla, más humana, más mística, por eso más universal... Si, el «elan» magnífico de aquella alma tiende hasta las séptimas moradas, pero ¡con qué equilibrio y con qué serenidad! R. Pic ha podido escribir con toda razón en su bello estudio sobre Santa Teresita: «le «chemin de la perfection» (de Santa Teresa) n'est-il pas déjà, lui aussi, à sa manière l'enseignement d'une petite voie? Pudo añadir otras muchas páginas de la Santa de Avila. El capítulo V de las «Fundaciones» por ejemplo es una maravilla de exactitud sobre la combinación práctica de las virtudes de la caridad con el prójimo, de la obediencia, y de la oración. ¡Hoy que se dicen tantas tonterías a este respecto!

Para Santa Teresa la ascética se resume en la virtud de la *humildad*. Humildad teresiana, sencilla, verdadera, que nos lleva al amor, cultivado en la oración, y que se traduce en obras, en ansias de apostolado, en servicio también: Cristo y su Iglesia, almas... Las séptimas moradas harán el elogio del alma que es María y Marta a la vez... Santa Teresa es una síntesis magnífica, no especulativa, de toda la vida espiritual. Sencilla, comprensiva, integral.

San Juan de la Cruz, más sustancial, más metafísico más profundamente psicólogo, más sistemático, sin serlo del todo. Más radical principalmente, por esa misma sistematización, por esa preocupación tesista que ya le acompaña. Por eso se deja impresionar más de las abstracciones y esquemas neoplatónicos y los utiliza sin asfixiarse en ellos, porque en definitiva es vida lo que ofrece, vida llameante, con «furia» española y con lirismo de fuego. También él tiene su ascética y a

tenor de su estilo terminante y esquemático: *nadas y noches, espiritual pobreza radical*. Una ascética que sintoniza con el latido precisamente del mundo angustiado de hoy. Por eso San Juan de la Cruz es tan «nuestro». Pero en él la nocturnidad es camino para llegar a la unión transformante de un Dios que es llama de amor viva. La noche se resuelve así en esperanza y vida. Claro que el apostolado en esas circunstancias apenas será acción, pero será un apostolado altísimo que se pierde en la unión misma con Dios. La preocupación realizadora de aquel en el tiempo, que era deseo ardiente teresiano y efectividades ignacianas, en San Juan no se da. Su «servicio» es de otro modo, más escondido, más eterno. Su mensaje, tan teológico, es en la entraña fundamentalmente y medularmente humano, por eso universal como pocos, pero su formato inmediato es más restringido. Supone al alma en circunstancias más determinadas ya.

San Francisco de Sales es saboyano, francés si se quiere, y de un siglo después. Sus modos son suaves. Pero su ascética es fina y penetrante, cual la primera. Con sencillez, con serenidad, muy inclinado sobre las realidades concretas de la vida, muy cerca de Santa Teresa. Va sin embargo hasta el fondo, hasta la entrega perfecta de la voluntad humana en la divina, hasta el amor puro que se consuma en un santo y total abandono. Abandono activo desde luego. De antemano, nada pedir, nada rechazar, porque se quiere lo que El quiera, sea lo que fuere. Y cuando ello se conoce, entonces se abraza, se quiere con todo el alma, se goza el alma en vivirlo. Es una espiritualidad ascética y mística al mismo tiempo cien por cien. De un tono más pasivo que el ignaciano, pero en realidad, salvando los diversos matices, ¿qué distancia hay entre la indiferencia que lleva al tercer grado de humildad y el abandono generoso y activo salesiano?

Teresita es la doctora de nuestro tiempo. Casi una niña. Es sencillamente maravilloso y humanamente hablando desconcertante. Pero son cosas de Dios. Ciento que se ha exagerado en torno a ella. El « huracán de gloria » que la envuelve ha hecho impacto excesivo hasta en espíritus por otra parte serenos. ¿ No se ha llegado a decir que hasta ella no se había expresado en toda su pureza y sencillez el mensaje evangélico de la perfección? ¿Qué ha hecho y enseñado entonces hasta ella la pobre e ignorante madre Iglesia? Pero cierto, Teresita es la traducción preciosa de lo que ya se sabía y hacía hace veinte siglos a nuestra mentalidad actual. Esa es su misión y su grandeza. Su sencillez y su depuración formal entroncan a maravilla con la descarnada y paradójica situación actual del mundo. Teresita ha subrayado la paternidad misericordiosa de Dios tanto y más que lo habían hecho Santa Teresa y San Francisco de Sales. Ha presentado la abnegación ascética, insustituible siempre, bajo el símbolo evangélico de la infancia espiritual hecha de sencillez humilde y de confianza sin medida. Ha llevado al amor, amor que se victimá, en deseos apostólicos, escondidos, pero inmensos, a lo Teresa y a lo Juan.

Nuestros cinco maestros son distintos y son iguales. Cada uno es él mismo, único e intraducible. Lo contrario significaría que eran clisés repetidos sin valía personal alguna. Pero al mismo tiempo hay algo, mucho en ellos, que les armoniza y les hace juntamente agradables a las gentes de hoy, unos a unos más, otros más a otros, según esa distinta acentuación doctrinal de cada uno, y según las maneras de presentarla. ¿Qué melodía de fondo suena en sus enseñanzas?

No basta para explicar la aceptación que reciben con decir que escriben de lo que ellos viven, que su vida palpita en sus páginas. Eso se puede decir de otros muchos autores. Ni que apenas son sistemáticos en sus exposición, — cosa que hoy se

prefiere—, porque tampoco otros lo son, y además en parte no es exacto: San Juan, San Francisco de Sales, la misma Santa Teresa más o menos discretamente lo son. Aunque lo vital rompe en ellos por doquiera los moldes y las armaduras. Tiene que haber algo más. Tiene que haber un elemento doctrinal rico y profundo que es el que impresiona y el que se impone.

Ese algo común es en definitiva *lo esencial* de la espiritualidad evangélica y paulina. Estos cinco autores han sabido distinguir, cada cual un poco a su manera, lo que era tal y lo que no lo era. No que no toquen también aspectos secundarios y accidentales de la perfección. Pero saben situar las cosas, las jerarquizan según su importancia relativa y ocasional. Su tiempo, su ambiente, no digamos su personal psicología, de algún modo coloran sus enseñanzas, pero su genio les hace siempre ir a lo inmutable y eterno, ir a lo esencial. Y esto lo han hecho —y ahí está su sencillo secreto—, de una manera humana y caliente, con una vibración psicológica tan sincera, que les hace estar cerca de todos los hombres, seguramente para siempre ya. Ellos ni se dieron cuenta de toda la trascendencia de su obra (a pesar de algunas frases de ambas Teresas). No pretendieron sistemáticamente nada. Les salió así. Y el acierto y el eco han sido inmensos, porque... lo quiso Dios. (1).

Los cinco han proclamado la nada radical del hombre, su impotencia consiguiente, su miseria tan grande. Pero sin

---

(1) Dios no les inspiró que acentuasen ningún aspecto particular de la espiritualidad cristiana, ni que fuesen heraldos de alguna devoción concreta, por más seria y teológica que ella fuese, como a otros santos y a otros autores (por ejemplo, a Santa Margarita María de Alacoque, San L. M. Grignon de Montfort, San Pablo de la Cruz, San P. J. Eymard...). Ellos lo tocan todo, pero van al núcleo total, dogmático y moral del cristianismo de la manera más sencilla. Por eso son universales y eternos, como lo es en su esencia el cristianismo, cuya perfección exquisita ellos supieron vivir y enseñar a los demás.

amargura, con sana serenidad, sin pesimismos exagerados. Es la dimensión temporal de su «humanismo». Y luego han mirado hacia Dios, Dios Padre, Dios Amor, Dios Hombre en Jesucristo. Para orientar todo hacia él, envolviendo, en su caminar esperanzador y radiante con Cristo y en Cristo, a sus hermanos los demás hombres. Es la otra dimensión escatológica de su humanismo optimista y cristiano, siempre animador. (Todo lo demás es accidental y son meros medios).

Por eso esa vertiente ascética de su espiritualidad, en el fondo la misma: es esa actitud del alma de pobreza radical de los pobres de Yavé y de las bienaventuranzas bíblicas, que se llama indiferencia y tercer grado de humildad en San Ignacio, y humildad sin más, repetida como un estribillo, en Santa Teresa, nada y noche oscura en San Juan de la Cruz, abnegación y abandono en San Francisco, infancia en Santa Teresita.

Para liberada así el alma —santa libertad de los hijos de Dios, que los cinco cantan y proclaman— abismarse en el amor de Dios y poder así repartir a los otros de ese amor. Vertiente mística, sencilla y amorosa, serena y generosa de su espiritualidad. Se comprende, por consiguiente, la paz racional y esforzada a la par del espíritu ignaciano. Y la alegría y la armonía teresiana. Y la llama de amor contemplativo de San Juan. Y la conformidad sonriente y sacrificada de San Francisco de Sales. Y la confianza infantil y heroica (asi: heroica) de Santa Teresita. Todo se reduce en último término al amor, a la caridad, alma del misterio cristiano. Ellos son los doctores del amor. Lo esencial, envuelto en sencillez, con un sentido perfecto de las exigencias divinas, pero a la vez con un sentido humanísimo de nuestra realidad limitada, pobre y débil, pero abierta al infinito también. Esta ha sido y es la suprema lección de nuestros santos.

\* \* \*

Casi sin querer hemos venido haciendo *comparaciones* entre los cinco maestros espirituales. Todo ello es muy aventureado. Pues habría que haber ido probando con textos metodológicamente recogidos y utilizados el pensamiento de unos y otros. Esto en parte ya se ha hecho por ahí, aunque queda mucho todavía por hacer. En este asunto no es científico fiarse de intuiciones ni afirmaciones a vista de pájaro.

Más delicado aún sería determinar las *influencias* de unos en otros. Aún sirven menos para esto las intuiciones. Ni los parecidos dicen gran cosa más que como sospecha para poder después con documentos positivos en la mano demostrar la pretendida influencia, sea ésta directa, sea indirecta, que complica aún más. Porque pueden darse parecidos muy grandes y no ser debidos a influencia mútua ninguna. Un estudio de este género exigiría varios libros, porque es inmenso.

Desde luego la cronología facilita el camino. En San Ignacio ninguno de los otros pudo influir. Cuando él muere Santa Teresa es una monja desconocida y San Juan poco más que un niño. El pudo por el tiempo hacerlo en los demás. Pero temperamentalmente es el más distinto de todos los otros, y su espiritualidad, aún siendo humanísima, es la más complicada de las cinco. Le salva y hace actual sin embargo lo esencial de sus bases, y la misma invitación introspectiva de sus exámenes tan psicólogistas y excavadores.

En Santa Teresa algo debió de influir. La huella de los Ejercicios se rastrea en las páginas teresianas, y ya se ha ido siguiendo (Larrañaga, Iparraguirre...). Quizá se pueda aún apurar más.

San Ignacio y Santa Teresa han influido ciertamente en San Francisco de Sales. La presencia de la Santa de Ávila en el Santo de Annecy ha quedado exhaustivamente precisada

por el P. Serouet. Es trabajo modelo, hecho con todo rigor y técnica históricas. (Ella influye enormemente en todos los autores de los siglos XVII y XVIII. Para San Ligorio, por ejemplo era «la sua seconda mamma»).

En Santa Teresita pudieron influir todos. Pero de San Ignacio apenas se nota nada. La de San Francisco de Sales para mí es evidente, no sólo porque era autor muy leído entonces en el Carmelo de Lisieux, sino porque esa corriente de confianza y abandono que él provoca es antecedente que directa o indirectamente lleva a la confianza infantil teresiana. La de San Juan de la Cruz ha sido expresamente afirmada por la Santita. (El Padre Bernard la ha estudiado con detenimiento y objetividad). La de Santa Teresa quizás se ha minimizado demasiado. Pero en un Carmelo, por francés y beruliano que fuese, (todo el Carmelo francés ha sido hecho más carmelitano y teresiano precisamente por Santa Teresita y su Carmelo de Lisieux), la presencia de la doctrina de la Santa Madre se tenía que dejar sentir. Y allí se sentía. La sencillez teresiana, la libertad del alma en los problemas de oración —recuérdese la definición del capítulo VIII de la Vida y lo que se dice en el Camino—, el amor apasionado a Cristo y su Iglesia, el apostolado del amor, del sacrificio, de la contemplación..., todo eso lo ha respirado Teresita allí, aunque ya por otros lados también lo hubiera en parte recibido, y quizás principalísicamente hubiera manado del manantial de su alma iluminada.

Porque no exageremos ni lo demos demasiada importancia. Reciban lo que reciban unos de otros, en definitiva nuestros cinco grandes maestros son personalísimos, lo que toman de otros lo asimilan, lo reelaboran, lo recrean, lo hacen suyo, y por lo tanto original. No digamos del conjunto de su visión de la vida espiritual. Por algo son grandes.

\* \* \*

San Ignacio de Loyola, Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz, San Francisco de Sales, Santa Teresa del Niño Jesús..., son regalos espléndidos de Dios a la Iglesia para enseñar a las almas los caminos que llevan a la cumbre del monte de la perfección cristiana. Dos, San Juan y San Francisco, han sido solemnemente proclamados por ella maestros y doctores. Y los elogios a los demás no se les ha regateado tampoco de muchas maneras. Los tres que no lo son podrían igualmente ser declarados doctores también. (Elias, ¿por qué no?). Es verdad que no son los únicos maestros, ni de antes ni lo serán tampoco de después. Pero de momento, actualmente, me parecen ser de facto, los más gustados por el mismo pueblo cristiano y por la estima de los doctos. Su misión teologal es eminentemente doctrinal. Y la ejercen magníficamente de hecho, y cada día más.



Institución Gran Duque de Alba

**LITERATURA TERESIANA  
(SOBRE AMBAS TERESAS)**



Institución Gran Duque de Alba

ANALIZANTE ARGENTINA

EDICIÓN ALBAKA EDICIONES

## LITERATURA TERESIANA

### (SOBRE AMBAS TERESAS)

No pretendo hacer un recuento de la abundosa literatura (libros y artículos de todo género y valor) que en torno a ambas Teresas, la de Avila y la de Lisieux, se multiplican por todas partes. Haría falta un grueso volumen. Ni siquiera hacer una crítica completa sobre algunas publicaciones a que enseguida aludiré. Mi intento es dejar caer, a propósito de esas publicaciones, algunas reflexiones que se me ofrecen, y que pudieran servir para el diálogo a los estudiosos de temas de espiritualidad, sobre todo teresiana.

\* \* \*

En primer lugar, saludemos alborozados las ediciones, fotográfica y manual (1), de los autógrafos de Santa Teresita. Ya tenemos su «autobiografía» auténtica, sin maquillajes ni retoques. Realmente desde que hace años se sabía que los escritos de la Santa habían sido más o menos falsificados, todo lo legítimo que ello fuese, el malestar entre los teresianistas y hasta entre muchos de los devotos de la Santa era grande. Confieso que yo lo padecí enormemente. Porque no bastaba que se nos dijera que la doctrina que se nos había en-

---

(1) «Manuscrits autobiographiques». Carmel de Lisieux. 1957. 348 páginas.

tregado en la llamada «Historia de un alma» era realmente de la Santa, que se trataba únicamente de supresión de algunos párrafos y de cambios de estilo. Porque en el caso, el ritmo de la vida y la doctrina estaban tan identificados, que eran en realidad la misma cosa, el mismo mensaje. Y ésto constituía un verdadero problema teológico: ¿cómo esa Teresa disfrazada es la que ha suscitado un movimiento espiritual tan enorme y ha arrastrado tras sí a millones de almas? Se suponía que los autógrafos, tal como eran, se habrían presentado a la Congregación de Ritos en el proceso de beatificación, y que la Teresa de los mismos era la que había subido a los altares. Pero ante los fieles, esos fieles que con sus oraciones y sus peticiones de gracias habían arrancado al cielo y a Roma aquella glorificación, ¿no se padecía un engaño, ya que ellos se habían dirigido a esa Teresa que, como la de algunos retratos y fotografías, no era exactamente la verdadera, la que había existido, hablado y escrito? Delicado problema.

Se comprende que Madre Inés de Jesús al publicar el original, recién muerta la Santa, tuviera que suprimir algunos detalles. La más elemental prudencia lo exigía. Se explica algún que otro retoque en un escrito que se hizo con todo abandono y sin pretensiones. No hay duda que estaba autorizada por la Santa para ello, con amplios poderes: jurídicamente no hay problema. También tengamos en cuenta que en 1898 Teresa del Niño Jesús no era nadie... Pero ¡tanto reformar: más de 7.000 detalles...!, ¡y esperar a tan tarde para darnos el texto auténtico, después del « huracán de gloria », después de la apoteosis universal de la Santita!, ¿no ha llegado a producir un poco de escándalo? Malestar desde luego.

Sin embargo la magnífica edición que comentamos nos ha devuelto la paz antes turbada. Realmente, el estilo se había retocado casi por completo. Según gustos muy temporales

y discutibles. Muy fin de siglo. Muy caducos por consiguiente. Algún que otro párrafo interesante se había eliminado. También según criterios no del todo explicables. ¿Qué perdía la espiritualidad y la santidad de Teresita con saber que de muy niña en su nerviosismo rabioso llegaba a revolcarse por el suelo? ¿Qué sufria su evolutiva personalidad con algunos datos, psicológicamente preciosos, que ella nos ofrece en la narración de su peregrinación a Roma? ¿Qué aleccionador no es lo que nos confiesa de sus dificultades en la oración, en especial en el rezo del rosario, próxima ya a la muerte? etcétera, etc.

Pero realmente la Teresa de la «Historia de un alma» y la de los autógrafos es la misma, exactamente la misma. La impresión es tranquilizadora y satisfacidente en absoluto. La misma realidad detallada, el mismo espíritu y aliento, en el fondo la misma expresión. Por supuesto la misma doctrina. Las diferencias son tan superficiales que no hay peligro alguno de equivocarse. Dios no ha jugado con los hombres, no podía jugar. La Teresita del cielo, la que conocemos los demás, la que vivió en Lisieux hace unos años, es ella misma, una e igual.

Con todo, los autógrafos nos la acercan más, más natural, más sencilla si cabe, más sin pose, más ella... Y además su «autobiografía», así como salió de sus manos, es como tendrá un valor eterno e inmortal. Ocurrirá como con los libros de la Madre Teresa. Si fray Luis de León nos los hubiera pulido como algunos querían, quizás nos los hubiera estropeado para siempre, de no haberse conservado los autógrafos. Pero tuvo el acierto de no quererlos tocar: fué una maravillosa intuición, para aquellos tiempos y para aquel hombre ático como pocos lo han sido. Y ahí están inmarcesibles. Porque cuando hay contenido, como es en el caso de ambas Teresas, y contenido

riquísimos, y ese contenido se vierte hecho vida, por consiguiente con toda naturalidad, como se siente, como se habla, como se vibra..., a pesar de todos los defectos de forma, esa obra es algo vivo siempre, es siempre actual. Si por el contrario al entregar ese mensaje vital, se le trabaja y adorna según sensibilidad y mentalidad determinadas, —siempre inevitablemente habrá algo de esto— pensando en dar gusto a un público que por necesidad es de la época en que se respira, la obra se actúa y condiciona, se la temporaliza y encuadra temporalmente demasiado, se la hace perder eternidad y frescura...

Ya tenemos, pues, en nuestras manos a Teresita del Niño Jesús y de la Santa Faz, tal como la conocieron y trajeron las carmelitas de Lisieux en 1897, tal como fué al pie de la letra en realidad. Creo que ha ganado en gracia y atractivo, y en fuerza magisterial. Sencilla, realista, santita de verdad...

\* \* \*

Pero sobre Santa Teresita es ingente la literatura que se publica. Fácilmente se puede suponer que de muy inigual valor y sentido.

Hay una literatura exaltante y entusiasta. No es el panegírico barroco clásico: ampuloso, indocumentado, retórico... Pero viene animada de la misma devota intención: ¡superior a esta santa no hay ninguna! Los procedimientos son otros, más aparentemente sencillos, con documentación aparatoso, con estilo sobrio y sereno. Pero... en la manera de utilizar los datos y los textos, en el encuadrarlos e interpretarlos, en el deducir de frases quizá inocentes consecuencias desorbitadas..., está el problema.

Así para algunos el camino doctrinal de la Santita es el de

una espiritualidad totalmente nueva. (1). Ciento que se matiza, se explica... Pero queda siempre la impresión de que no se había descubierto hasta ella el verdadero secreto de la espiritualidad cristiana. Y esto es inadmisible en sana doctrina.

A veces cualquier palabra, una frase de un verso por ejemplo, —y todos sabemos lo que significa y cómo se gesta muchas veces un verso en el conjunto del poema— sirve para construir todo un capítulo doctrinal, que se quiere más o menos original y nuevo. (2). Parece demasiado.

En esta línea se sitúa entre nosotros el P. Barrios Moneo, C. M. F., (3), en sus estudios teresianos. Son admirables de preparación, documentación, seriedad científica, de cariño... Pero éste le lleva demasiado lejos a veces. Pongo un par de ejemplos. Primero. Para él es indubitable que Santa Teresita gozó en los últimos tiempos de su vida de la presencia permanente de la sagrada Eucaristía. Creo que de la documentación que se aduce, no se sigue más que fué en ella un deseo, que «esperaba» al parecer concedido, sin que ella misma pudiese afirmarlo. Pero la cosa queda en el aire. Y si tal cosa queda en el aire, se puede con más seguridad afirmar que no hubo nada. Porque el fenómeno ya en sí mismo es complicado y difícil. Presencia perma-

---

(1) M.-M. Philipon: «*Sainte Therese de Lisieux. Une vie toute nouvelle*», 4 éd. Desclee de Brouwer, 1949. 323 páginas.

(2) H. Petitot: «*Vie integrale de Sta. Therese de Lisieux. Une renaissance spirituelle*». Nouvelle édit. Paris, 1925.

A. Combes: «*Introduction a la spiritualité de S. Therese de l'E. J.*». 2.<sup>a</sup> éd. París, 1949.

A. Combes: «*L'amour de Jesus chez S. T. de Lisieux*». París, 1949.

A. Combes: «*Sainte Therese de Lixieux et sa mission, Les grands lois de la spiritualité theresienne*». París-Bruxelles, 1954:

(3) A. Barrios Moneo, C. M. F. «*La Espiritualidad de Santa Teresa de Lisieux*», 2 vol., tomo I: Los grandes problemas precarmelitanos.

Tomo II: «Los grandes problemas de su transformación».

Madrid, 1958. 288 y 277 páginas.

nente de las Especies en el estómago (supongo que eso del corazón será una metáfora), lo cual supone una serie de inconvenientes y de milagros no pequeños. Se trata de una presencia de Jesucristo que es de suyo «sacramental», y en este caso de la Eucaristía, repetible por sí misma... etc. Pero, en fin, para Dios todo eso es posible. Y teológicamente es pasable... Sin embargo, un fenómeno así, tan extraño, tan poco frecuente que sepamos tiene que constar con certeza moral más que suficiente. En el caso de San Antonio María Claret las afirmaciones son rotundas. En el caso de Santa Teresita evidentemente no. Por eso... ¿?

Segundo ejemplo. La herida de amor que recibe la Santa haciendo el Via crucis pocos días después de su oírenda al Amor Misericordioso. Se la estudia, se la pondera, e inevitablemente se la compara con las gracias místicas similares de la Madre Teresa. Se repite que son casos distintos, pero dada la doctrina que se formula como tesis, se viene a deducir que lo de la Madre fué de menos valor. ¿Por qué? Es cierto que el P. Barrios se apoya para su exposición, siempre seria y delicadísima, en algunos párrafos de San Juan de la Cruz. Dios me libre de discutir con el Santo Doctor, para mí el Maestro por antonomasia. Pero alguna vez por atrevimiento o por miopía o por todo a la par quizás yo no alcance el peso total de sus razones. Porque aquí todo el problema está en lo siguiente: en el caso de la Madre el fenómeno místico viene acompañado alguna vez de la visión imaginaria del serafín (o querubín dirá ella); también de cierta repercusión corporal. No creo sostenga el P. Barrios que la trasverberación teresiana fué un fenómeno físico somático, del corazón. Hoy eso nadie lo admite, y fué una invención del siglo XVIII (1). En

---

(1) P. Gabriel de Santa María Magdalena. «L'Ecole thérésienne et les blesures d'amour mystique». *Etudes Carmelitaines*, 1936, 2.º Année. Vol. II. 208-243 páginas.

Santa Teresita no hay más que la herida fuertísima, una sola vez, sin visiones, purísima, de espíritu a espíritu, más que transverberación, sumersión en el fuego divino...

Pero, ¿qué sabemos en definitiva dónde fué más grande la gracia de Dios? Porque haya repercusiones somáticas, la gracia ¿tiene que ser más limitada? ¿No hay algo de sombra y prejuicio platónico en todo esto? (La dialéctica nos pierde a los occidentales. Y también lo era San Juan de la Cruz). La Pasión del Señor por ser no sólo en su alma sino también en su cuerpo, ¿fué por eso menos valiosa? Nuestra futura glorificación cuando se consume corporalmente también, ¿va a ser por eso menos perfecta que cuando lo sea sólo en el alma separada? Las llagas de San Francisco, ¿arguyen menos amor de Dios en su alma que si no las hubiera tenido?

Por otra parte en el caso de las dos Teresas lo único diferente es la visión a veces del ángel y la repetición del fenómeno en la Madre. Porque repercusión, es decir, registrarlo el cuerpo, creer que se va a perder la vida, ambas la sintieron igualmente. Y los efectos tal como una y otra los describen son idénticos: herida, trasverberación, sumersión..., todo poco más o menos. ¿En cual fué más alta y preciosa la gracia, que San Juan de la Cruz hace categoría mística universal para las almas en vuelo...? Sólo Dios lo sabe. Y nadie más.

Y luego..., ese afán de explicar todo (pequeños problemas psicológicos de la infancia, las gracias de la primera comunión, etc.) en tono místico elevado..., parece excesivo. Quizá la acción de Dios en esa alma, evidentemente privilegiada, fuese más sencilla... Y todo sea más humano, sin dejar por eso de ser particularmente providencial. Incidimos en el «barroco», en la falta de sencillez, con apariencias sin embargo de tenerla, en aquel barroquismo que veía por ejemplo, en el

caso de la huida de Santa Teresa de Jesús a sus siete años a «tierra de moros» la consumación de la santidad, empezar por donde otros santos habían terminado!!!!

En definitiva, en las obras de Combes, de Barrios, etc., me parece que se prolongan un poco las fotografías de Lisieux, retocadas, beneficiadas... Una fotografía hecha con arte y con amor, mejora al objeto, y le hace bajo muchos aspectos más interesante.

El P. Barrios ha publicado después otro libro sobre Santa Teresita (1). Es un estudio documentado y ponderado sobre las circunstancias entre las cuales la vida de la santa se desenvolvió en el Carmelo de Lisieux. La madurez de conocimientos y de visión es perfecta. Y la santa queda maravillosamente iluminada en el marco de sombras y de grises que la entornan.

Pero por el otro extremo Santa Teresita ha sido minimizada, caricaturizada. Los nombres del P. d'Alençon, Staehlin, y sobre todo Van der Meersch (2), bastan y sobran. Este último, novelista de profesión, escribió una verdadera novela psicológica sobre la Santa. (Es género que aunque va cediendo, ha estado muy de moda). Y no es que no dijera verdades. Pero en conjunto y muchas de sus apreciaciones subjetivas son inadmisibles.

Tenemos después el libro de Hans Urs von Balthasar (3).

---

(1) *Santa Teresita, modelo y mártir de la vida religiosa*, Madrid, 1960, 402 páginas.

(2) Ubald d'Alençon: «Sainte Therese de l'Enfant comme je la connais». Estudis Franciscans (37. 1926. 14-28).

Staehlin, Carlos María: «Teresa Martín la Santa de Lisieux». Manresa. Núm. 83. 1950. Páginas 125-174.

Van der Meersch, Maxence: «La petite Sainte Therese». París, 1947.

(3) Hans Urs von Balthasar: «Teresa de Lisieux». (Historia de una misión). Barcelona. Edit. Herder. 1957. 371 páginas.

El nombre sólo es llamativo. Confieso que el libro me decepcionó. Se trata de una novela, teológica esta vez. El «genio germánico» del autor suizo le ha traicionado. Escribir sobre santos, seres reales, existenciales, concretos, no es hacer dialéctica a priori y aplicarla, cuadre o no cuadre, a los mismos. La vida no resiste esquemas prefabricados. Es ella quien se los hace, como sea en cada caso. Von Balthasar empieza por hablar de la «misión teologal» de Teresa. Como algo exclusivo en los tiempos modernos junto con el santo Cura de Ars. Entendámonos. Teresa ha recibido una misión extraordinaria, ecuménica como ningún santo de los tiempos modernos (ni San Juan María Vianney, ni San Juan Bosco, ni Santa Gemma Galgani, por citar algunos de los más célebres). Pero *todos* los santos tienen misión teologal, más o menos importante y extensa. Todos tienen en primer lugar —y ésta es común a todos ellos— la de ser testimonio de la santidad de la Iglesia. Ese testimonio se hace, no de uno u otro santo solamente, por grande que sea, sino de la suma de muchos. La santidad de la Iglesia, como hecho, exige esa multitud. Pero además cada santo tiene una misión teologal de Dios entre los hombres, concreta y determinada. Cada uno es una edición de Cristo, pero distinta e irrepetible en cada caso, que responde a circunstancias de psicología, de tiempos, de influencias más o menos limitadas, pero preciosas sin embargo. Una fundadora por ejemplo, quizás a la mayoría de los cristianos nada diga, pero para el grupo de sus hijas y de las obras que ellas animan, su ejemplo particularísimo es único y especial, es un estímulo maravilloso, es una verdadera misión teologal. Que la de Teresita, vuelvo a repetir, sea extraordinaria, es evidente. Pero decir que es exclusiva... es una piadosa exageración y nada más.

Pero donde von Balthasar no velea a pasto es en su interpretación del secreto teresiano. Aquella vida, tan sencilla y humilde, se estructura sobre el equívoco de su impecabilidad

y santidad conscientemente y artificialmente admitidas por la Santa. Sus hermanas y el P. Pichón tuvieron la culpa. Sobre ese equívoco, mejor dicho sobre esa pintoresca falsedad, se eleva el edificio de la santidad teresiana (y, supongo, el de su misión teologal). Van der Meersch había hecho de Teresita la encarnación del fracaso en el camino de la perfección, pero del fracaso aceptado, (morbosa o soberbiamente, o humildemente aceptado, no lo sé...). Y en esto estaba su secreto. No fué una santa. Mejor dicho fué una santa porque se conformó con no poder serlo. Para von Balthasar fué una santa porque tuvo que vivir ese papel que los otros le asignaron por grado o por fuerza. Su tragedia y su éxito estuvo en esa tensión, más o menos perfectamente lograda y sostenida con heroísmo, iba a decir, digna de mejor causa... Pero ambos autores no tienen para sus elucubraciones base documental. Han retorcido solamente unos textos aislados, y les han dado una interpretación infundada. Basta leer sin prejuicios la autobiografía y demás escritos teresianos para convencerse hasta la evidencia de ello.

También von Balthasar ignora prácticamente a Santa Teresa de Ávila. Pero se permite hacer comparaciones entre ambas santas. Lo cual sin conocer directamente y a fondo a las dos, no es serio ni científico intentar.

Otros muchos autores han escrito y escriben sobre Santa Teresita. Es imposible recordarlos aquí. Por citar uno, modelo de equilibrio, hago una excepción con el P. Víctor de la Virgen, O. C. D. (1). Otros varios se podrían nombrar, por ejemplo, M. Drouzy V., P. Desconvemont, M. D., Poinzenet... (2).

\* \* \*

(1) P. Victor de la Virgen, O. C. D. «Realisme spirituel de Sainte Therese de Lisieux». París. 1956. 214 páginas.

(2) M. Drouzy: *La double vocation de S. T. de L.*, Bruxelles, 1959, 92 páginas. P. Desconvemont, *S. T. de l'E. J. et son prochain*, París, 1962, 280 páginas. M. D. Poinzenet, *T. de L. témoin de la foi*, París, 1962, 408 páginas.

Santa Teresa de Jesús sigue manteniendo su importancia secular. Pero hoy es menos popular que su hija de Francia. Y los estudios teresianos suyos, que conocieron un fuerte revival hace algunos años, hoy tienden un tanto a amenguar. No en vano los santos, en cuanto a su fama e influencia en este mundo, son parte del aspecto temporal y fluible de la Iglesia peregrinante. Pero la literatura teresiano-abulense más o menos florece también hoy. Tampoco aquí la vamos a elencar.

Santa Teresa de Avila tuvo la suerte o la desgracia de que su glorificación coincidiese con el apogeo del barroco. Quiere decir que el arte y la literatura se apoderaron de ella según los estilos y gustos imperantes. La estatua del Bernini es todo un exponente. Y los panegíricos indocumentados, repetidos como clisés manidos, exagerados hasta las hipérboles más ridículas, redondeados, retóricos y empulosos... resultan inaguantables para nuestra actual sensibilidad mental. No digamos nada del prurito por lo extraordinario y por lo moralizador que continuamente aparece en esos escritos.

Nuestros tiempos han exigido una revisión y un viraje en este sentido, como en otros muchos de la cultura en general. Santa Teresa viene estudiada muy de otra manera, con más severidad, con la devoción remansada con que escribieron de ella los biógrafos primeros. Documentos, crítica, estudios doctrinales... van convergiendo con su luz sobre esa figura egregia, prácticamente inagotable. Y no es que no se sigan diciendo alabanzas un poco o un mucho resabidas, pero el tono que se va imponiendo es más exacto.

El riesgo está actualmente por el lado contrario. La cara humana de los santos es lo que principalmente gusta estudiarse, es donde se carga el acento, a veces casi exclusiva-

mente, como si el elemento sobrenatural no tuviese allí importancia ninguna o fuese secundario. Si el atender solamente a esto último es desacertado; el ignorarlo es aún más deformante de la realidad que aquí se estudia: al fin lo sobrenatural informa y perfecciona todo lo utilizable que haya en aquella persona de que se trata, y es lo que formalmente hace al santo.

Sobre Santa Teresa el peligro se cierre tentador. De una u otra forma. Desde las lindezas que llenas de euforismo indiscreto se dijeron a finales del siglo pasado y comienzos del presente (Hahn, Janet, Ribot, Leuba, James) hasta los trabajos, más serios y concienzudos, bien intencionados desde luego, como el del P. Augusto Donázar, O. C. D., (1). En esta obra hay planteamientos y observaciones preciosas, pero sus «excavaciones» teresianas, como se las ha llamado, quizás quieren buscar demasiado, quizás pierden de vista, que aunque pudieran aplicarse al caso teresiano rigurosamente todos los esquemas elaborados por los mejores psicólogos y carateriòlogos que se quiera (Szondi, Le Senne, Jung...) toda la acción de la gracia, que en esta mujer es maravillosa, y toda la respuesta libre de la misma, queda al margen, es inaprehensible para aquellos. Y el misterio teresiano se escapa del alcance de sus laboratorios. De hecho es así. Y de un modo u otro todos lo reconocen y confiesan. Pero aún la misma aplicación de aquellos esquemas a la compleja y difícil psicología teresiana es siempre enormemente problemática.

Claro que persiste a la vez el directa o indirectamente querer engrandecerla demasiado. Sobre todo al pretender los autores espirituales medir el itinerario de otras almas por las clasificaciones teresianas. Es achaque de siempre. Que tiene

---

(1) Augusto Donázar: «*Meditaciones Teresianas*». Editor Juan Flors. Barcelona. 1957. 302 páginas.

su razón de ser. Santa Teresa es tan humana, tan observadora, tan penetrante, que muchas de sus experiencias pueden servir de orientación para otras almas. Pero sólo de orientación, de punto de referencia. Porque cada alma es un alma, y Dios no está obligado a nada ni a nadie en la distribución de sus gracias ni en la infinita variedad de las mismas.

Por eso es extremadamente aventurado hacer de la mística, del problema místico, una dialéctica a priori, de sabor platónico, de la que se derivan hasta consecuencias jurídicas, como si se tratase de «oposiciones» o «concursos» con plazas limitadas o no... Querer encasillar después las experiencias unipersonales en las de una determinada persona, es una de tantas maneras de resolver aquel planteamiento básico de esta misteriosa realidad.

Como muy bien subrayaba el P. Eulogio de la Virgen del Carmen, O. C. D. (1), a propósito de San Juan de la Cruz, la experiencia es en sí misma inefable, intraducible. Después, el balbuceo de la misma hecho en el hervor de la contemplación, y que se convierte en poemas, símbolos, comparaciones vivas y ardientes, que son para la razón, dirá San Juan de la Cruz, verdaderos «dislates». Finalmente, viene luego la fría elaboración doctrinal de ese material, la interpretación racional del mismo. Si el segundo plano es ya una sombra del primero, de la realidad misteriosa de la unión estrecha de Dios y el alma, el tercero es todavía un empobrecimiento más grande, «un magnífico fracaso», que diría Baruzi. Fuego abisal escondido, alguna lava oculta y chispas que de él saltan, escoria muerta y apagada finalmente.

Los balbuceos teresianos y hasta sus conatos de explica-

---

(1) Fr. Eulogio de la Virgen del Carmen: «El prólogo y la hermenéutica del Cántico espiritual». El Monte Carmelo. Vol. 66. 1958. 2-104 página.

ción son estupendos. Y mucho pueden valer y han valido para ayudar a miles de almas. Pero el caso teresiano es en definitiva un misterio tremendo, máxime en su vertiente interior. Sólo Dios lo conoce. Sólo Dios puede establecer comparaciones entre ella y otras vidas místicas y santas.

Pero lo que sí puede y debería hacerse es estudiar a Santa Teresa más detalladamente, minuciosamente, recoger en sus escritos todas las riquezas doctrinales que contienen, no tanto en cuanto experiencia mística específicamente tal, sino en cuanto lecciones evangélicas, repensadas y vividas por la Santa. Sería utilizando no sólo sus obras grandes, sino también las cartas, los «dichos» recogidos en los procesos de beatificación, etc. Como se ha hecho con Santa Teresita. En orden cronológico para mejor conocer la posible evolución de su pensamiento o de otra manera. Encontramos a las dos Teresas, a la Madre y a la Hija, muy parecidas, muy sintonizadas, muy empañadas en la misma admirable sencillez... Ya indiqué esto en otra ocasión, y aludi a algunos temas concretos que se podrían particularmente estudiar: (amor a Cristo y a su Iglesia, oración, apostolado, caridad, humildad...) (1). La única diferencia estaría en que el material teresiano-abulense es cuantitativamente mucho más.

En este sentido son preciosos los trabajos de Olivier Leroy sobre Santa Teresa y San Juan de la Cruz en varias revistas. Sobre la Santa ha publicado una *biografía espiritual*, que es un encage de intuiciones y observaciones felices, de análisis finos y penetrantes, fruto de un estudio amoroso de los textos y documentos teresianos (2).

\* \* \*

- 
- (1) Jiménez Duque, B.: «Ensayos Teresianos». Madrid, 1957. 141 páginas.  
(2) O. Leroy, *S. Thérèse d'Avila*. París, 1962, 204 páginas.

Todo está diciendo en consecuencia que Teresa de Avila y Teresa de Lisieux son dos santas extraordinarias, simpáticas como pocas, que nos han legado un tesoro escrito que no admite parangón con ningún otro par. Si las juntamos a San Juan de la Cruz, a Isabel de la Trinidad (otras figuras podrían añadirse, pero esas bastan) el equipo carmelitano es en espiritualidad incomparable.

Cuando en 1958 se dirigió el Papa a las religiosas de clausura de todo el mundo, las dos únicas santas por él citadas han sido las dos Teresas. Así como la de Avila fué también el único ejemplo de mujer que en el Congreso de Estados de Perfección del 1950 propuso a todos los religiosos y religiosas como ideal de vida contemplativa y activa combinadas en una maravillosa y altísima y suprema expresión.

Ambas santas son actuales. Ambas ofrecen con semejanzas y diferencias, el mismo mensaje. Ambas provocan cada día más la admiración y el estudio de los espíritus mejores. No nos extrañemos que dado su mucho valer y su contenido riquísimo, se las vea y se las enfoque desde perspectivas a veces distintas. Mientras respondan a un aspecto objetivo y no quieran pasar por exclusivas y totales, son verdaderas. Todavía no se han agotado las posibilidades, ni es fácil agotarlas. La literatura teresiana, doblemente teresiana, seguirá... (1).

---

(1) A propósito de nuestra Santa Teresa, me parece que en España hace falta una revista, parecida a los «Anales» de Lisieux, que sea órgano de un movimiento teresianista. (Podría ser teresiana y sanjuanista a la vez). No una revista de alta investigación (las que hay de ese género sobre «espiritualidad» ya son suficientes, y naturalmente giran en torno a esas colosales figuras). Pero tampoco una revista piadosa y vulgar. Revista con trabajos serios, históricos y doctrinales, con notas teresianas, hasta gráficas, con bibliografía al día, a ser posible exhaustiva, con información interesante acerca de lo relacionado con nuestros santos en todo el mundo. (Po-

dria hasta llegar a publicar alguna edición en francés). Quizá se lograse provocar así ese movimiento, que está muy apagado bajo muchos aspectos. Es verdad que nos falta la ciudad teresiana por completo. Ni Ávila que no posee las grandes reliquias, ni Alba que está muy atrasado y que de por vida tuvo poco que ver con la Santa... Es una lástima, cuyas consecuencias es la gloria terrestre de Teresa quien las paga. Y su mensaje celestial de algún modo también... El centenario de la Reforma Teresiana (1962) ha provocado una serie extraordinaria de monografías y trabajos en torno a Santa Teresa, de inigual valor. En cuanto a fijación de textos y precisión de datos prosiguen los valiosos trabajos de los Padres Efrén y O. Steggink, O. C. (ediciones de la BAC), etc.



• Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba

**VOCACION RELIGIOSA  
EN SANTA TERESA**



## VOCACION RELIGIOSA EN SANTA TERESA

La vocación es una llamada. Llamada de Dios.

Hay una llamada de Dios a la existencia. En El somos seres posibles. Por su voluntad libre y misericordiosa somos seres reales.

Hay una llamada de Dios al cristianismo. Llamada universal y lejana hecha a todos en Cristo y por Cristo. Y que se hace próxima por la fe y el bautismo que muchos hemos recibido.

Hay luego una llamada al «estado de vida» que Dios quiera para cada uno. Estados de vida que son en función de los demás, de la comunidad eclesial, del pueblo. Así a la llamada «vida religiosa», a esa consagración especial que, dentro del cristianismo, supone la práctica de los llamados consejos evangélicos, y por ende la renuncia al matrimonio, etcétera.

Hay por último la llamada a esa misión personalísima, intransferible, de cada cual... Esa que se va descubriendo paso a paso, según se anda el camino inédito del vivir, según se va siendo fiel a las gracias de cada día. ¿Qué sabía Teresa

del periplo espiritual de su vida cuando entró en la Encarnación, ni siquiera en San José después? Al morir en Alba había llegado a una meta de vida espiritual y de obra externa social que años antes era para ella insospechada.

Dios llama, Dios lo manifiesta como sea. Y el hombre responde mejor o peor a sus llamadas. ¡Adsum! Quiero...

Misterio en el fondo por ambas partes. Luz y amor. Convicción y decisión. Si se acierta y se responde de verdad, habrá satisfacción honda en definitiva. Y se vivirá en plenitud y en fecundidad espléndidas.

Poder. Querer. Y querer por motivos sobrenaturales, por ideales religiosos altos. Por motivos conocidos y expresos (los puede haber ocultos, fuerzas subconscientes, que pueden dar lugar a vocaciones falsas...).

La aceptación y bendición de la Iglesia dará garantía oficial, seguridad oficial, a esas vocaciones que son precisamente en función de ella, algo para ella y de ella.

\* \* \*

Los capítulos 2, 3 y 4 de la autobiografía teresiana nos ofrecen la documentación íntima de su vocación religiosa.

La infancia es simbólica si se quiere, pero infancia al fin. El martirio. Las ermitas en la huerta... Las lecturas. El padre, la madre..., los primos, el primito que le hace el amor... La prima, la amiga, las criadas... ¿Inés Mexía?

¿Qué hubo? Amoríos de adolescencia. Nada más. Muere Doña Beatriz. Se casa su hermana mayor Doña María. Y don Alonso decide que Teresa entre en las agustinas de Santa

Maria de Gracia como doncella de piso para evitar peligros. Debió ser para ella una enorme contradicción, una gran repugnancia...

El forcejeo... Doña María Briceño, gran monja, gran pedagoga... Su arte suave de captación. ¿Hizo algo el confesor D. Juan Dávila? Poco a poco el cambio se opera. Véase el proceso evolutivo de estas frases, correspondientes, la primera al capítulo 2.<sup>º</sup> y las demás al 3.<sup>º</sup> de la autobiografía: «enemiguísima de ser monja». «Algo (se mitigó) la gran enemistad que tenía de ser monja». «Que me diese el estado en que le había de servir; mas todavía deseaba no fuese monja, que éste no fuese Dios servido de dármelo, aunque también temía el casarme». «Ya tenía más amistad de ser monja». «Estos buenos pensamientos de ser monja me venían algunas veces y luego se quitaban, y no podía persuadirme de serlo». «Y aunque no acababa mi voluntad de inclinarse a ser monja, vi era el mejor y más seguro estado».

Pero el esfuerzo fué terrible. Un conflicto emocional tremendo de adolescencia. Crisis amorosa. Comienzo de un desequilibrio nervioso por la tensión producida al superarlo. Enferma...

Viajes a Castellanos con parada en Hortigosa en casa del tío Pedro, el asceta solitario... Allí lectura de las cartas de San Jerónimo, leña en el fuego...

Será monja, decididamente será monja, sin apelación... «Acuérdaseme, a todo mi parecer, y con verdad, que cuando salí de casa de mi padre, no creo será más el sentimiento cuando me muera; porque me parece cada hueso se me apartaba de sí, que, como no había amor de Dios que quitase el amor del padre y parientes, era todo haciéndome una fuerza tan grande, que si el Señor no me ayudara, no bastaran mis con-

sideraciones para ir adelante. Aquí me dió ánimo contra mí, de manera que lo puse por obra.

«En tomando el hábito, luego me dió el Señor a entender cómo favorece a los que se hacen fuerza para servirle, la cual nadie no entendía de mí, sino grandísima voluntad. A la hora me dió un tan gran contento de tener aquel estado, que nunca jamás me faltó hasta hoy; y mudó Dios la sequedad que tenía mi alma en grandísima ternura» (1).

Una vocación cerebral, descubierta a base de reflexión, de motivaciones altas, de ideales que se aceptan, de dificultades y de luchas, decisión pura y seca de la voluntad... La sensibilidad estaba enfrente (superados los amorios, quedaba el padre adorado, los hermanos, la casa...). No hubo peligro de ilusión, de falsia, de motivaciones escondidas...

Fe, razón, voluntad... A lo Teresa... Su emotividad finísima aquí no tomó parte, es decir entró pero para ser superada ante la luz... No fué una vocación sentimental, al contrario.

Teresa es honrosísima, (estamos en el siglo xvi español, en el que los sentimientos del honor —estima de sí mismo ante la propia conciencia— y el de la honra —la estima ante los demás—, son valores supremos), decididísima, recia y firme, de temple toledano. Más adelante a otro propósito ha escrito: «...digo que importa mucho, y el todo, una grande y muy determinada determinación de no parar hasta llegar a ella, venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, trabájese lo que se trabajare, murmuré quien murmurare, siquiera llegue allá, siquiera se muera en el camino o no tenga corazón para los trabajos que hay en él, siquiera se hunda el mundo» (2).

\* \* \*

(1) *Vida*, cap. 4.

(2) *Camino*, cap. 21.

El ideal de la *reforma carmelita* que sueña y que emprende Teresa, llevada de la mano de Dios, lo ha formulado en el capítulo primero del *Camino*. Y eso se ha encarnado en San José de Ávila. Es casi una idealidad realizada, hecha vida. El marco es exigente: recogimiento, pobreza, austeridad, vida de oración, de trabajo, de sencillez evangélica... Vida «eremítica», no en el sentido material de la misma, sino espiritual —el espíritu del Carmelo primitivo—, pero esa vida justificada por un sentido apostólico inmenso que la valoriza al máximo.

Aquello fué un «suceso». Hoy no impresiona tanto...: el tono espiritual de los conventos de religiosas es gracias a Dios alto. Pero ¡entonces!... Se comprende que sus carmelos causaran la admiración de la sociedad de su tiempo. *Son espejos de España estas casas*, decía D. Alonso Velázquez de aquéllos. (1). Porque los monasterios femeninos en el siglo xvi en España (al igual que los de varones), eran muchos, llenos, poco fervorosos la mayor parte...

*Muchos*: era un producto de la religiosidad general, fundaciones de grandes señores, en contacto intenso con la calle..., sin clausura muchos hasta Trento, con dificultades económicas a veces por su abundancia, mucho trato... Los locutorios: salones de sociedad, los grandes mentideros sociales de entonces... Seglares dentro (señoras de piso, criadas...).

*Llenos*: vocaciones falsas (las familias que presionaban, para «remediar»...). (180 en la Encarnación, 600 en Aldeanueva de Santa Cruz (Ávila)... ¡Qué sería aquello! «Tengo por experiencia... lo que son muchas mujeres juntas: ¡Dios nos libre!» (2).

(1) Carta a Gracián, Toledo, dic. 1576; y a A. Mariano, Toledo, 12 dic. 1576.

(2) Carta al P. Ordóñez, Ávila, 27 jul. 1573.

*Sin fervor*: reglas mitigadas, sin ideales, ni actividades formadoras (si había necesidad se pedía, no se trabajaba), las familias proveían a cada una, salidas, locutorios, tratos peligrosos (los «devotos»), vida no común (celda como casa propia, cocina y mesa aparte, criadas...). Una caricatura de vida religiosa... La Encarnación de Avila...

Véase todo el capítulo VII de la *Vida* acerca de los muchos monasterios entonces... Fuerte... muy fuerte el cuadro (1).

\* \* \*

En San José de Avila por el contrario, todo pequeño, pobre, recogido, silencioso, austero... Por eso las monjitas han de ser:

- 1) *Pocas*.—Se trata de sus conventitos, de clausura, de vida contemplativa y pobre. Puso sólo 13; luego alargó hasta 20. «Mírese mucho, por amor de Dios, que se espantaría el daño que es en estas casas ser muchas, aun aunque tengan renta y de comer» (2).
- 2) Como principio general que ha de presidir la admisión de candidatas hay que poner el del *bien común sobre el particular*. Se trata de comunidades, de vida muy unida y cerrada, de clausura....: «...adonde son tan pocas, de razón

---

(1) Es verdad que antes de la «reforma teresiana» había en España muchos monasterios con gran espíritu y fervor, en los cuales se observaban «reglas» más o menos reformadas. Así por ejemplo algunos de clarisas descalzas, inspiradas en la reforma de Santa Coleta (Gandía, Madrid, etc.). Pero eran los menos. Y además su vinculación en muchos casos a los reyes o grandes que los fundaban, complicaban pronto la sencillez y libertad de su vida. Júntese la situación jurídica (generalmente dependían de los obispos); y la menos elaborada reglamentación. Santa Teresa obvió todo eso: sin ingerencias de extraños, (recuérdese el caso de la princesa de Eboli), unión en la Orden, legislación sapientísima, número pequeño y limitado de monjas...

(2) Carta a M.<sup>a</sup> de San José, Malagón, en. 1580. Cfr. Carta a id., Palencia, 6 enero 1581.

habían de ser escogidas». «...siempre se ha de mirar más el bien común que al particular» (1).

3) Esto exige que se mire mucho, *se examine mucho a quienes se recibe*. Informarse bien, probar si hace falta. Es «cosa importantísima» (2).

4) *Espirituales, deseosas de ser de Dios...*, por supuesto. Pero...

5) *Sencillas*, piadosas pero sin retóricas... Que no *presuman* de «latinas»: «Antes que se me olvide. Muy buena venía la del P. Mariano, si no trajera aquel latín. Dios libre a todas mis hijas de presumir de latinas. Nunca más le acaezca, ni lo consienta. Harto más quiero que presuman de parecer simples, que es muy de santas, que no tan retóricas» (3). A la luz de este criterio se explican los casos que recuerdan sus biógrafos: como el de aquella pretendiente que con énfasis iba a traer también su «biblia»: «¿Biblia, hija? No vengáis acá..., que somos mujeres ignorantes y no sabemos más que hilar y hacer lo que nos mandan». O el que cuenta Gracián acerca de Catalina de Cristo, a quien la Madre llevó de priora a Soria a pesar de que sabía poco de lecturas y negocios: «Calle, mi padre, que Catalina de Cristo sabe amar mucho a Dios, es muy gran santa y de alto espíritu». Y salió excelente priora y fundadora.

No olvidemos que Teresa tuvo pasión por las letras y por los letrados: «Siempre fui amiga de letras...» «Son gran cosa letras para dar luz en todo...» Aunque «¡como no soy tan le-

(1) Carta a Doña María de Mendoza, Avila, 7 mar. 1572. It. al P. A. Mariano, Toledo, 21 oct. 1576.

(2) *Modo de visitar los conventos; cartas, como por ej. a M.<sup>a</sup> de San José, Toledo, 7 sep. 1576*: «no se arrojar a tomar monjas».

(3) Carta a M.<sup>a</sup> de San José, Toledo, 19 nov. 1576.

trera como ella no sé qué son los asirios!» (1). Humor inso-bornable e ironía fina de la Santa...

6) Pero una cosa es presumir de latinas y otra ser *inteligentes y discretas*. En esto Santa Teresa es inexorable. He aquí algunas citas:

«...una monja muy lectora y de partes que a él (P. Hernández) le contenta... más la quiero que traer monjas tontas y si puedo hallar otra como ésta no traeré ninguna» (2).

«En gracia me ha caído el decir vuestra reverencia que en viéndola la conocerá. No somos tan fáciles de conocer las mujeres, que muchos años las confiesan, y después ellos mismos se espantan de lo poco que han entendido; y es porque aun ellas no se entienden para decir sus faltas, y ellos juzgan por lo que les dicen. Mi padre, cuando quisiere que le sirvamos en estas casas, dénos buenos talentos, y verá cómo no nos desconcertaremos por el dote; cuando esto no hay, no puedo hacer servicio en nada (3).

«Que hemos bien menester monjas de talento» (4).

«En ninguna manera si no son avisadas, tome ninguna, que es contra constituciones, y mal incurable» (5).

«Como falta de entendimiento, no se llega a razón... Más a ninguna parte se podrá sufrir» (6).

Y el P. F. de Ribera nos ha conservado esta contestación

---

(1) Carta a M.<sup>a</sup> de San José, Avila, 28 mar. 1578.

(2) Carta a Doña Luisa de la Cerda, Toledo, 27 may. 1568.

(3) Carta al P. A. Mariano, Toledo, 21 oct. 1576.

(4) Carta a M.<sup>a</sup> Bautista, Toledo, 21 en. 1577.

(5) Carta a M.<sup>a</sup> de San José, Avila, 28 mar. 1578.

(6) Carta a Gracián, Valladolid, 7 jul. 1579.

de la Santa a Gracián: «Padre, la devoción acá se la dará Nuestro Señor, y la oración acá se le enseñará; antes a las que allá fuera la han tenido es menester algunas veces trabajar primero para hacerlas olvidar lo que habían aprendido. Pero si no tienen buen entendimiento, no le darán acá. Y fuera de eso, una monja devota y sierva de Dios, si no tiene entendimiento, no es más que para sí. Si tiene entendimiento, aprovechará para gobernar a otras y para todos los oficios que son menester» (1).

7) *Salud*. Sobre todo del sistema nervioso. La famosa *melancolía*, que llama la Santa. Habría que copiar aquí todo el capítulo 7 de las *Fundaciones*, y el *Modo de visitar los conventos*, varios párrafos de las sextas y terceras *Moradas*, y muchas cartas. «Terrible cosa es este humor, que hace mal a sí y a todos» (2). «...es una beata melancólica, de lo que habíamos de estar escarmientadas, y será por echarla después» (3). «Harto más valdría no fundar que llevar melancólicas que estraguen la casa» (4).

Fácilmente estas neurasténicas son unas inadaptadas e inquietas: «Sé lo que es una monja descontenta» (5). «Crea que a una monja descontenta yo la temo más que a muchos demonios» (6). A veces no admite por la ya mucha edad: «está muy gastada» (7).

(8) *Ni defectuosas*. «Es contra nuestras Constituciones tomar con el defecto que tiene (tuerta)...». «Porque ni santidad, ni valor, ni tan sobrada discreción, ni talentos yo no los

(1) *Vida*, l. 4, c. 24.

(2) Carta a D. Lorenzo de Cepeda, Toledo, 15 abril 1580.

(3) Carta a M.<sup>a</sup> de S. José, Toledo, 11 jul. 1577.

(4) Carta a Gracián. Malagón, dic. 1579.

(5) Carta a Gracián, Valladolid, oct. 1580.

(6) Carta a Gracián, Soria, 14 jul. 1581.

(7) Carta a Ana de los Ángeles, Valladolid, 26 agos. 1582.

veo para que la casa gane» (1). Una que dicen que es buena, que Juan Díaz «la vea, y que si es fealdad no sé qué señal que dicen tiene en el rostro que no se tome» (2). ¡Buen gusto teresiano!

(9) *Pobres*. Este texto de las fundaciones lo dice todo: «Gran experiencia tengo de ello. Bien sabe su Majestad que, a cuanto me puedo acordar, jamás he dejado de recibir ninguna por esta falta, como me contentase lo demás. Testigos son las muchas que están recibidas sólo por Dios, como vosotras sabéis. Y puédoos certificar que no me daba tan gran contento cuando recibía la que traía mucho, como las que tomaba sólo por Dios; antes las había miedo, y las pobres me dilataban el espíritu, y daba un gozo tan grande, que me hacía llorar de alegría: esto es verdad» (3). Y en carta al Padre Báñez: «Crea, padre mío, que es un deleite para mí cada vez que tomo alguna que no trae nada, sino que se toma sólo por Dios; y ver que no tienen con qué, y lo habían de dejar por no poder más: veo que me hace Dios particular merced en que sea yo medio para su remedio. Si pudiese fuesen todas así, me sería gran alegría; mas ninguna me acuerdo contentarme que la haya dejado por no tener» (4). Así en otras cartas a D. Lorenzo de Cepeda, a Gracián, a María de San José. Se alegra con todo cuando traen dineros, pero si tienen las condiciones debidas. Alguna vez sin embargo llega a decir a María de San José, que se debatía con grandes dificultades económicas: «...no estamos en tiempos de tomar de balde» (5).

---

(1) Carta a D.<sup>a</sup> M. de Mendoza, Avila, 7 mar. 1542.

(2) Carta a M.<sup>a</sup> de San José, Toledo, 9 set. 1576.

(3) Cap. 27.

(4) Segovia, may. 1574.

(5) Toledo, 1576. Clr. Procesos de Beatif., ed. Silverio, testimonio de Ana de Jesús. Salam., I, pág. 465; Dorotea de la Cruz, Vallad. II. 19, etc.

10) *Edad.* Cierto, recibió como niñas internas a tres o cuatro, sin ser monjas, para que lo fuesen luego, si querían, al tener la edad requerida por las leyes. Era cosa que entonces con las debidas autorizaciones, se permitía. «Que no se puede dar hábito de menos de doce años, mas criarse en el monasterio sí» (1). Teresita su sobrina, Isabel hermana de Gracián «la mi Bela», Casilda de Padilla, Marianita la hija de Antonio Gaytán... Fueron el encanto de la Madre y de sus monjitas. Las referencias a ellas en *Fundaciones* y en sus *cartas* son páginas de antología infantil y de pedagogía deliciosa.

Pero para tomar hábito y profesar quiere calma y tiempo. Unas citas: «Déjela un poco más que harto moza es... (Juana Bautista) no me parecerá mal que la probase más, que me pareció enferma» (2). «De balde es buena... el mal que hay es que no ha más de 14 años (3). «Muy poca edad es trece años... que dan mil vueltas, allá lo verán» (4). «Bien me parece que se detenga... que niña es y no importa. Ni se espante vuestra reverencia de que tenga algunos reveses, que de su edad no es mucho. Ella se hará y suelen ser más mortificadas después que otras» (5).

11) *Antirracismo.* Nota curiosa. Teresa no tenía inconveniente en admitir a las que «tuviesen raza» como entonces se decía, es decir, a las que fuesen de raza judía por ejemplo. Y téngase en cuenta que en sus días el antirracismo y racismo por consiguiente estaban en carnes vivas, y los «estatutos de limpieza de sangre» se aplicaban por todas partes. Buen

---

(1) Carta a Gracián, Sevilla, 27 sept. 1575.

(2) Carta a la priora de Medina, Beas, 12 may. 1575.

(3) Carta a M.<sup>a</sup> de San José, Malagón, 18 de jun. 1576.

(4) Carta a M.<sup>a</sup> de San José, Avila, 28 mar. 1578.

(5) Carta a Catalina de Cristo, Medina, 15 de sept. 1582.

sentido cristiano solamente, o ¿también era el grito de su misma sangre? Consta por testimonio de la Beata Ana de San Bartolomé, cuando en Francia se suscitó el problema de si recibir o no carmelitas a convertidas del protestantismo. La Beata aducía a favor de la admisión el que en tiempo de la santa Madre se recibían en España a las llamadas «israelíticas» (1).

Recuérdese también el caso de la «esclavilla» (negrilla) que casi por caridad desea que reciban en Sevilla (2).

\* \* \*

En resumen, dicen las *Constituciones* teresianas: «Mírese mucho que las que hubieren de recibir sean personas de oración, y que pretendan toda perfección y menosprecio del mundo, y que no sean menos que de dieciseis años; porque si no vienen desasidas de él, podrán mal sufrir lo que aquí se lleva; y vale más mirarse antes, que no echarlas después; y que tengan salud y entendimiento, y que tengan habilidad para rezar el Oficio divino, y ayudar en el coro. Y no se dé profesión, si no se entiendiere en el año del noviciado tener condición y las demás cosas que son menester para lo que aquí se ha de guardar. Si alguna de estas cosas le faltare, no se tome, salvo si no fuese persona tan sierva del Señor y útil para la casa que se entendiere por ella no había de haber inquietud ninguna, y que se servía a Nuestro Señor en descender a sus santos deseos. Si éstos no fueren grandes, que se entienda la llama el Señor a este estado, en ninguna manera se reciba. Contentas de la persona, si no tiene alguna limosna que dar a la casa, no por eso se deje de recibir, como hasta aquí se hace». «Y así en las que se recibieren, les vaya

(1) Carta XI a Berulle, de la ed. Serouet, París, 1964, pág. 38.

(2) Carta a M.<sup>a</sup> de San José, Toledo, 28 jun. 1577.

amonestando que tengan en más los talentos de las personas, que lo que trajeren, y por ningún interés reciban, sino conforme a lo que mandan las Constituciones, en especial si es con alguna falta en la condición» (1).

\* \* \*

Finalmente, anotemos, Teresa ha sido soberanamente sencilla para admitir o no y hasta para echar si hacia falta. Su principio supremo lo consignó en carta a Gracián a propósito de una que hubo de salir, recomendada del P. Olea, S. J.: «...como ello sea cosa que toque en agradar a Dios, húndase el mundo» (2). Y sobre el mismo caso ya había escrito antes: «Ya creo sabe que no soy desagradecida, y así le digo que si en este negocio me fuera perder descanso y salud, que ya estuviera concluido; más cuando hay cosa de conciencia en ello, no basta amistad, porque debo más a Dios que a nadie. Plugiera a Dios que fuera falta de dote, que ya sabe vuestra reverencia, y si no infórmese de ello, las muchas que hay en estos monasterios sin ninguno, cuanto y más que le tiene bueno» (3).

Pero flexibilidad no le falta. La necesidad en conjunto exige a veces pasar por detalles menos importantes: «...¿Piensa, mi padre, que para las casas que yo he fundado, que me he acomodado a pocas cosas que no quisiera? No, sino a muchas: algo se ha de sufrir para acomodar una necesidad como ésta» (4). «...que yo le digo que si no me hubiera acomodado, según las pocas que vienen, que no tuviera vuestra paternidad ahora monjas para lo uno y para lo otro» (5).

---

(1) *Modo de visitar los conventos.*

(2) Toledo, 1º nov. 1576.

(3) Carta a A. Mariano, Toledo, 21 oct. 1576.

(4) Carta a Gracián, Toledo, jul. 1577.

(5) Carta a Gracián, Sevilla, dic. 1575. Cfr. carta a id., Sevilla, 28 agosto 1575.

«Algo se ha de sufrir, que así hacemos en todas partes a los principios que no puede ser menos» (1). «...aunque tengan algún achaque, que no se halla mujer sin él» (2).

En definitiva, cuestión de prudencia natural y sobrenatural en cada caso, y nada más.

\* \* \*

Para terminar estas notas viene a propósito este interesante testimonio de D. Antonio de Aguiar, hecho en las informaciones de Burgos para el proceso de beatificación de la Madre: «Compadeciase grandemente de sus prójimos y recibió en esta ciudad una muchacha en hábito de hombre que venía descaminada, la metió en su casa, la vistió, y habiéndola tenido dos o tres semanas, dijo a este testigo: yo no estoy satisfecha de cosa que haga sino se la digo a Vuestra Merced; yo he recibido a esta muchacha que vino descaminada y hame acontecido hallar muchas santas por este camino. Véala Vuestra Merced, y dígame su parecer. Y aunque la dicha Santa tenía la gracia de discreción de los espíritus, y un divino conocimiento de los talentos de cada persona, en aquello se convino con este testigo y con el acuerdo de su priora y monjas, por no parecer que era la que cumplía para aquel ministerio, la tornó a encaminar a casa de su padre, con el debido recato. Era cosa del cielo ver con qué tiento examinaba el talento de las personas que quería para ella, y a las dos vueltas que daba, calaba y tanteaba los quilates de valor que tenían las mujeres que la venían a hablar para tomar el hábito, y luego decía a este testigo: esta mujer no tiene el talento que buscamos. Y tal hubo, que le pareció a la dicha santa madre Teresa que la había de dar la Religión dineros para su

---

(1) Carta a M.<sup>a</sup> de San José, Toledo, 28 jun. 1577.

(2) Carta a Ana de San Alberto, Toledo, 2 jul. 1577.

dote antes que pedírselos, diciendo: ésta es de las mujeres que ha menester este convento, como en efecto fué una gran religiosa, que en el siglo se llamaba doña Beatriz de Arceo, y era viuda: las demás despedía con la gravedad que ella sabía tener en todas las cosas» (1).

\* \* \*

Los resultados: Bta. Ana de San Bartolomé, María de San José, Ana de Jesús, Isabel de Santo Domingo, María Bautista, María de San Jerónimo, Ana de San Agustín, Catalina de Cristo, María de Jesús, Inés de Jesús, Catalina de Jesús, Tomasina Bautista, Isabel de San Pablo, Ana de San Alberto, Brianda de San José, etc., etc.... Pléyade de estrellas que suscitará su aliento y su luz.

---

(1) Ed. Silverio, III, pág. 428-29.





Institución Gran Duque de Alba

**DE LA ENCARNACION  
A SAN JOSÉ**



## DE LA ENCARNACION A SAN JOSÉ

Cuando el dia 2 de noviembre de 1536, tomaba en la Encarnación, de Avila, el hábito carmelita doña Teresa de Ahumada, no podía sospechar ella que cuarenta y seis años después moriría en otro monasterio de la Encarnación, pero en Alba de Tormes, y después de recorrer un largo periplo de vida, accidentada y creadora.

Ella entró allí religiosa para responder a una llamada de Dios, que ella creía terminaba allí mismo, en la sencillez de aquel recinto, cargado de fervor y de mediocridad espiritual al mismo tiempo.

Pero las trazas del cielo fueron misteriosas. La obra de la reforma se acreditó así, claramente, de providencial y sobre-humana. Si hubiera sido planeada a priori por Teresa, cabría haberla calificado de genial desde la ladera de su autora de aquí abajo. Pero no nos hubiese constado con tanta evidencia la intervención de Dios. Como de hecho se fué gestando y realizando, dice sin ambajes ni dudas posibles, que aquello era obra divina, era una desvelada presencia del amor misericordioso de Dios.

Para ello contó con Teresa. Un instrumento magnífico, a la vez que limitado, que El se preparó a propósito a lo largo de sus años de monja en la Encarnación. Ocurre con frecuen-

cia, en la vida de los grandes hombres y de las grandes mujeres, que ni ellos saben a priori su destino. Pero si se dejan llevar de la luz, de las mociones que motivan con suavidad o violencia su alma, poco a poco van llegando lejos, a realizaciones grandiosas, que ni ellos antes soñaron ni casi hubieran querido muchas veces hacer.

Dios forjó a Teresa en la Encarnación de Avila para lo que la quería utilizar. Y allí la fué revelando sus planes y sus deseos. Cuando allí llega, ni en mucho tiempo después, no es una santa. Sólo es una buena monja, con fervores y tibiezas a temporadas, con una salud física desmedrada, sobre todo lo que a su sistema nervioso se refiere y que tan importante es para la acción y el equilibrio relacional. Y sin embargo, la gracia triunfó sobre las deficiencias de la monja. Y ésta no se quedó en una «beata» mediocre, como tantas otras, ni degeneró en una neurasténica inútil y engorrosa.

Es después de la entrega decidida y generosa de Teresa, cuando lentamente los designios especiales de Dios fueron dejándose conocer ante la admiración de su mirada.

A partir de 1560 todo se acelera y cristaliza. Por aquellos claustros venerables, por casa de doña Guiomar de Ulloa, por entre el círculo de sus amistades..., se habla y se padece de problemas de oración, de perfección, de reformas y de fundaciones de órdenes religiosas, de empresas y sufrimientos de la Iglesia... Eran tiempos de fermentación espiritual. Eran los tiempos de Trento, de los alumbrados y de las grandes figuras de santos y escritores.

Todo ese vago rumor fué tomando cuerpo en el alma de Teresa y se hace luego en ella obra concreta y definitiva entre 1560 y 1562. San José de Avila se ha gestado en la Encarnación. Teresa no lo sospechaba ni remotamente, cuando

entró en ella. Pensaba ser allí una buena monja, una santa monja quizá, servir así a Dios y morir en la paz de aquella casa, para ella tan deleitosa. Pero fueron otros muy distintos los proyectos de Dios.

\* \* \*

Necesitaríamos un inmenso volumen para hacer la historia de ese proceso maravilloso. Aquí es imposible. Sólo indico que tenemos escrita esa historia por la misma protagonista principal que la vivió y a raíz de haberla vivido. Con la agravante sabrosa de que la escribe no secamente, en sus datos externos y en sus avatares más o menos curiosos, sino que la escribe desde su alma, desde las vivencias de la misma, al hilo constante de aquella intervención secreta de Dios, que sólo su alma registraba y que es el elemento sobrehumano que ilumina aquella hora, y que explica en última instancia su impresionante éxito y su poética y evangélica configuración.

Recuerdo, en vuelo, algunas fechas y algunos nombres.

1560. El encuentro providencial con San Pedro de Alcántara. Dios le ponía en su camino.

Visión del infierno, con los deseos grandes de hacer algo por Dios; en concreto, de guardar su regla religiosa con toda perfección.

En septiembre de aquel año una tertulia espiritual entre monjas y amigas, tenida en el monasterio, planteó la ocurrencia de fundar un convento pobre, pequeño, reformado, en que se viviese la vida primitiva carmelitana, sin mitigaciones ni dispensas. Lo que casi empezó en broma se fué tomando en serio.

Es la voz misteriosa de Dios la que en el silencio del alma de la Santa habla. La Santa se lanzó, generosa y confiada, a la ejecución.

Imposible seguir sus pasos y sus gestiones. P. Baltasar Alvarez su confesor; P. Gregorio Fernández, provincial del Carmen; San Pedro de Alcántara, San Luis Beltrán, P. Pedro Ibáñez, O. P., principal animador y sostén de las primeras horas; doña Guiomar, que es la que jurídicamente figura en primer plano como fundadora; D. Lorenzo de Cepeda, doña Juana de Ahumada y su esposo, D. Juan de Ovalle, hermanos de la Santa, que tanto la favorecieron y se sacrificaron. El obispo D. Alvaro de Mendoza... La ciudad, con sus mentideros de conventos y de sacristías. Hasta desde los púlpitos, como en Santo Tomé el viejo, se metieron con ella. El concejo local... Todos intervienen para ayudar, para estorbar, para murmurar, para algo... Recursos a Roma pidiendo breves y rescriptos para legalizar lo que se pretendía. Dificultades, marchas y contramarchas, soluciones a veces extraordinarias..., y en medio... ella, la elegida de Dios, la equilibrada y sobrenatural mujer, que sacó a pulso, con la fuerza de Dios, la prestación de algunos hombres y la oposición de muchos..., el encargo que, vistas todas las circunstancias, evidentemente había recibido del cielo... Fué una epopeya divino-humana, una gesta espiritual, cuyo alcance de después explica tanto sufrimiento como costó, tantos trabajos como exigió, tanta virtud como se derrochó en ella.

Cuando el día 24 de agosto de 1562, el maestro Daza daba el hábito a las primeras descalzas carmelitas, Teresa había arribado a una meta que ella pensó otra vez más definitiva.

Poco tiempo después de aquella fecha dorada y cuando el alboroto pueblerino de Avila contra el nuevo monasterio

se fué apagando, pudo ella por fin conseguir que la autorizaran sus superiores a vivir definitivamente en San José

Desde el barrio de Ajates, donde se asienta la Encarnación hasta el de San Roque, donde estaba la casita del clérigo Valvellido, que fué la que se trasformó en San José, la distancia es discreta... Pero la repercusión de aquel espacio recorrido por Teresa ha sido enorme. De 1560 a 1562, el tiempo no es mucho, pero la tarea que en él llevó adelante la monja avilesa, fué trascendental. De llamarse doña Teresa de Ahumada, a llamarse madre Teresa de Jesús, las diferencias pueden parecer insignificantes, pero las realidades que en ella se cubren han sido inmensas... Es toda la obra teresiana, con toda su radiente y universal expansión.

\* \* \*

Porque al cerrarse en San José, decía, ella pensaba que acababa ya su quehacer en el mundo. En aquel palomarcito de la Virgen santificarse para bien de la Iglesia, de los hombres hermanos, para desde allí volar al cielo en la paz... Ella no pensaba en otra cosa. El conventito de San José era para ella un límite sin más.

Pero de nuevo el cielo manifestaba otras voluntades. Y ponía en las blancas manos de la Santa la posibilidad, casi milagrosa, de cumplirlas. Las palomas de San José de Avila, levantaron el vuelo y poblaron de aleteos puros y de alegría santa, el triste erial del mundo. La «esencia del cristianismo», que ellas maravillosamente encarnan, llenó con su perfume celestial toda la Iglesia, toda la tierra... El ideal que Teresa soñó en la Encarnación de Avila, germinó y floreció en ritmo de milagro... Cuando la Santa Madre moría en Alba, los palomarcitos eran dieciseis. Ella no lo había podido pensar mu-

chos años antes. Al cabo de cuatro siglos contempla desde el cielo cerca del millar. Las monjas claustrales más numerosas de la Iglesia, las más representativas, las más queridas, las más...

Encarnación de Avila y San José de Avila... ¡qué dos relicarios de la epopeya espiritual y mística más exquisita, que ha madurado en la historia de la espiritualidad en general! Felices las almas que en ellos se santifican o del agua de esa fuente sagrada que de ellos manó...



Institución Gran Duque de Alba

**EL Sacerdote  
SEGUN SANTA TERESA**



## EL SACERDOTE SEGUN SANTA TERESA

### I

Los años de Teresa de Jesús son los años de la *reforma*. Por *reforma* entiendo aquí *crisis*, la gran crisis cultural del *renacimiento*. Aquella crisis, cuyos pródromos aparecen hacia el 1400, y que fermentan con furor en pleno siglo xvi, el siglo sobre el que se extiende la vida de Teresa (1515 - 1582). Luego, las aguas se remansan, se fijan en un *statu quo*, y las situaciones y los climas apenas se cambian hasta el siglo xviii, el de la «ilustración».

Aquella crisis afectó a la Iglesia. Es más, la Iglesia es el alto lugar en el que mejor aquella se registra. La «religión» está todavía en el centro de todos los problemas. Otra cosa será más adelante, cuando la «secularización» de la cultura, que entonces empieza, culmine con la hora de la «ilustración», en gran parte arreligiosa y antirreligiosa.

Si la Iglesia siente por entonces la necesidad de renovarse, esto se acusará principalmente en el estamento clerical, como más representativo de la misma. Y así fué en efecto. Clero y pueblo cristiano en general se reforman. Pero las preocupaciones públicas y privadas se refieren primariamente a los «eclesiásticos», es decir a los clérigos y religiosos, que

son y serán siempre la parte más influyente de la sociedad eclesial.

Por eso, cuando con el Concilio de Trento, se acomete por fin la reforma oficial de la Iglesia, sus cánones disciplinarios se referirán en su gran mayoría al clero, y a él directamente e inmediatamente afectan. Algunos tendrán en este sentido una repercusión inmensa, como el del 15 de julio de 1563, que estableció la erección de los Seminarios Diocesanos, y que por sí sólo bien valía un Concilio. Pero el Concilio en definitiva, como ocurre casi siempre, fué un exponente de aspiraciones y movimientos privados, que le prepararon y le exigieron. Es lo que hace en parte eficaces a los Concilios.

La necesidad de la reforma la sienten las órdenes religiosas a lo largo de todo el siglo xv, y no digamos en el xvi. Y todas ensayan numerosos proyectos, más o menos logrados y duraderos. El clero secular se plantea el mismo problema. Los Colegios Universitarios en Francia, en Italia, en España, etcétera, sienten la preocupación de formar al clero, y esas miras se esconden en la estructura de no pocos de ellos, iba a decir, de casi todos, aunque no sea ésta únicamente su exclusiva misión. El aliento de la «devotio moderna» circula más o menos por sus claustros, en especial por los de los Colegios de París, que influyen después en otros muchos, particularmente en los españoles.

Los clérigos regulares, de origen italiano, será otra de las fórmulas que se excogitan para elevar al clero no monástico. Cierto que entre el compromiso secular-regular, que es esa fórmula, el peso se inclinó por el aspecto regular. La vida de los clérigos regulares en su nervio íntimo no salió del espíritu monástico tradicional (basta leer la literatura de que se alimentan: por ejemplo, el clásico P. A. Rodríguez), aunque en deta-

lles externos le diferenciasen ( hábito, distribución del tiempo, etc.). En cuanto a ciertas modalidades espirituales y pastorales más hondas e importantes (falta de sentido litúrgico y comunitario de la piedad, cultivo individualista de la vida espiritual, de la oración privada con todo lujo de recursos sicológicos, actividades apostólicas misioneras, doctrinales, etc.) todo es común más o menos entre clérigos regulares y órdenes antiguas mejor o peor reformadas. La tónica general de la cultura les puede a todos. Es natural. Muchas de esas reformas se caracterizan oficialmente por detalles externos y formalísticos, muy accidentales, que hoy no valoramos apenas (se llaman muchas de ellas de «descalzos», como si los zapatos fuesen algo definitivo en la vida espiritual), pero en el fondo era toda una espiritualidad la que dentro se agitaba bullente, la cual se daba la mano con la de los clérigos regulares, el nuevo formato de la vida religiosa jurídicamente consagrada.

Todo ello llega hasta el clero secular estricto, al no regular. Concilio de Trento, Colegios, Seminarios, Ejercicios, la influencia de los «regulares», elevación del nivel cristiano del pueblo en general, hacen que el clero todo mejore poco a poco en su formación, en su realidad viva, y hasta en su aspecto externo social.

Al menos en España la realidad es evidente.

Las reformas de las órdenes antiguas en España son particularmente preciosas y fecundas. Y como resultado de las mismas muchos de sus miembros adornados con el carisma sacerdotal resplandecieron por su virtud y sus talentos magisteriales y apostólicos.

Aparte de ellas, la Compañía de Jesús produce un impacto grandísimo. Es la única forma de clericatura regular que por entonces aquí aparece.

Y los clérigos seculares impresionantes por sus virtudes y sus trabajos apostólicos florecen por doquier. En algunos casos hasta crean un intenso movimiento espiritual y apostólico en su torno, como ocurre con Juan de Ávila. El beato Ávila es realmente algo excepcional. Su influencia se dejó sentir en toda España y aún fuera de ella, en el Concilio, en el episcopado, en el clero, en las órdenes religiosas, en el pueblo... Pero otros casos se dieron de menos alcance, aunque con eficacia penetrante local (Hernando de Contreras, Diego Pérez de Valdivia, Gaspar Daza, etc.).

En la cumbre de esa empinación del clero se situán las figuras egregias de Obispos que dirigen todo aquella reformación. Ya desde el siglo xv aparecen (Alonso Tostado, P. de Ampudia, sobre todo Hernando de Talavera, verdadero coloso...), luego en el xvi son casi legión (Cisneros, Carranza, A. Velázquez, Tomás de Villanueva, Guerrero, Vasco de Quiroga, J. de Ribera, Toribio de Mogrovejo, etc.). Estos «pastores», que saben estar a la altura del momento histórico que viven, pertenecen a ambos cleros, como muestra evidente de que la reforma se realiza de consuno en aquella España poderosa del siglo xvi.

Desde los obispos y los frailes y los clérigos llega hasta el pueblo. El quicio del 1600 es quizá la época de mejor vida religiosa en la península, en general. El siglo xvii iba a resentirse ya, a partir sobre todo de su primera mitad, de cansancio en el cultivo de aquella vida intensa de espiritualidad.

Pero aún en el siglo que corre de 1550 a 1650, ese período mejor, las quiebras son enormes. En el clero por consiguiente en primer lugar. La abundancia de conventos y de beneficios era excesiva y dañosa. La formación era en general pobre, sobre todo en el clero secular. Téngase en cuenta que la aplicación del decreto tridentino sobre la erección de

Seminarios se hace muy lentamente y muy deficientemente. Suplen en parte y mal los antiguos Colegios. Y la mayoría del clero se ordena sin pasar por ningún centro de formación, ni Colegio, ni Seminario, ni Universidad. Los religiosos se cuidan mucho más y mejor de la enseñanza y de la forja espiritual de sus miembros.

Pues bien, en ese clima de esfuerzos reformativos, de mejoramiento espiritual, de luchas y de resistencias al mismo, de miserias siempre acechantes..., se inserta la vida y la obra de Teresa de Jesús. En ese marco se produce. Y como obra de reforma que fué tiene que encontrarse, que tener contactos con todo el conjunto en que ella se mueve y en gran parte se explica.

La Santa respiraba en un ambiente que necesariamente tenía que afectarla, aunque muchas veces sin referencias reflejas y del todo conscientes. Mujer genial, como era, ella proyectaba sus soluciones según la visión vital de los problemas que se le presentaban, pero condicionadas por las circunstancias en que aquéllos se ofrecían y se tenían que resolver.

Su «reforma» se inicia con la última etapa del Concilio de Trento. Pero sin relaciones inmediatas y aparentes. Entonces no se seguían los Concilios como se siguen hoy. Entonces la Iglesia entera no se sentía como ahora en estado de Concilio. Todo el pueblo cristiano sabía algo de ello, pero de cerca era asunto que preocupaba sólamente a las clases altas y cultas. Las noticias eran escasas y tardías. Cuando se aplicaban los decretos conciliares era cuando la misma noticia del Concilio llegaba a los más. Teresa realiza su reforma carmelita parejamente a la oficial de Trento, pero no hay dependencia directa de una a otra. La hay sin embargo de ambas, de la particular de la Santa y de la oficial y general del

Concilio, respecto del clima previo de reforma, que hizo posible el pensamiento y la realización de una y otra.

En los avatares que los planes y los trabajos de su obra llevaron consigo la Santa se tuvo que encontrar y que apoyar en muchos sacerdotes. Su perspicacia singular supo fijarse con mejor o peor acierto (a veces las circunstancias se imponen, aunque la visión exacta acerca de las personas no falte) en muchos de ellos. Y hasta formuló una teoría funcional acerca de los mismos. Esta última sobre todo nos interesa. Vamos pues brevemente primero a repasar la galería de algunos de aquellos clérigos de ambos estamentos, regular y secular, que se toparon con la Madre Teresa. No podemos recordar a todos y menos detenernos en ellos. Ella misma nos ha dejado una lista (incompleta) de los que se encontró en su itinerario espiritual hasta 1576 en una *Relación*, que redacta por entonces en Sevilla. Pero creo que es interesante, porque ese recorrido explica fácilmente después el pensamiento de la Santa acerca de los sacerdotes. Ese pensamiento que es lo que vamos persiguiendo en este sencillo y elemental trabajo.

\* \* \*

## II

En el ambiente intensamente religioso de Avila en el siglo xvi los clérigos y religiosos fervorosos abundaban. Santa Teresa misma en carta a su hermano Lorenzo de Cepeda, escrita en Toledo, cuando la Santa sabía de la próxima venida de aquel a España, le escribe: «Olvidóseme de escribir en estotras cartas el buen aparejo que hay en Avila para criar bien esos niños. Tienen los de la Compañía un colegio, donde los enseñan gramática, y los confiesan de ocho a ocho días, y hacen tan virtuosos que es para alabar a Nuestro Se-

ñor. También leen filosofía, y después teología en Santo Tomás, que no hay que salir de allí para virtud y estudios; y en todo el pueblo hay tanta cristiandad, que es para edificarse los que vienen de otras partes: mucha oración y confesiones, y personas seglares que hacen vida muy de perfección» (*Carta* 19). (1).

Conocemos por referencias de la misma Madre Teresa a unos cuantos de aquellos sacerdotes con los que ella intimó en Avila, y los cuales, de un modo o de otro, la ayudaron en su vida espiritual y en la obra de su reforma.

El primero fué Gaspar Daza. «Es espejo de todo el lugar, como persona que le tiene Dios en él para remedio y aprovechamiento de muchas almas» (*Vida*, c. 32). Avilés, letrado (amigo y discípulo del Maestro Honcala † 1565). «Todo él se entregaba en aprovechar almas y allegarlas a Dios, y andar por los lugares de tierra de Avila cantando la doctrina e predicándola muy espiritualmente, y con su predicación se convirtieron muchas almas a Dios», dice de él Julián de Avila. Organizó una especie de congregación de sacerdotes para estos fines apostólicos. Y fué el consejero de la mayoría de las almas santas que por entonces florecieron en Avila (María Díaz, etc.). Muy amigo de los jesuitas, y, relacionado con el Beato Juan de Avila (2). El centra por los años de Teresa a los clérigos fervorosos de la ciudad. A ella sin embargo no la entendió. Véase todo el capítulo 23 de la *Vida*. A pesar de eso una amistad cada vez más honda surgió entre ellos. Y

---

(1) Cito siempre por las ediciones *Silverio*, si en alguna ocasión echo mano de las ediciones *Efrén* se indicará expresamente.

Un bosquejo del Avila del siglo XVI en Olegario González, *Autobiografía de María Vela*, Barcelona, 1961, p. 1-81.

(2) Obras del Beato Avila, ed. Sala Blust, t. I, 1952, p. 250 y 891. El es el que va a Montilla para traer el libro de la *Vida* de Teresa y la contestación del Maestro Avila, cfr. Isabel de Santo Domingo, *Procesos*, ed. Silverio, t. II, Burgos, 1935, p. 465-66.

Daza será uno de los que más la ayuden a realizar la fundación de San José. El será el representante oficial de D. Alvaro de Mendoza en aquella empresa. En su nombre él dirá la primera misa y dará los hábitos a las primeras carmelitas descalzas el día 24 de agosto de 1562. El será el que por delegación de aquel Prelado pare los golpes en la junta «grande» que debió tener lugar en el Palacio Episcopal después de la habida en el Concejo el día 30 de agosto con tanta expectación. Hasta su muerte en 1591, y su sepultura en San José, siempre será fiel y devoto a la Madre Teresa. Esta por su parte le tendrá grande veneración y cariño, muy teresiano. Le consultará, le recomendará a D. Alvaro, le guardará profunda gratitud.

«En el negocio del maestro Daza no sé qué diga, que tanto quisiera que Vuestra Señoría hiciera algo por él; porque veo lo que Vuestra Señoría le debe de voluntad, que, aunque no fuera después nada, me holgara. Esta, dice, tiene tanta, que si entendiese que da a Vuestra Señoría pesadumbre suplicar le haga mercedes no por eso le dejaría de servir; sino que procuraría no decir jamás a que Vuestra Señoría le hiciese mercedes. Como tiene esta voluntad tan grande, y ve que Vuestra Señoría las hace a otros y ha hecho, un poco lo siente, pareciéndole poca dicha suya.

«En lo de la canonjía, él escribe a Vuestra Señoría lo que hay. Con estar cierto que si alguna cosa vacare antes que Vuestra Señoría se vaya, le hará mercedes, queda contento; y el que a mí me daría esto, es porque creo a Dios y al mundo parecería bien, y verdaderamente Vuestra Señoría se lo debe. Plega a Dios haya algo, porque deje Vuestra Señoría contentos a todos; que, aunque sea menos que canonjía, lo tomará a mi parecer. En fin, no tienen todos el amor tan desnudo a Vuestra Señoría como las Descalzas, que sólo queremos que

nos quiera, y nos le guarde Dios muchos años. (*Carta* 192) (1).

En la órbita de Daza se mueve Julián de Avila. Es el capellán de la Madre. «Muy siervo de Dios y bien desasido de todas las cosas del mundo y de mucha oración». (*Fundaciones*, c. 3). Será su «escudero», su «procuradora», el capellán primero y confesor en San José hasta morir en 1605, para ser también enterrado allí mismo. El será el que la acompañe en las fundaciones a Medina, Valladolid, Salamanca, Alba, Segovia, haga el traslado de Pastrana, Beas, haga la de Caravaca, Sevilla., Misionero con Daza, cofrade de la Misericordia, director de almas santas (María Díaz, María Vela), escritor, etc. La Santa le respetó y estimó grandemente. ¡Sufrió él tanto por causa de su obra! Y se avino en ocasiones a su parecer de «teólogo», aunque no estuviese en el fondo muy de acuerdo con él. Véase el episodio de Córdoba, camino de la fundación de Sevilla, en el capítulo 24 de las *Fundaciones*. (2). En los últimos años de la vida de la Madre su gestión como confesor de las monjitas de San José adoleció de blandura y condescendencia. Véanse las *Cartas* 352 y 384 a Gracián. «Todo es santo, mas Dios me libre de confesores de muchos años».

Junto a estas dos egregias figuras del clero abulense, habría que añadir otras muchas, que se relacionaron más o menos con la Santa. Sin duda trataría a Antonio de Honcala († 1565), humanista y virtuoso canónigo avilés, que bien merece una monografía. También trató a D. Francisco de Guzmán († 1573), el padre de los pobres de Avila, santísimo

(1) Cfr. Gerardo de San Juan de la Cruz, *Vida del Maestro Julián de Avila*, Toledo, 1915, principalmente, pág. 38, nota 2.

(2) Cfr. toda la obra antes citada del P. Gerardo.

varón, que ella vió desde Salamanca glorioso en los cielos. (1). Igualmente a Gonzalo de Aranda, a Pedro de las Cuevas, a Juan Carrillo, a Francisco de Salcedo, «el caballero santo», que fué sacerdote los últimos años de su vida († 1580), y que de tantas maneras la ayudó siempre. «No sé si podré afirmar que es la persona que más debo en esta vida de todas maneras, porque me comenzó a dar gran luz, y así le quiero mucho». (Carta 129).

Fuera de Avila hubo de encontrarse con muchos clérigos seculares, que de un modo u otro se interpusieron en sus caminos. En el espíritu de la Santa el que más impresión hizo, aunque no le conoció directamente, fué el Beato Juan de Avila. Por consejo del avilés e inquisidor Francisco de Soto, luego obispo de Salamanca, deseó grandemente que Avila revisase su «vida». Fué un verdadero desasosiego hasta que lo consiguió. Debió respirar satisfecha cuando pudo recibir la contestación del maestro espiritual de España en el siglo xvi. «Me escribe largo... y le contenta todo». (Carta 11) (Véanse: *Relación IV*, ed. Silverio, y *cartas 3, 5, 6, 7, 8, 11, y 366*; y el *dicho 45*, donde se recoge el dolor que experimentó al saber su muerte).

Sería demasiado enojoso, y además inútil, recordar aquí uno por uno a todos los sacerdotes con quien se relacionó. Mientras unos la contentaron mucho (por ejemplo Juan Díaz, Diego Pérez de Valdivia (discípulos ambos del Beato Avila), el canónigo Orozco y Covarrubias en Segovia, los canónigos Reinoso y Salinas y Armentia en Palencia, los canónigos Manso y Ribera en Burgos, etc.), otros la dieron no poco que hacer, aun siendo bien intencionados, como Gaspar de Villa-

---

(1) *Cfr. Dichos, 76, 77, 78*, en Efrén, *Obras*, Madrid, BAC, III, 1959, pág. 877. Estos «dichos» que recoge Efrén están tomados casi siempre de los Procesos de canonización. Cito por Efrén por ser más accesible.

nueva en Malagón, y Garcíálvarez en Sevilla. Quizá los talentos y letras de que tanto gustaba la Madre no fuesen todo lo abundantes que debieran ser en aquellos buenos clérigos que hubieron de confesar y de orientar—problema delicado— a sus monjitas. El licenciado Padilla, personaje confuso y atravesado, fué muy estimado por ella, quizá sin merecerlo tanto. (1).

Pero como era de suponer tuvo la Santa experiencia de casos sacerdotales bien tristes. El capítulo 5 de la *autobiografía* nos ha conservado el recuerdo del sacerdote de Beceñas, miserablemente enredado en relaciones ilícitas. Ella lo gró salvarle, pero no sin sufrir al mismo tiempo como consecuencia escozores molestos en su conciencia fina y sensibilísima.

Fué en otra ocasión, —seguramente por los años que preparaba la fundación de San José,— cuando su imaginación contempló el retablo horrible que escribe en su Vida, capítulo 38: «Llegando una vez a comulgar, vi dos demonios con los ojos del alma, con muy abominable figura. Páreceme que los cuernos rodeaban la garganta del pobre sacerdote, y vi a mi Señor con la majestad que tengo dicha, puesto en aquellas manos, en la Forma que me iba a dar, que se veía claro ser ofendedoras suyas, y entendí estar aquel alma en pecado mortal... Dijome el mismo Señor que rogase por él, y que lo había permitido para que entendiese yo la fuerza que tienen las palabras de la consagración, y cómo no deja Dios de estar allí, por malo que sea el sacerdote que las dice; y para que viese su gran bondad, cómo se pone en aquellas manos de su enemigo, y todo para bien mío y de todos. Entendí bien cuán más obligados están los sacerdotes a ser buenos que otros, y cuán recia cosa es tomar este santísimo sa-

(1) Cfr. V. Beltrán de Heredia, O. P.: *El licenciado Juan Caervo de Padilla y su proceso inquisitorial*, la Ciencia Tomista, 1930, 169-198.

cramento indignamente, y cuán señor es demonio del alma que está en pecado mortal».

En el capítulo 31 nos ha dejado también la alusión a un caso sacerdotal triste y misterioso, y por el cual ella sufrirá y padecerá generosamente. La página es de un dramatismo caliente y palpitante: «Vino una persona a mí que había dos años y medio que estaba en un pecado mortal, de los más abominables que yo he oído, y en todo este tiempo, ni le confesaba, ni se enmendaba, y decía misa. Y aunque confesaba otros, éste decía que cómo le había de confesar cosa tan fea. Y tenía gran deseo de salir de él, y no se podía valer a sí. A mí hizome gran lástima, y ver que se ofendía a Dios de tal manera, me dió mucha pena. Prometíle de suplicar mucho a Dios le remediasse, y hacer que otras personas lo hiciesen, que eran mejores que yo, y escribía a cierta persona que él me dijo podía dar las cartas. Y es así que a la primera se confesó; que quiso Dios, por las muchas personas muy santas que lo habían suplicado a Dios, que se lo había yo encomendado, hacer con esta alma esta misericordia, y yo, aunque miserable, hacia lo que podía con harto cuidado. Escribióme que estaba ya con tanta mejoría que había dos días que no caía en él; mas que era tan grande el tormento que le daba la tentación, que parecía estaba en el infierno según lo que padecía, que le encomendase a Dios. Yo lo torné a encomendar a mis hermanas, por cuyas oraciones debía el Señor hacerme esta merced, que lo tomaron muy a pechos. Era persona que no podía nadie atinar en quien era. Yo supliqué a su Majestad se aplacasesen aquellos tormentos y tentaciones, y se viniesen aquellos demonios a atormentarme a mí con que yo no ofendiese en nada al Señor. Es así, que pasé un mes de grandísimos tormentos; entonces eran estas dos cosas que he dicho.

«Fué el Señor servido que le dejaron a él; así me lo es-

cribieron porque yo le dije lo que pasaba en este mes. Tomó fuerza su alma y quedó del todo libre, que no se hartaba de dar gracias al Señor y a mí como si yo hubiera hecho algo, sino que ya el crédito que tenía de que el Señor me hacia mercedes le aprovechaba. Decía que cuando se veía muy apretado leía mis cartas y se le quitaba la tentación, y estaba muy espantado de lo que yo había padecido y cómo se había librado él. Y aún yo, me espanté, y lo sufriera otros muchos años por ver aquel alma libre. Sea alabado por todo, que mucho puede la oración de los que sirven al Señor, como yo creo lo hacen en esta casa estas hermanas, sino que, como yo lo procuraba, debían los demonios indignarse más conmigo, y el Señor por mis pecados lo permitía» (1).

En la *Relación 57* resumirá así la huella que estas visiones dejaban en su alma. «Entendí que también recibe este sacrificio, aunque esté en pecado el sacerdote, salvo que no se comunican las mercedes a su alma como a los que están en gracia; y no porque dejen de estar estas influencias en su fuerza, que proceden de esta comunicación con que el Padre recibe este sacrificio, sino por falta de quien le ha de recibir, como no es por falta del sol no resplandecer cuando da en un pedazo de pez, como en uno de cristal». Por contraste dejará consignado en la *Relación 17*: «Dábame el Santísimo Sacramento el P. Francisco de Salcedo. Otro día, oyendo su misa, vi al Señor glorificado en la Hostia. Dijome que le era aceptable su sacrificio».

De las diversas órdenes religiosas fueron numerosos los sacerdotes que hicieron bien a su alma. El elenco sería inter-

---

(1) No sé si es a estos casos o otros distintos a los que se refieren algunos testigos en los Procesos de Canonización. Cfr. en la edición Silverio, Burgos, 1938, t. I, p. 413; II, 31; II, 168 (este último parece ocurrir en Beas), etc. María de San José habla de un prelado al que la Madre sacó por cartas de una situación viciosa y escandalosa: I, 494...

minable. Hernando de Pantoja, de los cartujos; Diego de Yépes, de los jerónimos; Alonso Maldonado, de los franciscos, por su rápido encuentro en 1566 en San José, de Avila, pero que produjo un impacto inmenso en el alma apostólica de la Madre con su charla sobre las misiones entre los indios americanos... etc. La mayoría fueron sin embargo de las órdenes de Santo Domingo, de la Compañía de Jesús, y de la suya propia del Carmen, como enseguida repasaremos.

Con todo, el hombre, el sacerdote, que más impresión hizo para siempre en su alma y en su vida, fué, indiscutiblemente, San Pedro de Alcántara. Yo doy esto aquí por admitido. Los textos y referencias de la Madre (*Capítulos* 27, 30, 32, 35, 36, 38... de la *Vida* y otras alusiones) dan fe de ello. No le pudo tratar mucho tiempo: un par de años sólamente, del verano de 1560 al de 1562, y éste en breves ocasiones y por algunas cartas; pero quedó como deslumbrada por la fuerza espiritual de aquel hombre extraordinario. Sus enseñanzas serán, a lo largo de toda su vida, argumentos definitivos para rendir a la Santa. (Cfr. *Moradas IV*, cap. 3). La sombra de fray Pedro proyectada sobre ella, hasta por apariciones misteriosas desde la eternidad, la acompañó hasta morir, y se grabó sobre su obra de reforma, «descalza», pobre, austera.., como la del franciscano.

En los de la Compañía de Jesús encontró Teresa siempre muchos confesores que la dirigieron y ayudaron. Los jesuitas aparecieron entonces revolucionariamente. Su formato de vida santa y recatada produjo un impacto que dió lugar a intensas y variadas reacciones. En Avila su fama de santos era general, y sus primeras intervenciones en la Encarnación lo acusan (*Vida*, 23). La lista de los que intervinieron en su camino sería muy larga y aquí no interesa. Hasta el gran Suárez figura en ella. Desde el P. Cetina, que fué el primero después de su definitiva entrega al Señor, y que empezó a darle luz y

a tranquilizar su alma, hasta la muerte fueron muchos los que trató su alma. «En la Compañía, me han, como dice, criado y dado el ser». (*Carta* 252). Todo el capítulo 23 de la *Vida* es precioso para estudiar el encuentro de Teresa con la Compañía, que se personificó en la simpática figura del P. Diego de Cetina. Emergen principalmente en los años primeros, después de Cetina, Juan de Prádanos, Gaspar de Salazar, y sobre todo Baltasar Alvarez. Ellos la formaron sólidamente en virtudes y en amor a Jesucristo. Las dos entrevistas de 1557 con San Francisco de Borja fueron también particularmente luminosas para su alma atemorizada. La experiencia mística del Santo hizo impresión grande en ella. Después, los jesuitas fueron por todas partes auxiliares preciosos para sus fundaciones de palomarcitos de la Virgen. «Alabado sea el Señor, que me ha dado gracia para obedecer a mis confesores, aunque imperfectamente; y casi siempre han sido de estos benditos hombres de la Compañía de Jesús, aunque imperfectamente, como digo, los he seguido». (*Vida*, cap. 23). (1).

Tanto o más que de los de la Compañía habría que decir de la orden de Santo Domingo. La relación de nombres sería interminable. La Santa les tuvo particular devoción. Recorremos a los padres Pedro Ibáñez y García de Toledo. El libro de la *Vida* les recuerda cariñosísimamente. Los capítulos 33 y 38 tejerán el elogio del primero, que tanto la ayudó en la fundación de San José, y que tanto se aprovechó a su vez del trato espiritual de la Santa. Fué una ayuda reciproca. Como ocurrió también con el P. García. El capítulo 34 nos narra su encuentro providencial con él en Toledo, año 1562. De allí surgió el vuelo fervoroso del Padre, y el que tuviésemos los demás el libro de la *autobiografía* teresiana, que se debe principalmente a la intervención de aquel. (2).

---

(1) Cfr. E. Jorge Pardo, S. J., *Estudios teresianos*, Comillas, 1964, 419 págs.

(2) Cfr. para Ibáñez el trabajo de V. Beltrán de Heredia, O. P.: *Un contemplativo director espiritual de Santa Teresa*, en *Vida Sobrenatural*, 1962, p. 406 ss.

La fundación de San José dió ocasión, por un providencial azar, a que la Santa tomase contacto con el P. Domingo Báñez. Asistió este a la junta que se celebró el 30 de agosto de 1562 en el Concejo avilés para tratar del asunto famoso de la nueva fundación, acompañando al prior P. Serrano del monasterio de Sto. Tomás. El P. Báñez explicaba en aquella Universidad desde el año anterior. Era joven: treinta y cuatro años tenía desde que nació en Valladolid. El no conocía a la Madre, pero había oido hablar de ella a Ibáñez, a Toledo, etc. En aquella célebre asamblea él fué el único que se levantó a parar los golpes contra el pobre convento. Le pareció de justicia hacer reflexionar a aquellas gentes pueblerinamente alborotadas. Y desde entonces quedó vinculado de por vida a la Madre y a su obra. Se conocieron y se estimaron mucho mutuamente. Hasta 1567 que sale de Avila frecuentará bastante San José como confesor, como predicador, como consultor de Teresa y de sus hijas. A él recurrirá ella siempre que pueda para pedir consejo. Y con cariño y veneración extraordinarios. «Lo que le parece bien me parece, y lo que quiere, quiero; y no sé en qué ha de parar este encantamiento» (*Carta 54*). Cuando en 1581 gana él la cátedra de prima de la Universidad de Salamanca, la Santa se regocija grandemente: «¡Qué honradamente salió... con su cátedra! Plega Dios le guarde... (que) trabajo no le faltará en ella» (*Carta 354*, y *Dicho 170*). El se lo pagó con la misma moneda: la amó queridísimo, la defendió siempre (cfr. el elogio magnífico que hizo de ella en 1575 para avalar su *autobiografía* ante la Inquisición, adonde había sido delatada), su declaración en los procesos de beatificación en 1591 respira aquel amor con que la distinguió siempre hasta su muerte en Medina en 1604. (1).

---

(1) Cfr. su interesante declaración en los procesos de beatificación de la Madre, sobre todo lo que dice acerca de la manera que ella tenía de proceder en su vida espiritual según en todo los letrados dijiesen. Ed. Silverio, t. I, p. 7.

Tengo para mí que Báñez fué el hombre que más influencia ejerció en conjunto en Santa Teresa, juntamente con San Pedro de Alcántara. Pero este último con una penetración rápida, fulgurante, aunque imborrable. El otro con un ritmo más suave pero constante, «y siempre trata con él por cartas», «que es con quien más ha tratado y trata», escribe en 1576 en la *Relación 4.*<sup>a</sup> Es para ella a lo largo de toda su vida «mi padre». Sus decisiones son para ella definitivas. Y con razón. Báñez será para la Madre el prototipo ideal del director de almas: virtuoso, prudente, letrado de veras... No en vano se trataba del más grande teólogo del siglo xvi. Fué un encuentro providencial el de esas dos figuras: el de la mística egresia por antonomasia, y el del teólogo de profesión de peso y de altura. La silueta que la Santa se formó del sacerdote santo y letrado (luego la estudiaremos) encontró quizá su encarnación más exacta en el P. Báñez, y de esa realidad fácilmente ella la aprehendió. Se dirá que Gracián entusiasmó más todavía a la Madre. Pero es otra cosa. A Gracián, a pesar de todo lo que ella misma diga, es ella quien le dirige, quien le aconseja. Es su padre, padre superior y padre de su alma, pero en realidad es más su hijo. El apoyo allí es ella. Mientras que Báñez es él el que dirige, (igual que en el caso de San Pedro de Alcántara), el que dice la última palabra, el que es el maestro, ante el cual los ojos de la Madre se cierran con total y segura aceptación. (1).

En el Carmen también halló sacerdotes necesariamente. Pero no recibió de ellos demasiado. Del antiguo Carmelo se encontró con figuras nobilísimas como el general P. Rossi.

---

(1) Cfr. P. Alvarez, O. P., *S. T. de J. y el P. Báñez*, Madrid, 1882, 201 páginas; F. Martín, O. P., *S. T. de J. y la Orden de Predicadores*, Ávila, 1909, 14-725 páginas; M. Lepée, *Báñez et S. T.*, París, 1947, 7-122 pág. E. Inciarte, O. P., *Santa Teresa y la Orden Dominicana*, en *Téología Espiritual*, 1962, 443-468 pág., sobre todo acerca del P. García de Toledo.

Pero las circunstancias hicieron que el buen padre terminase sus días distanciado de su «hija querida». La Santa lo sufrió amargamente (cfr. *Carta 253*). Del Carmen descalzo ella fué la madre, la que tuvo que repartir el pan, más que recibirlle de sus hijos. Antonio de Jesús, Juan de Jesús Roca, Mariano de San Benito... etc. poco la ofrecieron; algunos de ellos también disgustos... Pero los que principalmente la acompañaron en el camino de sus últimos años fueron Jerónimo Gracián, Nicolás Doria, y San Juan de la Cruz.

Gracián y Doria fueron sin duda bien intencionados, santos si se quiere, pero sus deficiencias humanas, inculpables seguramente, fueron muy notables. Yo doy aquí por supuesta la triste historia que se desarrolla muerta ya la Madre, pero cuyos pródromos ya ella misma doloridamente atisbó antes de partir. Reconozcamos que Santa Teresa se entusiasmó demasiado con Gracián. Sus valores positivos la ilusionaron. Las necesidades urgentes de la reforma, las cualidades de bondad y sencillez del joven religioso, sus dotes de conversador y de escritor fácil..., hicieron que la Madre, apurada, sola, cansada ya y envejeciéndose de prisa... se apoyase fuertemente en él. Necesitaba a alguien que se responsabilizase con su obra que crecía, y que ella sola no podía sostener. Pero me parece que exageró en su cariño maternal y en su valoración, sin que dejara de darse cuenta de muchos de los defectos de aquel. A Doria le conoce más tarde, y enseguida se dió cuenta de su valía. Pero no significó ni mucho menos para ella lo que Gracián, su hijo predilecto. Este fué para ella como un «sancta sanctorum» (*Carta 366*). (Los textos que proclaman esa predilección son innumerables, y confieso que a veces me molestan un poco. El *Dicho 237* me gustaría que no hubiese existido). Según mi particular y subjetiva apreciación uno y otro, Gracián y Doria, son muy incompletos. Ligeramente, ingenuo, débil, de un dinamismo excesivamente abun-

doso, megalómano inconsciente, el primero. Basta leer sus escritos para darse perfecta cuenta. Todo lo contrario el segundo, calculador, diplomático, duro, autoritario, poco activo... Quién tenía que poder a quien era cosa evidente de antemano, como sucedió en realidad. Pero la Santa ya no presenció el duelo y la tragedia. Desde el cielo sostuvo a su reforma a pesar de los que en la tierra por entonces la dirigieron... (1).

¿Y San Juan de la Cruz? Ciento que ella se dió cuenta de sus virtudes, de su vida santa y de su talento. Por eso gustaba que sus hijas se dirigieran con él. Las frases abundan: «Contentóme mucho». (*Fund.* 3). «El era tan bueno que, al menos yo, podía mucho más aprender de él que él de mí». (*Fund.* 13). «Aunque es chico, entiendo es grande en los ojos de Dios... Jamás le hemos visto una imperfección... Tiene harta oración y buen entendimiento» (*Carta* 10). Será para la Madre su «senequita» sentencioso y profundo. Las cartas que se refieren al tiempo en que el Santo fué confesor de la Encarnación de Avila y a la terrible prisión de Toledo repiten sin cesar que es un santo y que todos le tienen en Avila por tal. «¡Aquel santico de Fr. Juan...!» (*Carta* 224), porque ¡es tan chico...! Pero los máximos elogios están en las cartas de la Santa a Ana de Jesús, Priora entonces de Beas: «Es un hombre celestial y divino... No he hallado en toda Castilla otro como él, ni que tanto fervore en el camino del cielo...» (*Carta* 261). «Estimara yo tener por acá a mi padre Fr. Juan de la Cruz, que de veras lo es de mi alma y uno de los que más provecho le hacía..., que es muy espiritual y de grandes experiencias y letras... Trátenle con llaneza sus almas... que es alma a quien Dios comunica su espíritu...» (*Carta* 300).

(1) Cf. Silverio de Santa Teresa, *Historia del Carmen Descalzo*, t. VI, Burgos, 1937, muy favorable a Gracián. Y Bruno de J. M., *Saint Jean de la Croie*, París. 2.<sup>a</sup> edición, 1961, 422 págs.: ni Doria ni Gracián...

A pesar de todo esto, ella no cuenta con él mucho para los efectos organizativos y de dirección de su Reforma. Y sobre todo, cuando aparece en escena el P. Gracián, éste será con mucho el más estimado para siempre y en todo de la Madre. Ya por los días de la Encarnación, y en la censura o «vejamen» a la interpretación que hizo el Santo de la palabra misteriosa «búscate en mí», se notan matices apreciativos distintos entre aquellas dos grandes almas, que suponen un fondo sicológico diferencial evidente. Ella es mujer, más concreta, más realista si se quiere, más humana, menos profunda... No trazará esquemas doctrinales tan rigurosos y abstractos (tan platónicos, permítasenos decir, porque es cierto), no tendrá tanta desconfianza de la sensibilidad y de sus gustos sanos, como, al menos en teoría, nos ofrece él. «Pero sobre todo, nos agradaría pensar que ella, penetrando a la vez el porvenir y el fondo de esta alma que comprendía tan bien los secretos de la suya, hubiera presentido que tenía ante sí a aquel cuya influencia, santidad y escritos se conjugarían un día con los suyos para poner en plena luz y salvar para siempre el espíritu del Carmelo. No hay nada sin embargo que permita afirmarlo. Escribe sin señal de emoción después de la entrevista (última que tuvo con él el 28 de noviembre de 1581 en San José de Ávila): «Yo lo estoy esta tarde (cansada) con un Padre de la Orden...» (*Carta* 390). (1). A pesar de su espíritu penetrante ¿hasta dónde le supo y pudo conocer la Santa Madre?

Una palabra sobre los obispos que más la pudieron imponer.

Habló con no pocos. Pazos, Dávila, Vela, Soto, Quiroga..., todos estos paisanos suyos. Rojas y Sandoval, etc. Hu-

---

(1) Cfr. M. Lepée, *Sainte Thérèse Mystique*, París, 1951, p. 268-269.

bo de negociar con dos Nuncios, a los que dejó marcados para siempre con frases lapidarias. ¡Es terrible para la historia y fama humanas chocar con un santo! «Murió un nuncio santo, que favorecía mucho la virtud, y así estimaba los descalzos. (Nicolás Ormaneto). Vino otro (Felipe Segá) que parecía le había enviado Dios para ejercitarnos en padecer...». (*Fundaciones*, cap. 28). El diptico es violento y fuerte.

Con D. Teutonio de Braganza, arzobispo de Evora, sostuvo una amistad y ejerció una dirección espiritual encantadoras. Las cartas al piadoso prelado son un modelo. (58, 59, 63, 70, 210, 285).

El Dr. Alonso Velázquez fué su confesor en Toledo, por los años de 1576 y 77. Luego fué obispo de Osma (donde consiguió en 1581 la fundación del Carmelo) y más tarde Arzobispo de Santiago. En los posteriores años de la vida teresiana él fué el confidente quizá de más peso, de más satisfacción para la Madre. Piadosísimo, abnegado, austero, letrado, y escriturista... Un conjunto que llenaba las aspiraciones de su alma. El director para ella ideal. «Me aseguraba con cosas de la Sagrada Escritura» (*Fundación*, cap. 30; *Carta*, 104). La *Relación VI*, la última de su vida, escrita en Palencia en 1581, a él está dirigida. (Tanto D. Teutonio, el amigo portugués de Santa Teresa, de los jesuitas, de los cartujos..., como el santo obispo Velázquez, esperan la monografía a que tienen derecho, y que aún no se escribió).

Y nos queda D. Alvaro de Mendoza, el obispo por antonomasia de Santa Teresa. Yo no hago aquí su historia ni la de sus relaciones con la Madre. (También alguien debería hacerla). Sólo doy un par de pinceladas, a la vista del retrato del mismo que conservan las monjas de San José de Ávila. Es

realista y sicológico a la vez; buen retrato. Parece hombre concentrado, serio, con una mirada lánguida que no indica sobra de energía... Sabemos que fué piadoso, generoso, quizá no se distinguió por intelectual. Es una figura episcopal muy de su época. Noble, gran señor, pero sencillo, quizá un poco gris. Amigo de los santos y apostólicos varones de su tiempo. Parece hechura de su hermana doña María, mujer que fué de Francisco de Cobos, el secretario de confianza de Carlos V en sus últimos años (1). De 1561 a 1577 es obispo de Avila. El funda en 1568 el Colegio de clérigos de San Millán, inicio del Seminario; la cofradía del Nombre de Jesús en 1569; la de la Misericordia en 1573... No va a Trento, donde le representa el gran Carrillo de Villalpando, pero sí al Concilio Provincial de Salamanca de 1572. En 1577 le trasladan a Palencia, y así puede estar en Valladolid donde vive su hermana, pues Valladolid es entonces de la diócesis palentina (antes, mientras es obispo de Avila, reside mucho en Olmedo cerca de Valladolid pero en su diócesis abulense). Muere en Valladolid en 1586. Desde que se rinde a la Madre Teresa y acepta su fundación le será devoto incondicional. Cuando se vaya a Palencia y tenga que renunciar a ser el obispo de San José de Avila lo hará emocionado hasta las lágrimas. En Palencia fundará el Carmelo. Y su cuerpo y sus objetos y sus bienes irán después de su muerte a parar por voluntad suya a San José de Avila. El quería y esperaba resucitar junto a la Madre Teresa. Ello seguramente no será así. Pero su devo-

---

(1) Fué mujer poderosa, influyente, intrigante... Carlos V prevenía a su hijo Felipe II sobre ella al hablarle acerca del secretario Cobos en sus Instrucciones; y véase su intervención indirecta en los asuntos del arzobispo Carranza en *Proceso*, edición Tellechea, vol. I, Madrid, 1962. Su amistad con la Santa la hizo mucho bien. Y ella a su vez ayudó a la Madre de muchas maneras.

ción por la Madre y la veneración y agradecimiento de ésta por él serán un hecho incuestionable. (1).

Muchos otros nombres se podrían añadir. Pero éstos son los principales. La Santa tuvo una larga experiencia del mundo clerical, de muchos sacerdotes, que de un modo u otro intervinieron en su vida. Con todos esos datos ante la vista, ¿qué juicio de valor y qué consecuencias prácticas formuló sobre el sacerdocio?

\* \* \*

### III

Santa Teresa no ha elaborado una teoría, una teología, sobre el sacerdocio. No lo hubiera podido hacer, aunque hubiese querido, dada su falta de preparación y su limitado espacio vital. (2). Ella descubre la realidad sacerdotal en los hombres concretos que la viven, la sorprende en acto, y con su gran sentido sobrenatural capta las exigencias de la misma, a través de las necesidades y urgencias de la misión que explica a aquella realidad. Es decir, Santa Teresa se fija en lo funcional del sacerdocio, y por ello alcanza de algún modo

---

(1) En los *Procesos* se habla numerosas veces del cariño y de la fe de D. Alvaro en la Madre Fundadora. De cómo creía en su palabra y en el resultado de sus proyectos por difíciles e ininteligibles que le parecieran. Cómo traía para que la hablase a sus parientes y amigos a fin de que con su conversación mudasen de vida. Cómo la ayudó con sus bienes económicos y con su influencia moral en toda ocasión. Cfr. entre docenas de testigos a Isabel de Santo Domingo, *Procesos*, t. II, pág. 484. Acerca de su pena y sus lágrimas cuando hubo de dejar de ser superior de San José de Ávila, en 1577, cfr. Teresa de Jesús (Teresita), en su declaración en Ávila de 1610, en Silverio, *Obras de Santa Teresa*, Burgos, t. II, 1915, págs. 321 y 366-67. Como dice esta testigo, D. Alvaro fué según la Santa Madre «padre, amparo y prelado», de su obra, en especial de la casa primera, San José de Ávila.

(2) Cfr. Guillermo Martín Rodríguez: *El sacerdote en el mensaje teresiano*, en Surge, 1962, pág. 387 ss. Emilio Sánchez, *Santa Teresa de Jesús y los sacerdotes*, Ávila, 1926, 32 págs.

su grandeza, sin que llegue a poder precisar más en el misterio óntico que aquel es en sí mismo. En esto ella no se distancia mucho de los mismos escritores profesionales sobre el tema, que florecieron en su tiempo (Avila, Luco, Molina, etcétera), los cuales tampoco trascienden el plano funcional. Hay que esperar a la escuela beruliana del siglo siguiente para que esas perspectivas, más bíblicas y patrísticas, se abran horizonte. (1).

Ante la sacrabilidad de los «ministerios» sacerdotiales y ante la trascendencia del quehacer pastoral de los sacerdotes en el mundo, la Santa quiere de éstos *vida virtuosa y santa*, y *competencia doctrinal o «letras»*. Para ella este es el secreto de la buena marcha de la Iglesia como institución social en medio de los hombres peregrinos hacia lo eterno. Por eso, para ayudar a que esto se consiga, querrá gastar en oración y penitencia su vida y las de sus hijas. Es su fin, su tarea principal en pro de la Iglesia. Otra cosa ella de suyo, y menos en aquellos tiempos, no podría hacer. Y sin embargo, por una extraordinaria y extraña misión, sí que pudo, pues la reforma de su Orden en los varones, tal como ella los soñaba: carmelitas perfectos, contemplativos, doctos, trabajando entre los hombres..., fué su contribución singular y visiblemente más efectiva a la reforma en general de la vida sacerdotal. «Que bien entendía era ésta muy mayor merced que la que me hacia en fundar casas de monjas», dice ella misma. (*Fundaciones*, c. 14). (2).

*Virtuosos y santos.* «Entendi bien cuán más obligados es-

(1) En espera de poder tratar más definitivamente estas cuestiones, cfr. mis trabajos: *Espiritualidad sacerdotal*, en R. de Espiritualidad, 1960, 5-38; ,91-213. *Ideario sacerdotal*, Avila, 1961, 46 págs. *El sacerdote y la oración*, en Homo Dei, Vitoria, 1962, págs. 89-104. *Existencia sacerdotal*, en Ciudad de Dios, 1963, págs. 806-828.

(2) Cfr. Declaración de Isabel de Santo Domingo, *Procesos*, ed. Silverio, t. II, Burgos, 1936, pág. 470.

tán los sacerdotes a ser buenos que otros...» (*Vida*, c. 38). Y esto principalmente porque celebran la Misa, pues es apropiado de la Misa de un sacerdote indigno por lo que la Santa hace esta reflexión.

Ellos, «capitanes» del ejército de Cristo, han de ser «muy aventajados en el camino del Señor». «Y pues los más están en las religiones, que vayan muy adelante en su perfección y llamamiento, que es muy necesario». (*Camino*, cap. 3).

El problema no están fácil y sencillo. «No penséis es menester poco favor de Dios para esta gran batalla adonde se meten, sino grandísimo». Porque, ¡buenos quedarían los soldados sin capitanes! Han de vivir entre los hombres, y tratar con los hombres, y estar en los palacios, y aun hacerse algunas veces con ellos en lo exterior: ¿pensáis, hijas mías que es menester poco para tratar con el mundo, y vivir en el mundo, y tratar negocios del mundo, y hacerse, como he dicho, a la conversación del mundo, y ser en lo interior extraños del mundo, y enemigos del mundo, y estar como quien está en destierro, y, en fin, no ser hombres sino ángeles? Porque, a no ser esto así, ni merecen nombre de capitanes, ni permita el Señor salgan de sus celdas, que más daño harán que provecho; porque no es ahora tiempo de ver imperfecciones en los que han de enseñar.

«Y si en lo interior no están fortalecidos en entender lo mucho que va en tenerlo todo debajo de los pies, y estar desasidos de las cosas que se acaban, y asidos a las eternas, por mucho que lo quieran encubrir, han de dar señal. Pues ¿con quién lo han sino con el mundo? No hayan miedo se lo perdone, ni que ninguna imperfección dejen de entender. Cosas buenas, muchas se les pasarán por alto, y aun por ventura no las tendrán por tales; mas mala o imperfecta, no hayan miedo». (*Camino*, cap. 3).

Esta perfección arriscada, que los sacerdotes han de conseguir, la Santa la desea con todas sus fuerzas. Ella los querria con aquella libertad de espíritu que tantas veces proclama en sus escritos. «Deseo grandísimo, más que suelo, siento en mí de que tenga Dios personas que con todo desasimiento le sirvan, y que en nada de lo de acá se detengan, como veo es todo burla, en especial letrados; que como veo las grandes necesidades de la Iglesia, que éstas me aflijen tanto, que me parece cosa de burla tener por otra cosa pena, y así no hago sino encomendarlos a Dios; porque veo yo que haría más provecho una persona del todo perfecta, con fervor verdadero de amor de Dios, que muchas con tibieza». (*Relación 3*). Doctrina que prácticamente concretó en aquella fórmula soberbia, que a propósito del inquisidor Soto cinceló en el capítulo 40 de la *autobiografía*: «Rogóme una persona una vez que suplicase a Dios le diese a entender si sería servicio suyo tomar un obispado. Díjome el Señor, acabando de comulgar: Cuando entendiere con toda verdad y claridad que el verdadero señorío es no poseer nada, entonces le podrá tomar; dando a entender que ha de estar muy fuera de desearlo ni quererlo quien hubiere de tener prelacias, o al menos de procurarlas». Todo el «mundillo» clerical y frailuno de todos los tiempos (el suyo fué en aquello abundosísimo) (1) quedó estigmatizado en esa frase del Señor (o de la Madre; en todo caso del Señor era), que vale por todo un tratado de vida práctica sacerdotal.

---

(1) He aquí algunas alusiones al mismo en las obras de la Santa. «Hasta los predicadores van ordenando sus sermones para no descontentar. Buena intención tendrán, y la obra lo será; mas así se enmiendan pocos». (*Vida*, cap. 16). «Predica uno un sermón con intento de aprovechar las almas; mas no está tan desasido de provechos humanos, que no lleva alguna pretensión de contentar, o por ganar honra o crédito, o que si está puesto a llevar alguna canonjía por predicar bien». (*Conceptos*, cap. 7). Véase también la carta 192, antes citada, en donde a propósito de pedir para Daza una canonjía, la Santa termina con una fina punta de ironía y de humor muy suyo.

Desprendidos, hombres virtuosos, santos, como muchos de aquellos que ella encontró en su vida. Pero al mismo tiempo ella los quería:

*Letrados...* Porque, repito, ella ve a los sacerdotes funcionalmente, como ministros de la vida, desde luego, como liturgos, como celebrantes, como ministros de la Palabra, como administradores de los misterios divinos, pero a la vez como confesores que prolongan y completan su ministerio sacramental siendo teólogos, maestros, predicadores, directores, superiores... Y para esto hacen falta «letras»...

Ella tuvo la pasión de las letras. Las citas serían innumerables. «Siempre fui amiga de letras» (*Vida*, cap. 5). «Son gran cosa letras para dar en todo luz», (*Camino*, cap. 5; idem *Moradas IV*; etc., etc.).

Por eso ella quiere que los sacerdotes sean letrados. Báñez fué para ella un tipo ideal. Como también, en su debida proporción, el obispo Velázquez, e Ibáñez, y García de Toledo, y Medina, y Mancio, y Avila y tantos otros a los que consulta. El mismo San Pedro de Alcántara no es sólo el hombre penitente y santísimo, es también de muy «lindo entendimiento», dato que no deja de anotar aquella mujer enamorada del saber y de la cultura.

Para nuestra Santa el sacerdote, que es y puede ser por ser sacerdote, confesor, director, maestro, predicador... (son nombres que ella maneja como sinónimos), debe ser, *virtuoso* por supuesto, pero también *avisado*, es decir, de buen entendimiento, *experimentado*, y *letrado* u hombre preparado por estudios, cuanto más mejor. Por consiguiente rechaza a los que no tengan un mínimo de virtud, y a los virtuosos, aunque lo fuesen mucho, pero *cortos* o *sin estudios* bastantes (echarían borrones con la mejor buena voluntad), y a los *me-*

*dios letrados* (que se equivocan con facilidad por creer que saben sin saber lo suficiente). A éstos últimos tiene particular ojeriza. ¡Sufrió tanto por ellos! Así como «buen letrado nunca me engañó», «gran daño hicieron a mi alma confesores medio letrados». (*Vida*, cap. 5). «Lástima lo que se padece con los confesores que no entienden» (*Vida*, cap. 20). Por eso, «os aconsejo que sea muy letrado, y, si se hallare, también espiritual» (*Moradas*, VI, 8). Con experiencia aún mejor. (*Vida*, 13; *Moradas*, VI, 9). Pero en definitiva, que sean letrados de veras con tal que tengan la debida humildad, aunque no tengan experiencia. «Si tienen letras, es un gran tesoro para este ejercicio (de oración) si son con humildad» (*Vida*, cap. 12). El letrado aunque sin experiencia puede dirigir muy bien si es humilde. «Porque si me engañare, estoy muy aparejada a creer lo que dijeren los que tienen letras muchas. Porque aunque no hayan pasado por estas cosas, tienen un no sé qué grandes letrados, que como Dios los tiene para luz de su Iglesia, cuando es una verdad, dásela para que se admitta; y si no son derramados, sino siervos de Dios, nunca se espantan de sus grandezas, que tienen bien entendido que puede mucho más y más. Y, en fin, aunque algunas cosas no tan declaradas, otras deben hallar escritas, por donde ven que pueden pasar éstas.

• De esto tengo grandísima experiencia, y también la tengo de unos medio letrados espantadizos, porque me cuestan muy caro». (*Moradas*, V, 1; cfr. *Vida*, cap. 34). Y sobre todo casi íntegro el cap. 13 de la *Vida*. «Ha menester aviso el que comienza para mirar en lo que aprovecha más. Para esto es muy necesario el maestro, si es experimentado; que si no, mucho puede errar y traer un alma sin entenderla, ni dejarla a sí misma entender; porque, como sabe que es gran mérito estar sometida a maestro, no osa salir de lo que le manda. Yo he topado almas acorraladas y afligidas por no tener experiencia

quién las enseñaba, que me hacían lástima, y alguna que no sabía ya qué hacer de sí, porque no entendiendo el espíritu, afligen alma y cuerpo, y estorban el aprovechamiento. Una trató conmigo, que la tenía el maestro atada ocho años había, a que no la dejaba salir de propio conocimiento, y teníala ya el Señor en oración de quietud, y así pasaba mucho traba-  
bajo...».

«Así que importa mucho ser el maestro avisado, digo de buen entendimiento, y que tenga experiencia; si con esto tiene letras, es grandísimo negocio. Mas si no se pueden hallar estas tres cosas juntas, las dos primeras importan más; porque letrados pueden procurar para comunicarse con ellos cuando tuvieran necesidad. Digo que a los principios, si no tienen oración, aprovechan poco letras. No digo que no traten con letrados, porque espíritu que no vaya comenzado en verdad, yo más le querría sin oración; y es gran cosa letras, porque éstas nos enseñan a los que poco sabemos, y nos dan luz, y llegados a verdades de la Sagrada Escritura, hacemos lo que debemos: de devociones a bobas nos libre, Dios...».

«Y no se engañe con decir que letrados sin oración no son para quién la tiene. Yo he tratado hartos, porque de unos años acá lo he más procurado con la mayor necesidad, y siempre fui amiga de ellos, que aunque algunos no tienen experiencia, no aborrecen al espíritu, ni le ignoran; porque en la Sagrada Escritura que tratan, siempre hallan la verdad del buen espíritu. Tengo para mí que persona de oración que trate con letrados si ella no se quiere engañar, no la engañará el demonio con ilusiones, porque creo temen en gran manera las letras humildes y virtuosas y saben serán descubiertos y saldrán con pérdida.

«He dicho esto, porque hay opiniones de que no son letrados para gente de oración, si no tienen espíritu. Ya dije es

menester espiritual maestro; mas si éste no es letrado gran inconveniente es. Y será mucha ayuda tratar con ellos, como sean virtuosos; aunque, no tengan espíritu; me aprovechará, y Dios le dará a entender lo que ha de enseñar y aún le hará espiritual, para que nos aproveche. Y esto no lo digo sin haberlo probado, y acaecidome a mí con más de dos. Digo que para rendirse un alma del todo a estar sujeta a solo un maestro, que yerra mucho en no procurar que sea tal si es religioso, pues ha de estar sujeto a su prelado, que por ventura le faltarán todas tres cosas, que no será pequeña cruz, sin que él de su voluntad sujete su entendimiento a quien no le tenga bueno. Al menos esto no lo he yo podido acabar conmigo, ni me parece conviene. Pues si es seglar aiabé a Dios que puede escoger a quien ha de estar sujeto, y no pierda esta tan virtuosa libertad; antes esté sin ninguno hasta hallarle, que el Señor se le dará, como vaya fundado todo en humildad y con deseo de aceptar. Yo le alabo mucho, y las mujeres y los que no saben letras le habíamos siempre de dar infinitas gracias, porque haya quien con tantos trabajos haya alcanzando la verdad que los ignorantes ignoramos».

La Santa lamentará sin embargo poco antes que estos maestros de las almas sean «tan pocos, tan contados, que no tengan discreción demasiada» y así las almas «que comienzan (a darse a la vida espiritual) no vayan más presto a gran perfección»... Ella que gustaba por inclinación natural de tratar con sus directores «con toda verdad y llaneza»... (*Fundaciones* cap. 2). (Esto he tenido siempre, tratar con toda claridad y verdad con los que comunico mi alma) (*Vida*, cap. 30). Y también obedecerles con toda sinceridad. Esto para ella fué siempre norma intocable. Es el mismo Señor el que así la había enseñado. «Siempre que el Señor me mandaba una cosa en la oración, si el confesor me decía otra, me tornaba el mismo Señor a decir que le obedeciese; después su Majestad le

volvia para que me lo tornase a mandar». (*Vida*, cap. 26) (1).

Todo esto se explica porque en el fondo la Santa ha tenido un concepto altísimo de los ministros del Señor, de los capitanes y maestros del pueblo cristiano. Les quiere tan santos y tan competentes porque son lo que son: fermento de la vida cristiana en la Iglesia. Y este concepto es algo que surge en su vivir como consecuencia espontánea de sentirse hija de esa Iglesia, así como esto último lo es de su intensa vivencia en Cristo, su amor al Señor, su vida de contemplación no intelectual y evanescente, sino amorosa, la han llevado a vivir el misterio de la Iglesia con locura, la han hecho celar la honra de Cristo como verdadera esposa suya. (*Relación* 35).

Este tema: Teresa y la Iglesia, no es el nuestro. Lo doy por admitido. Había que espigar a granel en sus obras, pues es algo que aflora por todas partes. Valga como ejemplo este párrafo del cap. 33 de la *Autobiografía*: «A mi me cayó esto en gracia, y me hizo reír, porque en este caso jamás yo temí, que sabía bien de mí que en cosa de la fe, contra la menor ceremonia de la Iglesia que alguien viese yo iba, por ella o por cualquier verdad de la Sagrada Escritura, me pondría yo a morir mil muertes». (Me remito también a los *Dichos* 212, 217, 218, 284, 285, y 313 de la edición Efrén). Igualmente había que repasar las declaraciones de los procesos de beatifi-

(1) Veáñese los *Dichos* 101, 123, 305, 319 entre los recogidos por Efrén. Célebres son los casos de obediencia de quemar sus escritos sobre los *Cantares* de Salomón ante el mandato del P. Yanguas; y el de la fundación de Sevilla por orden de Gracián, aunque a ella le había parecido que en la oración el Señor le pedía otra cosa. A las explicaciones que aquél le demandaba después respondió la Santa: no tengo certeza de fe ser voluntad divina lo que se me dice en la revelación, y tengo por fe católica lo que el Prelado me manda, como no sea pecado, que es voluntad de Dios que le obedezca. (María de San José, en *Procesos*, t. I, p. 501). Por eso en Teresa la consulta y obediencia a superiores y sacerdotes fué siempre constante, y fué enseñanza que trasmitió a sus hijas con fuerza y con afán. En particular la obediencia a la *Sede Apostólica*, la inculcaba firmemente a sus monjas. (Cfr. a la misma María de San José, *Procesos*, I, p. 489 y 490, entre otros testimonios).

cación, donde se alude sin cesar a ese espíritu profundamente eclesial de la Madre (1).

Por eso se comprende también su fina sensibilidad litúrgica, su sentido litúrgico notable (en el siglo XVI, tan poco a propósito para el mismo, dado el clima de humanismo individualista que en el estilo de su piedad se respiraba!). También las citas tendrían aquí que multiplicarse. Basta la siguiente de Ana de Jesús acerca de la Misa en los procesos de beatificación de la Santa.: «Deseaba ayudásemos siempre a oficiar la misa, y buscaba cómo la pudiésemos hacer cada día, aunque fuese en el tono que rezamos las horas, y si no podía ser por no tener capellán propio y ser tan pocas entonces, que no éramos más de trece, decía que le pesaba careciésemos de este bien; y así la vez que se cantaba la misa, por ningún otro negocio dejaba de ayudar...» (2).

De ese conocimiento y sentido vivo eclesial, y por ende de vibración litúrgica, y de la estructuración jerarquizada y canónica de la Iglesia, la Santa dedujo, como por instinto, su amor y su estima honda por los sacerdotes. En ese ámbito de la Iglesia es donde ella descubre totalmente la importancia y la trascendencia del sacerdocio. A ello se juntó la experiencia que de la necesidad y ayuda magisterial de los mismos ella tuvo a lo largo de su vida y de sus empresas. Todo esto la llevó a desear y a exigir en ellos esaantidad de vida y esa competencia en letras, que hemos visto. Y la llevó a venerarlos, a consultarlos, a atenerse a sus consejos, a obedecerles, según ya antes indicábamos. Cuenta el P. Ribera, S. J., su primer biógrafo, que, por su devoción a la misa y al Santísimo

---

(1) Cfr. *Procesos*, por ej., Isabel de Santo Domingo, en ed. Silverio, t. II, Burgos, 1935, p. 409.

(2) *Procesos*, t. II, p. 473. Cfr. también p. 465: «Rueguen a Dios que se halle lo que falte para decir esta misa, que me hace mucha fatiga pensar si se ha de privarnos la Iglesia del valor de este sacrificio». Etc.

Sacramento le venía el gran respeto que tenía a los sacerdotes, por ser ellos quienes le consagran. Cuando los encontraba, se arrodillaba ante ellos pidiendo la bendición, aunque fuese en público, como ocurrió en Malagón en medio de la plaza con el capellán del monasterio allí fundado (1).

\* \* \*

## IV

Y la llevó a hacer por ellos, a pedir por ellos... En esto Santa Teresa es de una importancia excepcional en la historia de la espiritualidad cristiana. No que antes no se hubiese parado mientes en ello. Una Santa Catalina de Siena bastaría para demostrarlo. Pero con la insistencia y la fuerza de una Santa Teresa nunca se había hecho hasta entonces. Recorremos aquellos casos dolorosos de sacerdotes desgarrados en los que le tocó personalmente intervenir... Les salvó su oración fervorosa y su discreta intervención caritativa. Pero hay mucho más: ella hace de ese pedir por los sacerdotes, algo institucional, la misión principal de sus hijas las carmelitas descalzas. Es el primer ejemplo que se da de ello en la historia de la Iglesia. Aquella mujer, que siente como nadie la pasión de la Iglesia, de la salvación de las almas, en esto vino a concretar su manera mejor de desahogarla. La Iglesia, las almas..., por eso los sacerdotes, los prelados de la Iglesia: Papa, Cardenales, Colegio Apostólico, Obispos, etc. etc. (en los *Procesos* esto se repite por sus monjitas hasta la saciedad; debía ser en ella un estribillo incesante). Ana de Jesús nos dirá en su declaración, ya antes citada: «También se le veía esta

---

(1) *Vida de la M. Teresa de Jesús*, libro IV, cap. 12. Cfr. entre otras declaraciones de sus monjitas, que dicen de esa reverencia y veneración y agradecimiento a aquéllos, la de Leonor de San Gabriel, *Procesos*, t. II, p. 180: se arrodillaba ante ellos etc., y esto imponía a sus monjas.

virtud a la Madre en lo mucho que estimaba y quería a los que la tenían, y cuando veía algunos, que con sus letras y espíritu podían servir a la Iglesia, amábalos excesivamente y decíanos: cuánto hay bueno en la tierra querría para éstos que pueden aprovechar en la Iglesia, rueguen mucho por ellos y por los que tienen valor y talento natural para que se empleen en esto, y buscaba ocasiones para tratar y regalar a los que le parecían más siervos de Dios, y a nosotras nos encargaba mucho los respetásemos, diciendo: que en ellos podíamos servir a Nuestro Señor Jesucristo, que había sido grande la dicha de aquellas dos hermanas, Marta y María, que le habían podido hospedar en su casa; y desdichadísimos los que teniéndole en la tierra, no le habían sabido conocer ni servir. Todo esto lo decía de manera, que a quienquiera que lo oia le avivaba la fe y esperanza, que en todas las ocasiones se la vimos tener firmísima» (1).

Pero es la misma Madre quien lo ha dejado escrito en páginas inmortales, asaz conocidas, principalmente del *Camino de Perfección*. Ya las hemos recogido aquí en gran parte. Sirvan estas otras de complemento e ilustración. «En este tiempo vinieron a mi noticia los daños de Francia y el estrago que habían hecho estos luteranos, y cuánto iba en crecimiento esta desventurada secta. Dióme gran fatiga, y como si yo pudiera algo, o fuera algo lloraba con el Señor y le suplicaba remediate tanto mal. Parecíame que mil vidas, pusiera yo para remedio de un alma de las muchas que allí se perdían. Y como me ví mujer y ruin, e imposibilitada de aprovechar en lo que yo quisiera en el servicio del Señor, y toda mi ansia era, y aún es, que, pues tiene tantos enemigos, y tan pocos amigos, que étos fuesen buenos, determiné a hacer ese poquito que era en mí, que es seguir los consejos evangélicos con to-

---

(1) *Procesos*, t. I, p. 465.

da la perfección que yo pudiese, y procurar que estas poquitas, que están aquí, hiciesen lo mismo, confiada en la gran bondad de Dios, que nunca falta de ayudar a quien por El se determina a dejarlo todo; y que siendo tales cuales yo las pintaba en mis deseos, entre sus virtudes no tendrían fuerza mis faltas, y podría yo contentar en algo al Señor, y que todas ocupadas en oración por los que son defendedores de la Iglesia, y predicadores, y letrados que la defienden, ayudásemos en lo que pudiésemos a este Señor mío, que tan apretado le traen, a los que ha hecho tanto bien, que parece le querrian tornar ahora a la cruz estos traidores, y que no tuviese a donde reclinar la cabeza». «Estáse ardiendo el mundo, quieren tornar a sentenciar a Cristo, como dicen, pues le levantan mil testimonios; quieren poner su Iglesia por el suelo, ¿y hemos de gastar tiempo en cosas que por ventura, si Dios se las diese, tendríamos un alma menos en el cielo? No es, hermanas mías, no es tiempo de tratar con Dios negocios de poca importancia» (*Cam. cap. 1*). «Para que entendáis hermanas mías, que lo que hemos de pedir a Dios, es que en este castillo que hay ya de buenos cristianos, no se nos vaya ya ninguno con los contrarios; y a los capitanes de este castillo o ciudad, los haga muy aventajados en el camino del Señor, que son los predicadores y teólogos. Y pues los más están en las religiones, que vayan muy adelante en su perfección y llamamiento, que es muy necesario; que ya, ya, como tengo dicho nos ha de valer el brazo eclesiástico, y no el seglar. Y pues para lo uno ni lo otro no valemos nada para ayudar a nuestro Rey, procuremos ser tales que valgan nuestras oraciones para ayudar a estos siervos de Dios, que con tanto trabajo se han fortalecido con letras y buena vida, y trabajado para ayudar ahora al Señor». «Para estas dos cosas os pido yo procuréis ser tales que merezcamos alcanzarlas de Dios. La una, que haya muchos de los muy mucho letrados y religiosos que hay, que tengan las partes que son menester para esto, como

he dicho; y a los que no están muy dispuestos los disponga el Señor, pues más hará uno perfecto que muchos que no lo son, la otra, que después de puestos en esta pelea, que, como digo, no es pequeña, los tenga el Señor de su mano, para que puedan librarse de tantos peligros como hay en el mundo, y tapar los oídos en este peligroso mar del canto de las sirenas. Y si en esto podemos algo con Dios, estando encerradas peleamos por El, y daré yo por muy bien empleados los trabajos que he pasado por hacer este rincón, adonde también pretendi se guardase esta Regla de Nuestra Señora y Emperadora con la perfección que se comenzó» (*Cam.* cap. 3). «No os encargo particularmente los reyes y prelados de la Iglesia, en especial nuestro obispo; veo a las de ahora tan cuidadosas de ello, que así me parece no es menester más. Vean las que vinieren, que teniendo santo prelado, lo serán las súbditas, y como cosa tan importante ponedla siempre delante del Señor; y cuando vuestras oraciones, y deseos, y disciplinas, y ayunos no se empleen por esto que he dicho, pensad que no hacéis ni cumplís el fin para que aquí os juntó el Señor» (*Cam.* cap. 3).

Pedir por los sacerdotes... Fue el gran encargo que dejó a sus hijas. El gran medio para salvar almas, y para aumentar la Iglesia, puesto que de tener suficientes y santos sacerdotes depende en grandísima parte todo lo demás. Aquéllas han sido siempre fieles a la consigna de su santa Madre. Valga por todas como testigo Santa Teresa del Niño Jesús. «He venido (al Carmen) para salvar las almas y sobre todo para orar por los sacerdotes» (1). «¡Qué hermosa es la vocación que tiene por objeto conservar la sal destinada a las almas! Esta vocación es la del Carmelo, puesto que el único fin de nuestras oraciones y de nuestros sacrificios es ser apóstol de los apóstoles, rogando por ellos mientras ellos evangelizan las almas

---

(1) *Manuscrits autobiographiques*. Lisieux, 1957, p. 174.

con sus palabras y sobre todo con sus ejemplos...» (1). Estas palabras son un exponente del espíritu que anima a todos los Carmelos teresianos. La contemplación apostólica que en ellos se cultiva como tarea sagrada de los mismos a ese fin se dirige principalísicamente: a la santificación de los sacerdotes. Así se colabora eficazmente en el misterio de la redención, en el espacio vital donde aquél se realiza, que es la Iglesia.

Pero la doctrina y el ejemplo de la Santa Reformadora no se ha limitado a sus Carmelos. Ha llegado mucho más lejos. De San Vicente de Paul se refiere esta frase (que no he podido verificar en los escritos del mismo que me son de momento accesibles): «Puede ser que el mejoramiento que se observa ahora en el estado eclesiástico sea en parte debido a esta gran santa». Sabidas son las estrechas relaciones de todo el espléndido movimiento espiritual del clero en la Francia del siglo XVII y las del Carmelo teresiano allí. Tan íntimas como que ambas empresas penden inicialmente de un mismo personaje: el cardenal Pedro de Berulle.

Hoy, el pedir por los sacerdotes, las instituciones dedicadas a ello, las prácticas e industrias a este fin, se han multiplicado abundantemente por doquier. Muchísimo de ello se debe al impulso dado por Santa Teresa, la primera que formuló, como misión peculiar de una institución religiosa, el hacer suya para vivirla, con audacia humilde y generosa, la frase del Señor: «Yo por ellos me consagro víctima para que ellos sean consagrados en la verdad». (Jn. XVII, 19).

---

(1) *Manuscrits autobiographiques*. Lisieux, 1957, p. 138.





Institución Gran Duque de Alba

**ASI MURIÓ LA SANTA**



## ASI MURIÓ LA SANTA

El 26 de Julio de 1582 salió Teresa de Burgos. Quedaba asentada por fin aquella fundación, que era la última de su vida. Seis meses justos le había costado de sufrimientos y dificultades innumerables. Era la última, aunque ella no lo esperaba así. En el horizonte de su ilusión estaba Madrid... Pero... ¡fué una ilusión fracasada!

Ahora, aunque hiciese calor, era más fácil caminar. Cuando vino, en enero de aquel año, el viaje fué épico, temerario sencillamente. Por eso cuando al llegar a Burgos el arzobispo D. Cristóbal Vela, su paisano y vecino y amigo de Avila, se despachó con que «bien nos podíamos tornar», la santa reacciona con una frase suyísima, de mujer decidida y segura de su empresa: «Pues, ¡bonitos estaban los caminos, y hacia el tiempo!» (1). Y triunfó. ¡No faltaba más! Los Velas eran familia avilesa mucho más importante que la de los Cepedas. Bastaba ver los dos edificios solariegos y vecinos de las mismas para notarlo. Pero las personas tienen valores casi absolutos, que no determinan, a lo más condicionan, las circunstancias materiales que los rodean. Y Teresa de Ahumada era ella misma, irrepetible y única. Y conste que D. Cristóbal fué una gran figura episcopal en la hora del renacimiento español.

---

(1) *Fundaciones*, cap. 31.

Burgos fué una fundación dolorosa. Avila, Sevilla, Burgos fueron las estaciones más duras de su vía crucis. La primera fundación, casi la del medio, y la última... Aunque jella no sabe que es la última!

Ahora el viaje es más suave que a la venida. Aunque hace calor. Es fin de julio por la llanada de Castilla. «El ciego sol, la sed y la fatiga... Por la terrible estepa castellana... Polvo, sudor y hierro...», (M. Machado). Ahora las etapas son cortas. Pero el recorrido total va a consistir de hecho en atravesar en diagonal toda Castilla. Teresa se despide de ella sin saberlo. De Burgos a Avila: ese es su plan. De hecho será de Burgos a Alba de Tormes. Un surco completo que la cruce toda para dejar sembrado en él su mensaje de esperanza y de amor. Muchas veces había recorrido casi todos aquellos caminos. Ahora era la rúbrica final. Por eso, grande, total, de norte a sur, de este a oeste. En perfecta diagonal. Cuando termine de hacerla será otoño, la hora de la siembra, de la esperanza, del abandono a la providencia de Dios. Ella misma iba a sembrarse en la tierra generosa y recia de Castilla, de la que había nacido, iba a sembrarse junto al Tormes, que nace en sus sierras de Avila, —agua de Gredos—, para fecundar de vida y poesía las vegas albenses y salmantinas (Garcilaso, fray Luis, Unamuno...).

Teresa lleva consigo a su fiel secretaria y enfermera, Ana de San Bartolomé, y a Teresita de Jesús, su sobrina, niña de diez y seis años, la hijita de su difunto hermano Lorenzo, y que él trajo de las Indias ya muerta su madre de ella. La americanita quiteña ha vivido desde su llegada a España con las carmelitas. Ahora va ya a hacer profesión de tal, pues cumple la edad requerida por las leyes. Pero... tienes apenas diez y seis años. Y ¡es natural!, duda, se inquieta... Para colmo, su hermano Francisco, el mayor, se ha casado (¡con doña Orofrisia de Mendoza!), y su situación económica es difícil:

mucha apariencia y poca realidad. La mentalidad absurda de la época hacia además incompatible el trabajo honrado con la condición social elevada de ciertas clases... La suegra de Francisco quería que los bienes dejados por D. Lorenzo se distribuyesen de otro modo, pero para ello Teresita tendría que dejar el convento: así con lo suyo ayudaba a su pobre hermano, y ella (quizá) lo pasaría también mejor. La pobre chica dudaba. ¿Sería bueno dejar el claustro e irse al mundo? ¿Sería más sencillo refugiarse en una orden menos rigurosa que las descalzas de su tía? Crisis de diez y seis años, de inexperiencia, de madurez, en total. Y, claro, se recelaba de su tía, la que hasta ahora había sido su segunda madre, la autoridad, la santa indiscutible... Bien se da cuenta de ello ésta, y bien le hace sufrir. Por eso se la ha llevado consigo a Burgos, para tenerla junto a sí, para protegerla en esta hora difícil.

«Ahora creo no se excusa llevar a Teresica, que al letrado le ha parecido muy bien, y aun ella siente tanto mi ida, como se han ido estotras, que creo ha de ser necesario, porque anda tristecilla; que si con esto le viene alguna ocasión, no sé lo que hará, y a mi me ha parecido darle alguna esperanza, aunque lo siento harto. Gloria a Dios que todo quiere llueva sobre mí». (1). «Esta carta me escribió la suegra de Francisco; dos días ha que me la dieron, que me amohiné harto de ver tan malos intentos. Los letrados de acá dicen, que si no es pecando mortalmente, no pueden dar por ninguno el testamento. Creo que ha de ser necesario no quitar de mí esta niña; y, en fin, en eso no podrán nada, ni se lo consentiremos. En ponerla en libertad, es lo que temo. Mala está de un gran romadizo, y con calentura. Encomiéndase mucho a vuestra reverencia ella y todas». (2). En el fondo de todo, la crisis de los años... Santa Teresa, experta sicóloga, lo reconoce así, y ya desde hace tiempo: «Vuestra Reverencia, es-

(1) Carta a Gracián, 29-XI-1581.

(2) • a id., 4-XII-1581.

cribe a María de San José, y todas la encomienden a Dios este tiempo con mucho cuidado, que la dé Dios su gracia. Miren que lo ha menester, que, aunque es bonita, es niña en fin» (1).

El plan trazado por Teresa era el siguiente: ir a Ávila, de donde es conventual y priora, y dar la profesión a Teresita. Este es ahora su objetivo inmediato. «Con el favor de Dios estaremos en Ávila a fin de este mes. Crea que no convenía traer más de un cabo a otro a esta muchacha» (2). Luego, desde allí, acercarse a Salamanca y Alba para arreglar asuntos pendientes que reclamaban su presencia: la cuestión de la casa en Salamanca, y en Alba ciertos roces y malestar que se notaban en la comunidad por ingerencias de la fundadora Doña Teresa de Layz. Pero sobre todo, para estar desde su Ávila a la mira de la deseada fundación de Madrid, que es ahora su suprema y quizá ya última querencia en la tierra.

Su itinerario es por tanto: Burgos, Palencia (pequeño rodeo, pero agradable, y que es promesa que hizo a aquellas monjas el padre provincial Gracián) (3), Valladolid, Medina, Ávila..., después... ¿Salamanca, Alba, Madrid? Pero Dios le trazó de otra manera: Burgos, Palencia, Medina, Alba, el cielo...

Cosa de un par de días de camino y en Palencia. «Toda la gente es de la mejor masa y nobleza que yo he visto», había escrito cuando la conoció (4). Ahora va a descansar alrededor de un mes allí. Es priora su prima-hermana Inés de Jesús (Tapia), santa y silenciosa monja. Teresa se siente contenta en aquel palomarcito querido. «Yo me hallo mejor de la

(1) *Carta a María de San José*, 14-VII-1581.

(2)        " a Gracián, 1-IX-1582.

(3) Lo dice la Santa en *Carta a María de San José*, 14-VII-1581.

(4) *Fundaciones*, cap. 29.

garganta, que no me he sentido tan buena días ha, pues como sin tener casi pena en ella, y con ser hoy lleno de luna, que lo tengo a mucho. El aposento está muy fresco y bueno, y toda la casa me ha parecido mejor que pensé. Está todo tan aseado, que no puede parecer mal.

«Teresa se encomienda a vuestra reverencia. No parece anda tan bonita como allá. Todas las hermanas están buenas, y la madre priora» (1).

Y es allí donde su alma se reveló a alguien, por última vez que sepamos, para indicarnos las alturas de su vuelo, de su paz abisal. Fray Juan de las Cuevas, el dominico que presidió el capítulo de separación de los descalzos en Alcalá en 1581, y que moriría en 1599 como obispo de Ávila y en olor de santidad, está ahora allí de prior del convento de San Pablo. La santa ha hablado confidencialmente con él y le ha dicho: «que de las muchas cosas que en tiempos atrás pasaban por su entendimiento de visiones y de revelaciones había quedado tan solamente con la presencia de Dios, significando que lo demás de visiones y revelaciones había cesado» (2). Ella había escrito: «Adonde está Dios es el cielo», por eso lo es el alma, «este cielo pequeño de nuestra alma, adonde está El que la hizo» (3). Ahora nos desvela su secreto, el secreto del atardecer dorado de su vida; ese cielo ella lo gusta, lo experimenta, vive en la soledad íntima de su castillo interior, a solas con sólo Dios... Presencia sentida, presencia que llena el alma, presencia gozosa..., mientras la carne se derrumba, mientras por fuera el viento azota, mientras se rompe el último velo... «¡Rompe la tela de este dulce encuentro!».

---

(1) *Carta a Tomasina Bautista*, 3-VIII-1582.

(2) *Procesos de beatificación*, ed. Silverio, t. I, Burgos, 1935, p. 367.

(3) *Camino*, cap. 28 de la 2.<sup>a</sup> redacción. Cfr. los capítulos 49 y 50 de la 1.<sup>a</sup> Y cap. 4 de las *Moradas* 6.<sup>a</sup>, y 1 de las 7.<sup>a</sup>

De Palencia debió salir hacia el 20 de agosto. Para llegar enseguida (a lo sumo un par de días de viaje) a Valladolid... La santa va enferma y cansada. Enferma lo estuvo siempre. Pero cada vez son más recios y numerosos los achaques, sobre todo después del «catarro» (léase gripe) de 1580, en que estuvo a punto de morir. Los años, los trabajos, los disgustos... la tienen muy gastada. «Le espantaría cuán vieja estoy y cuán para poco», escribía a María de San José aquel mismo año. Y al licenciado Dionisio Ruiz meses después: «estoy muy vieja y cansada...» (1). A la pobrecita le quedan ya pocas pero dolorosas estaciones para terminar...

Valladolid. Penas sobre penas llueven sobre ella, sobre la pobre «vejezuela». Ya de atrás algunas hijas muy queridas (María de San José, Ana de Jesús...) le han creado sus pequeños sinsabores. «Mohina estoy cómo se suben a mayores éstas» (2). «O con la pena se han tornado bobas o pone el demonio infernales principios en esta Orden» (3).

Ahora, el asunto del testamento y herencia de su hermano Lorenzo, del que es curadora, le proporciona quebraderos amargos de cabeza. La suegra de Francisco Doña Beatriz de Mendoza está allí. Y María Bautista, hija de su primo Diego de Cepeda, es la priora, y siempre ha sido de sus hijas más confidentes y queridas. Pero en el asunto familiar de los hijos de Lorenzo se allega a las miras de Doña Beatriz. Teresita candorosa e inexperta se siente influenciada por ella. Oigamos a los testigos:

Escribe la Santa: «Aquí he pasado harto con la suegra de

---

(1) *Cartas* de 17-III-1582, y 4-VI-1582. Ya empieza a decirlo en carta a María de San José, Malagón, 1 febrero 1580: «ando cansada y estoy muy vieja». Pronto se sentiría más.

(2) *Carta* a Gracián, XI-1579.

(3) *Carta* a Ana de Jesús, 30-V-1582.

D. Francisco, que es extraña, y estaba muy puesta en poner pleito para que no valga el testamento; y, aunque no tiene justicia, tiene mucho favor, y algunos la dicen que sí, y me han aconsejado que para que D. Francisco no se pierda del todo, y nosotras no gastemos, que haya concierto. Ello es en pérdida de San José; mas espero en Dios, que como quede segura la pretensión, que él lo vendrá a heredar todo. Harto podrida me ha tenido y tiene, aunque Teresa ha andado bien» (1).

Escribe Teresita: «Otra vez, piensa que estando en Valladolid, andaba así en cosas de su alma, como en negocios tocantes al testamento de su padre, y su dote de esta declarante, muy turbada, y apartándose de los consejos y comunicación de la dicha Santa Madre, hacia esta declarante el parecer de otras personas seglares, procurando encubrirlo todo cuanto podía a la Santa Madre; pero Dios, que todo lo sabe, dió a entender a esta declarante sus enredos y se los fué diciendo la Santa Madre, y con aspecto grave e de alto sentimiento, como quien no hablaba de suyo, la fué profetizando el castigo que la había de venir por sus culpas y la poca fidelidad con que la había tratado, y cómo vernía tiempo que la querría y no la ternía, con otras palabras que la causaron tanta confusión, que no la dejaron entonces percibirlas mucho» (2).

Escribe Ana de San Bartolomé: «Pues volviendo dice, a los trabajos que la Santa padecía por los caminos, después de los que en este convento de Burgos había pasado, y que el Señor la dijo ya que bien se podía ir, y que había pasado allí muchos trabajos, y que otros le quedaban por pasar, deste camino vino a Valladolid, donde se le ofreció otro sobre el

---

(1) *Carta a Gracián, 1-IX-1582.*

(2) Declaración, en *Obras*, ed. Silverio, t. II, Burgos, 1915, págs. 344-345.

testamento de un hermano suyo, que había mandado que su hacienda viniese al Monasterio de Avila después de sus días, si sus hijos no tuviesen herederos. Sus parientes no querían que valiese el testamento, y pensaron ganar a la Santa; y ella no era fácil en cosas que no fuese bien segura ser de Dios. Como no vino en lo que la pedían, uno de los abogados fué tan descortés, que vino al Monasterio y la trató mal de palabras: como que no parecía ella buena, y que muchos seglares daban mejor ejemplo de virtud que ella. Y dijole (la Santa) con su grande paciencia: «Dios se lo pague a vuestra merced lo que me hace».

«La priora de este Monasterio estaba bien ganada de esta gente; y con ser una que la Santa quería mucho, en esta ocasión no la tuvo ella respeto, y nos dijo que nos fuésemos con Dios de su casa, y al salir de ella, me antepuso a la puerta y me dijo: «Váyanse ya, y no vengan más acá». Cosa que la Santa sintió mucho por ser de sus hijas, y parecerla que la debía tener más respeto que los seglares, y que lo tenía más a los seglares que a ella» (1).

¡Pobre vejezuela!, enferma, cansada, con su brazo izquierdo inutilizado, con sus ojos cegatos, en soledad... ¡Sólo Dios bastal

Por entonces los grandes asuntos de su Carmen Descalzo la preocupaban también. Todo está ya en marcha, es verdad. «Ahora, mi hija, puedo decir lo que el santo Simeón, pues he visto en la Orden de la Virgen Nuestra Señora lo que deseaba; y así, les pido y les ruego no ruegen ni pidan mi vida, sino que me vaya a descansar, pues ya no les soy de prove-

---

(1) *Autobiografía de la Beata*, citada en su vida por Florencio del Niño Jesús, O. C. D., Burgos, 1917, págs. 125-126.

cho» (1). Pero se preparaba mar de fondo. Y ella algo prevee. Gracián, el ingenuo y ligero Gracián, salió elegido provincial en el capítulo de Alcalá casi por los pelos; pero es el provincial, el provincial que ella había deseado. Sin embargo no pocas quejas se levantan contra él. Y la santa, angustiada, le escribe desde allí, el 1 de setiembre, una larga carta, en la que le hace relación de todas ellas, y le suplica se dé cuenta, y procure su superación. La ausencia de Gracián también la apena. De hecho iba a morir sin tener el consuelo de tenerle junto a sí ¡Soledad! Había escrito acerca de él en otra ocasión: «Pasaré con que todo llueva sobre mí, que harto llueve ahora, según lo he sentido, y bien disgustado se me ha de hacer todo, que, en fin, el alma siente no estar con quien la gobierne y alivie. Sírvase Dios de todo, y, como esto sea, no hay de qué nos quejar aunque más duela» (2). Si, ¡sólo Dios basta!

Del 20 de agosto al 15 de septiembre en Valladolid. Otra estancia, otra nueva etapa del camino hacia el final. A pesar de sus penas, ha podido decir a sus hijas antes de partir: «Hijas mías, harto consolada voy desta casa, y de la perfección que er ella veo, y de la pobreza, y de la caridad que unas tienen con otras; y si va como ahora, nuestro Señor les ayudará mucho. Procure cada una, que no falte por ella un punto de la perfección de la Religión. No hagan los ejercicios della como por costumbre, sino haciendo atos heroicos, y cada día de mayor perfección. Dense a tener grandes deseos, que se sacan grandes provechos aunque no se puedan poner por obra» (3).

Es cosa de un día, de menos de un día, de la mañana a la

---

(1) *Carta a María de San José*, II-1581.

(2) » a Gracián, 24-V-1581.

(3) En *Obras*, ed. Silverio, t. II, p. 244.

noche, en su carro, desde Valladolid a Medina del Campo. Es la última vez que utiliza aquel ajetreado vehículo. De Medina a Alba irá, poco más o menos cómoda, en la carroza que le envió la duquesa de aquella villa. ¡El carro, el asandareado carromato para caminar!. En el toldo del que ahora lleva van todos los soles y los vientos, todas las aguas y las nieves, todas las lunas y las estrellas, de muchos días y noches de rodar durante tantos años por tantos caminos... Ya todo se acaba. Es la última vez..., jaunque ella no lo sabe!

Tan no lo sabe que ese mismo día escribe antes de salir: «Yo estaré poco en Avila, porque no puedo dejar de ir a Salamanca, y allí me puede vuestra reverencia escribir; aunque si se hace lo de Madrid, que ando en esperanzas de ello, más lo querria, por estar más cerca de esa casa». Ella hace «sus» planes, piensa en un futuro temporal un poco más largo. «... Mas estamos de camino, y con tantos negocios que no sé de mí». Termina: «No me puedo alargar más, porque estamos de camino para Medina». Y en posdata: «Ya estamos en Medina, y tan ocupada que no puedo decir más de que venimos bien». (1). Es su última carta. Al menos, no conocemos otras de después.

«De ahí iba a Medina del Campo, que era camino para ir a su Monasterio de Avila, de donde era Priora. Y la noche que llegamos a Medina tuvo alguna cosa que advertir a la Priora que no iba bien. Tomólo la Priora (Alberta Bautista) con disgusto; y la Santa viendo que la descomponía así sus hijas el demonio, habiéndola sido tan obedientes, le dió muy gran pena, y se retiró a un aposento y la Priora a otro. Y la Santa estaba de esta novedad tan afligida, que no comió ni

---

(1) *Carta a Catalina de Cristo, 15-IX-1582.*

durmíó sueño en toda la noche; y a la mañana siguiente nos partimos sin llevar alguna cosa para el camino» (1).

En Medina la espera el vicario provincial fray Antonio de Jesús, el primer descalzo. Viejo y venerable, quisquilloso y gruñoncete a ratos, que ha tenido por ello sus roces a veces con la Madre fundadora. En calidad de vicario provincial manda a la Madre que vaya a Alba. Fué para ella una enorme contradicción. Todos sus planes se vinieron abajo. Y además... se trata de complacer a los Duques de Alba, pues se espera el alumbramiento de la duquesa joven, y quieren esté allí «la santa» para felicidad del suceso. ¡Qué impertinencia! Pero fray Antonio es muy amigo de los duques, y estos son señores quepesan muchísimo en aquel momento social español. La santa había dicho en otra ocasión refiriéndose a otros nobles: «El (Dios) me libre de estos señores, que todo lo pueden, y tienen extraños reveses...» (2). Quizá ahora pensó lo mismo en su interior.

Obediencia... ¡hasta morir! Morir obedeciendo. Es un bello morir. Y más cuando cuesta, cuando es morir en la cruz. Dice Ana de San Bartolomé: «Pasado este trabajo, que fué harto mayor del que yo aquí significo, estando la dicha Madre con Nuestro Señor, le dijo: «Señor, ¿estáis ya contento? Y la respuesta que la dió en esto fué decirla: «Anda que otro mayor trabajo te queda agora presto por pasar». Ella al presente no entendió el porqué; después se vió bien en los trabajos que pasó dende allí hasta que llegó a Alba, ansi en la poca salud como en los otros trabajos que se le ofrecieron graves, pues estándose en Burgos con cuidado de no saber si se vernía luego o si se deternía más allí, le dijo Nuestro Se-

(1) Bta. Ana de San Bartolomé, *Autobiografía*, o. c., p. 126-127.

(2) *Carta a Gracián*, 17-IX-1581.

ñor, que se viniese, que ya allí no había más que hacer, que ya aquello estaba acabado; y así se vino luego para Palencia, y dende allí a Medina, con intento de venirse derecha a Ávila. Halló allí al P. Vicario Provincial, Fr. Antonio de Jesús, que la estaba esperando para mandarla que fuese a Alba, y con haberla Dios hecho tanta merced en esta virtud de la obediencia, fué tanto lo que ésta sintió por parecerle que a petición de la Duquesa la hacían ir allá, que nunca la vi sentir tanto cosa que los prelados la mandasen como ésta» (1). Y Teresita: «Cuando fué a Alba la Santa Madre, obedeció también con gran contrariedad en lo que, según ella misma dijo, había sentido más que en cuantas cosas antes otros prelados la habían mandado, haciéndola desde Medina del Campo torcer el camino de Ávila para que fuera a Alba de Tormes, porque la Duquesa la había pedido así, sintiendo mucho este viaje no fuese por particular necesidad o provecho de su Religión, sino digamos por respeto humano de dar gusto a la Duquesa, en que la fuese a ver pidiéndola al prelado por título de querer ver y hablar a una santa, que es lo que ella sumamente aborrecía que nadie dijese ni pensase» (2).

Medina-Alba de Tormes. El último camino. La «femina inquieta y andariega» ya va a descansar. Va en una carroza de la duquesa vieja, Doña María Enríquez que siente gran veneración por la monja, así como su esposo el gran duque Fernando, que remata por entonces en Portugal su obra conquistadora, y que morirá poco después que la madre Teresa. Va en una carroza, pero se siente mal, incómoda, febril, con ese desasosiego y malestar que preludia la muerte. Un viaje triste, el último viaje...

---

(1) *Relación en Obras*, Silv., t. II, págs. 238-239.

(2) *Declaración*, en *Obras*, Silverio, t. II, p. 332.

Otoño en Castilla... Las tierras quedan pardas y como rendidas. Muchas amarillean aún, por los rastrojos. Otras se tiñen ya de un verde suave y delicado, como el tiempo, al amor de las lluvias tempranas. Es otoño... La carroza avanza lentamente por los caminos irregulares de Castilla. Golpea en los baches y chirría al salvar los regatos y los barrizales. Los chopos, espirituales y sencillos, que sienten ya la nostalgia del verde sobre el oro, las saludan al pasar.. Teresa, Ana y Teresita se acurrucan recogidas en el interior. Rezan, sufren, callan... Se palpa un clima de pesar humano pero de paz de Dios. «Tristeza dulce del campo—la tarde viene cayendo...» (Juan Ramón). La tarde de la vida, una tarde dorada, en plena sazón, en que parece que la vida se va a quebrar en cualquier momento; en que la sombra del alma se alarga, se alarga más que nunca, en una despedida misteriosa e inefable de estos paisajes y horizontes humanos... El último viaje. Por entre los encinares seculares de Castilla, que tantas veces había cruzado Teresa en sus correrías de fundadora. Por la llanada castellana. Por los alcores más o menos altos que la ondulan y adornan de trecho en cuando... Es otoño. Los escasos majuelos ya están vendimiados, y los racimos se hacían mosto y vino fuerte y sabroso en el lagar... Los labradores araban ya las tierras y las sembraban de nuevo. Es la hora de sembrar, de sembrarse, de entregar la vida a la esperanza, al futuro infinito. «Mi corazón —espera también, hacia la luz y hacia la vida— otro milagro de la primavera...» (A. Machado). Un caminar despacio en aquel otoño melancólico y triste de 1582, de Medina a Alba de Tormes... El último viaje... ¡Sunt lacrimae rerum...!

Debió durar del 19 al 21 de septiembre. Dos jornadas casi hasta Peñaranda. Otra escasa después hasta Alba. Lentamente. La cronista, Ana de San Bartolomé, nos cuenta emocionada. «Fuimos de aquí en una carroza, que llevó el camino

con tan gran trabajo, que cuando llegamos a un lugarito cerca de Peñaranda, iba la Santa Madre con tantos dolores y flaqueza, que la dió allí un desmayo, que a todos nos hizo harta lástima verla, y para esto no llevábamos cosa que la poder dar sino eran unos higos, y con esto se quedó aquella noche, porque ni aun un huevo no se pudo hallar en todo el lugar; y congojándose yo de verla con tanta necesidad y no tener con que la socorrer, consolábame ella diciendo que no tuviese pena, que demasiados de buenos eran aquellos higos, que muchos pobres no ternian tanto regalo. Esto decía por consolarme; mas como yo ya conocía la gran paciencia y sufrimiento que tenía y el gozo que le era padecer, creía ser más su trabajo del que significaba, y para remediar esta necesidad fuimos otro día a otro lugar, y lo que hallamos para comer fué unas berzas cocidas con harta cebolla, de las cuales comió aunque era muy contrario para su mal. Este día llegamos a Alba, y tan mala nuestra Madre, que no estuvo para entretenerse con sus monjas. Dijo que se sentía tan quebrantada, que a su parecer no tenía hueso sano». «La Santa iba ya mala del mal de la muerte; y todo este día por el camino no pude hallar ninguna cosa para darla de comer. Y una noche, estando en un pobre lugarcillo, no se halló cosa que comer, y ella se halló con grande flaqueza, y dijome: «Hija, déme si tiene algo, que me desmayo». Y no tenía cosa si no unos higos secos, y ella estaba con calentura. Yo di cuatro reales, que me buscasen dos huevos, costasen lo que costasen. Yo, cuando vi que por dinero no se hallaba cosa y que me lo volvían, no podía mirar a la Santa sin llorar; que tenía el rostro medio muerto.

«La aflicción que yo tuve en esta ocasión, no la podré encarecer; que me parecía se me partía el corazón, y no hacía sino llorar de verme en tal aprieto: ¡que la veía morir, y no hallaba cosa para acudirla! Y ella me dijo con una paciencia de un ángel: «No llores, hija; esto quiere Dios ahora». Como se acer-

caba la hora de su dichoso tránsito, lo llevaba como siempre, como Santa. Yo padecía más, como menos mortificada; que era menester que la Santa me consolase; y me decía que no había de qué tener pena; que ella estaba contenta con un higo que había comido.

Y el otro día llegamos a Alba; la Santa con un quebrantamiento de cuerpo, que luego la deshauciaron los médicos; cosa bien dura para mí y más por ser en Alba, y pensar yo que me había de quedar en este mundo; que dejado el amor que la tenía y ella a mí, yo no tenía otro gran consuelo...» (1).

Y Teresita, la otra testigo, compasiva y seguramente asustada, como casi niña, nos dirá: «Al artículo noventa y cuatro dijo: que se refiere a lo que lleva declarado en el artículo cincuenta y nueve acerca de la ocasión que la Santa Madre tuvo para ir a Alba viniendo de la fundación de Burgos, a lo cual vió que, aunque lo sintió, no mostró pasadumbre, sino solamente pena, y con mucha sumisión de ánimo la oyó esta declarante sólo decir que en su vida había sentido otra obediencia tanto como aquella; pero no obstante esto, obedeció con grandísima paz y prontitud. En este camino que hizo para Alba, vió esta declarante que la Santa Madre padeció mucho, y que llevaba ya tan quebrantado el cuerpo del cansancio de los caminos y de la gravedad de las enfermedades que padecía, que causaba grandísima compasión; y así, llegada al Monasterio de Alba, aun no estuvo para detenerse con las religiosas de él, sino que se hubo de ir a la celda, y al otro día con dificultad se pudo levantar a misa y a comulgar por agravarse la enfermedad de la muerte, que fué principalmente de efusión de sangre; dijeron que de los golpes y cansancio del camino» (2).

(1) Relación, o. c. pág. 239. *Autobiografía*, o. c., págs. 127-128. El P. F. Ribera. S. J., en su *Vida*, l. 3, c. 15 dice que dijo a Ana: «No tenga pena por mí, hija, que muy buenos son estos higos; muchos pobres no tendrán tanto regalo..»

(2) Declaración, en *Obras*, Silverio, t. II, p. 355.

La Madre va muy recogida y silenciosa. El P. Antonio que con su compañero fray Tomás de la Asunción, en sendas cabalgaduras, les acompañan al lado, (al menos algunos ratos y leguas, ya que la carestía de los alrededores de Peñaranda es inexplicable ellos presentes), preguntó: «Madre ¿qué es esto, que otras veces me habla cuando llego al coche, y en este camino no hay responderme a cosa alguna ni está en sí para oírme?». «Perdóneme, Padre, que, como quiero con tanta ternura a la duquesa, no me hallo con ánimo para oír decir que está en aprieto, y voy suplicando al Señor la haya alumbrado cuando lleguemos». (1). Así felizmente sucedió. Pero el silencio de la Madre bien pudo ser también por las penas del viaje, abrumada en el alma y en el cuerpo de contradicción... En la postrera jornada del camino le llegó la noticia de que el principito ya había nacido. Su buen humor empedernido aún le hizo comentar: «¡Bendito sea Dios; que ya no será menester allí esta santa...!».

El día 21 en Alba, al anochecer, seis de la tarde... Derecha a descansar. «¡Válame Dios, y qué cansada me siento!; más ha de veinte años que nunca me acosté temprano sino ahora». (2). Rendida, ¡ya no puede más! Trabajó hasta las últimas fuerzas por la honra de su Esposo, por su Iglesia... Rendida, ha caído caminando como quien dice, años y años sin parar. Ahora ya va por fin a descansar.

\* \* \*

Alba de Tormes... Del 21 al 29 de aquel septiembre... Teresa estuvo levantando y cayendo. Fué arrastrarse un poco como pudo... Su energía habitual la sostuvo en pie, aunque cuidándose. El 29 se manifestó la gravedad. Era el fin...

(1) *Procesos*, declaración de la misma duquesa joven, Doña María de Toledo t. III, Burgos, 1935, p. 349.

(2) F. Ribera, *Vida*, I, 3, c. 15.

El 22 se levantó, como los demás días hasta el 29 inclusive, para no perder ninguno de ellos su Misa y su comunión. Luego visitó la casa, sus dependencias, y fué viendo a sus monjas.

Esos días hasta el 29 no estuvo ociosa. Reza su Oficio. Vive en oración. Y arregla los asuntos pendientes en el convento, a que antes aludimos. Hablaría con Doña Teresa de Layz. Hablaría con unas y otras monjas. Un día de aquellos se hizo cambio de priora. Ella dejó en absoluta libertad al capítulo monacal. Terminó el priorato de Juana del Espíritu Santo, avilesa, antigua monja de la Encarnación de Avila, y que no se entendía con la de Layz. Y salió elegida en su lugar Inés de Jesús (Guedeja). Esta será la priora en la hora de la muerte de la Santa.

Un día, hacia el 27, estuvo tres horas de la tarde en el locutorio con el P. Agustín de los Reyes, rector del Colegio de los descalzos, de poco tiempo fundado en Salamanca, hablando del asunto de la casa de las monjas de aquella ciudad. La priora, Ana de la Encarnación, prima carnal de la Santa, tiene opinión distinta de la Madre sobre este problema. Fray Agustín terminó: «Ahora, Madre, yo digo que todo eso es así (es decir, tiene Ud. razón); pero que ya está hecho. A cosas hechas ¿qué remedio hay? Y, pues no le hay, V. R. consuele a sus hijas y no las aflija». Respondióme por estas formales palabras: «¿Está hecho, hijo? Pues no está hecho, ni se hará, ni pondrán pie en la casa, porque no es voluntad de Nuestro Señor ni les está bien». (1). Y así sucedió. Previsión e instinto sobrenatural si se quiere. Pero a la vez, genio y figura... hasta la sepultura... Teresa magnífica, ella misma siempre, hasta morir...

---

(1) *Procesos*, t. II, Burgos, 1935, p. 174. It., t. III, p. 227.

Los Duques, la Duquesa vieja, el hijo D. Fadrique, la irían a ver. No sabemos que en esta ocasión subiera ella al espléndido palacio-castillo de aquéllos, aunque no es improbable, ya que la Duquesa joven, recién madre, no la podría bajar a ver. Al mismo tiempo podría bendecir al principito, cuyo nacimiento motivó su presencia ahora en la villa ducal, y que pronto moriría también. María de San Francisco indica que como ya había nacido el niño «no quiso ir a palacio», Pero pudo subir otro día después, pues parece aludir al momento de llegar la Santa al pueblo. Por cierto que en una de estas visitas la Santa preguntó a la Duquesa misteriosamente por dos o tres veces sobre el cariño que tenía a su esposo el viejo duque, si era tanto como siempre se solían tener. Pregunta extraña y al parecer inconveniente, pero que quería ser un sondeo para preparar el ánimo de la Duquesa para la próxima desaparición de aquél. Al menos así se interpretó por ella después, cuando el 11 de diciembre de este año de 1582, moría en Lisboa aquel invicto militar (1).

Más visitas. Probablemente: de Antonio Gaytán, el buen amigo. De D. Pedro Sánchez y otros clérigos de la villa. De D. Sancho Dávila, su paisano, sobrino de los duques y futuro obispo, deán ahora de Coria, que pasa allí sus vacaciones, etc. Para muchos de ellos hay cartas de la Santa de poco tiempo antes. Para D. Pedro una desde Valladolid, el día 5 de septiembre.

Su hermana Doña Juana y su cuñado Juan de Ovalle viven en Alba, cerquita del convento, calle por medio. Su hijo Gonzalo es paje de los Duques. Juana es la hermana pequeña, «un alma de ángel» (2). La verían varias veces en esta

---

(1) *Procesos*, t. III, id., p. 110.

(2) *Carta a Lorenzo de Cepeda*, 23-XII-1561.

ocasión. Es más, Ana de San Bartolomé cuenta que... «En la doce pregunta dijo; que estando enferma la dicha Teresa de Jesús de la enfermedad que murió en dicho monasterio de la villa de Alba, fué a ver a una hermana suya que está casada en Alba, tres días antes que muriese, y tratando de cosas, dijo la dicha Madre Teresa de Jesús, hablando con la dicha su hermana: hermana, no tengáis pena; en estando yo un poco mejor nos iremos todos a Avila, que allá nos hemos de ir a enterrar todos a aquella mi casa de San Joseph. E daba mucha priesa porque la trujesen al dicho monasterio de San Joseph de Avila, donde era priora, y esto responde» (1).

El dia sería alguno o algunos antes de cuando dice Ana, pues el 29 se metió en cama para no levantarse más (pequeño fallo de memoria). Pero la visita ¿fué realmente en casa de su hermana? Quizá, si la Santa subió hasta el palacio de los duques, al pasar. ¿Estaría enferma Doña Juana por entonces? En las relaciones en torno a la enfermedad y muerte y entierro de su hermana no aparece su nombre jamás (si el de su marido). Y la Santa aprovechando las licencias que tenía, la iría a visitar. El tono de la conversación parece favorecer esta hipótesis. Quizá pudiera interpretarse también, haciendo un poco de violencia al sentido más obvio, como ocurrido en el locutorio conventual: fué a visitarla, no precisamente a su casa, sino hasta a aquél...

Pero lo interesante es el deseo que parece allí manifestar la Santa de ir a dormir en San José de Avila hasta el dia eterno de su resurrección triunfal.

Por cédula del P. Jerónimo Gracián de la Madre de Dios de 31 de agosto de 1577, en funciones entonces de Comisario

(1) *Declaración en el Proceso de 1587 sobre la posesión del cuerpo de la Santa.*  
Ed. José Gómez Centurión, Madrid, 1917, págs. 73 y 74.

Apostólico del Carmen Descalzo, y según convenido con D. Alvaro de Mendoza, obispo de Avila, la Santa tenía que ser enterrada en San José de Avila, muriese donde fuera. Ella lo sabía. ¿Lo deseaba también?

Teresita dijo en su declaración en el proceso de 1610: También dijo a la Madre Ana de San Bartolomé, cuatro o cinco días antes que muriese: «Hágame placer, hija, que al punto que me viere algo aliviada, me busque alguna carroza de las comunes y me levante y vamos a Avila» (1). Y Ana de San Bartolomé en los procesos de 1587 dice que después que llegó a Alba «siempre e muy de ordinario decia a esta testigo como a su compañera que iba en su compañía, que la daba gran pena el no venir a Avila y que en estando un poco mejor la buscase una litera, en que viniese a su monasterio de San Joseph de Avila por venir echada, que estaba muy mala, que decía que no se hacia en otra parte y que la daba mucha pena las cosas del monasterio de San Joseph que serian necesarias e no las podía venir a proveer, etc.» (2).

Todo esto indica los deseos de la Santa de ir a San José de Avila. Pero de enterrarse no se habla nada aquí. Porque la Santa no prevee todavía inmediato su morir. Quería realizar sus planes sobre la profesión de Teresita, de ayudar a la casa de Avila, ciertamente necesitada entonces de su presencia y de su intervención... (3).

Sin embargo hay fundamento para sospechar siquiera de que ella pensaba que sería sepultada allí. La cédula de Gracián era un documento vigente. Y las frases con Doña Juana lo hacen recordar. Hay un eco de la conversación con su

---

(1) *Declaración, en Obras, II, p. 367.*

(2) *Procesos de 1587, o. c., p. 71.*

(3) *Procesos, o. c., p. 154.*

hermana en la declaración de Jerónima de Jesús (1), y en la discusión habida, después de muerta la Santa, entre su cuñado Juan de Ovalle y el P. Antonio de Jesús sobre si el cuerpo había de quedar en depósito en Alba, o ser llevado a Ávila, como quería aquél, o ser enterrado definitivamente allí como dispuso éste. El episodio es curioso y da mucha luz sobre todo este suceso. (2). Pero a nosotros no nos interesa mayormente aquí.

Lo que nos interesa subrayar es que la santa no supo por revelación la hora de su muerte. Todas las disquisiciones sobre ello no obedecen más que a la manía del maravilloso que dominó durante siglos a la espiritualidad cristiana. Que si dijo en tal ocasión, que si escribió tal frase misteriosa y sibilina, que si el P. Ambrosio Mariano sabía hacia ocho años, que si el P. Báñez dijo o dejó de decir, etc... Dejémoslo. Es evidente y los testimonios son innumerables, la santa no se ha sentido morir, ni lo sospechaba hasta el día 29 en que se agravó notablemente. Todo ha sido sencillo, todo ha sido normal!, todo ha sido por eso más sublime... Hasta los deseos vehementes de morir de otras etapas de su vida espiritual —¡que muero porque no muero!— están ahora como cosegados. Espera la muerte, pero sin saber cuándo, en plena paz... El vino hecho y sabroso ya no hiere, ya está tranquilo, abandonado, sereno... Todo es más grandioso, es más puro y más alto...

---

(1) *Procesos*, o. c., p. 144.

(2) *Procesos*, o. c., declaración de Simón de Galarza: «Y ansi mismo, este testigo vió como Juan de Ovalle, cuñado de la dicha Teresa de Jesús, trataba con el dicho provincial, que no fuese entierro el que se hiciese de la dicha M. T. de J., sino depósito; el dicho provincial le respondió: «no os canséis, que no ha de ser depósito, sino entierro, y aquí se quedará para siempre jamás», p. 202. Y María de San Francisco: «esta testigo oyó, cómo después de muerta la dicha T. de J. querían enterrarla, y que Juan de Ovalle, cuñado de la dicha T. de J., estando junto al forno de la portería del dicho monasterio de la Encarnación, persuadía a F. Antonio de Jesús... que llevasen el cuerpo de la dicha T. de J. a enterrar a Ávila, y después de muchos dares y tomarres el dicho vicario provincial respondió enfadado: La Madre estará aquí in eternum, y yo hablaré a su tiempo», p. 231-232.

Todo normal. La muerte la ha producido el cansancio, el agotamiento, la enfermedad... Aunque el último golpe ¡lo dió el amor! Enfermedad para morir: un flujo de sangre de matriz, con fiebre, con colapsos a veces, con la perlesia o parálisis parcial que de años con frecuencia la atormentaba. Repetidamente lo dicen los testigos, con cierto miedoso pudor (1). La pobrecita se desangró en aquellos días. Acusaban a los movimientos del último camino. Quizás... Pero el hecho fué que aquella hemorragia no la supieron o pudieron evitar. Los testigos hablan de un paño cuajado de sangre para contenerla, sangre que se mantenía fresca mucho tiempo después de morir, y de un charco de sangre en su pobre lecho. Una enfermedad vulgar, hasta humillante. Ella... tan pura, tan virginal, tan limpia... «Otras veces la dejaba durmiendo y me iba a lavar sus paños, que como estaba enferma, tenía yo consuelo de dárselos limpios. Era muy agradable a ella la limpieza...»,

(1) Para los datos en torno a la muerte de la santa he confrontado las declaraciones cuya referencia documental doy aquí. Son sólo de testigos inmediatos. A base de ellas he hecho mi narración. Me dispenso de citar detalladamente en cada caso. *Autobiografía de Ana de San Bartolomé* en o. c. *Procesos de 1587* (Gómez Centurión, o. c.); declaraciones de Inés de Jesús, p. 50 ss.; 160 ss.; 280 ss. Ana de San Bartolomé, p. 67 ss. Catalina de San Angelo, p. 163 ss.; 228 ss. Mariana de la Encarnación, p. 172 ss., 233. Juana del Espíritu Santo, p. 172 ss.; 223 ss. María de San Francisco, p. 175 ss.; 230 ss.; 282 ss. Como se trata de un problema en litigio las declaraciones han de ser sometidas a crítica serena. Sin ser en si falsas, pueden acentuar un aspecto y soslayar el otro. *Procesos de beatificación y canonización* (ed. Silverio), t. I: declaraciones de Mariana de Jesús, p. 80 ss. Mariana de la Encarnación, p. 87 ss. Catalina Bautista, p. 92 ss. Juana del Espíritu Santo, p. 98 ss. Constancia de los Angeles, p. 103 ss. Isabel de la Cruz, p. 109 ss. Beatriz de Jesús, p. 114 ss. Ana de San Bartolomé, p. 168, ss. Teresita de Jesús, p. 189 ss. t. II, María de San Francisco, p. 62 ss. t. III, Inés de Jesús, p. 167 ss. Catalina de San Angelo, p. 192 ss. María de San Francisco, p. 214 ss.

En el tomo II de las *Obras* ed. Silverio, declaraciones de Ana de San Bartolomé, p. 232 ss. María de San Francisco, p. 242 ss. Teresita de Jesús, p. 314 ss.

En los *Escritos de Santa Teresa*, ed. Lafuente, Madrid, 1862, t. II, declaración de María de San Francisco, p. 394-395.

Se puede añadir el cap. 15 del I. 3 de la *Vida*, del P. F. de Ribera compuesto con las noticias recibidas de las monjitas testigos oculares de la muerte.

Todo lo demás son repeticiones.

había escrito Ana refiriéndose a los días de Burgos (1). Ahora era ocasión de hacer otro tanto y más, pues era mucho mayor la necesidad.

Todo sencillo, todo normal... ¡Quién lo esperara! Pues sí, el espíritu de la Madre, tan consumada en el amor divino, tan endiosada..., se sintió aquellos días en el desamparo y en el temor. Los biógrafos barrocos han soslayado siempre este dato precioso, tan humano, tan cristiano a la vez, tan rico para expresar la comunión con el misterio de Getsemani, que ella gustó tanto de contemplar en su vida (2). Ahora lo vivía con pasión. Dice Teresita, que, aquellos días, temerosa, triste, merodearía por la celda de su tía y madre y maestra y todo... que se le moría: «En aquellos pocos días que estuvo en la cama padeció muchísimo, y esta declarante la vió bien afligida, porque permitió Dios que sintiese mucho la enfermedad y otras descomodidades que tuvo; y poco antes de su muerte ordenó, para mayor mérito suyo, que el espíritu no esforzase tanto a la naturaleza, que dejase de temer los asombros de la muerte, porque después, al tiempo de ella, no la había de sentir, por lo que adelante se verá. También aquellos días antes de aquella gloriosa muerte la afligía la memoria de sus pecados, como si fueran grandes, y no hacia sino pedir a Dios perdón de ellos, y que no mirase a lo mal que le había servido, sino a su misericordia; con lo cual, y con su preciosa sangre, esperaba salvarse. Todas sus acciones, sentimientos y palabras fueron de recabar este fin; por lo que esta declarante echó de ver, mostrando mayor profundidad de conocimiento propio y esperanza en Dios, que jamás echó de ver tanto esta declarante las dichas virtudes en la santa Madre como entonces» (3).

---

(1) *Autobiografía*, o. c., p. 119.

(2) *Vida*, cap. 9.

(3) *Declaración*, en *Obras*, II, p. 355.

Alma y cuerpo en la cruz. Era la agonía postrera. Era el morir...

El 29 después de comulgar debió de comenzar el fuerte flujo de sangre, y tuvo ya que acostarse para no levantarse más. Quiso hacerlo en una celda alta desde donde por una ventana podía ver el altar, pero los médicos la hicieron llevar enseguida a una más abrigada en el piso bajo que aún venradamente se conserva. «Hijas, háganme una camia de enferma, que me quiero acostar», dijo al hacerlo. En ella morirá.

Fué entonces cuando un día de aquellos la visitó en su celda la duquesa vieja, según el privilegio que entonces tenían muchas grandes señoras para poder entrar en los monasterios de sus estados, y ocurrió el pequeño percance que relata María de San Francisco, testigo ocular: «Estando en Alba enferma de la enfermedad que murió, sucedió que mandaron los médicos que se la echase una medicina de aceite de la botica, de malísimo olor, y al tiempo de recibirla se derramó toda por la cama de la Santa. Y en este punto acertó a llamar la señora Duquesa de Alba, la vieja, que se decía Doña María Enríquez, que, como la tenía por santa, venía muy a menudo a visitarla y darle la comida de su mano. Congojóse mucho la Santa de ver que venía a tan mal tiempo por causa del mal olor, y yo le dije: «No tenga pena, Madre, que antes huele como si se hubiera rociado con agua de ángeles». Y era así, que olía con gran fragancia, y la Santa respondió: «Alabado sea Dios, hija; cubra, cubra, porque no huela mal y ofenda a la Duquesa, que harto me holgara acá no viniera».

«En entrando la Duquesa, se sentó luego, y comenzó a abrazar a nuestra Santa Madre, y juntarle la ropa, y ella le dijo: «No haga Vuestra Excelencia eso, que huele muy mal, con unos remedios que aquí me han hecho». A lo cual respondió: «No huele sino muy bien, y antes me pesa que le hayan echa-

do aquí olor, que no parece sino que se ha echado aquí agua de ángeles y le puede hacer mal». Y como yo se lo oí decir a su Excelencia, reparé en ello, y me pareció que era milagro; pues habiéndose derramado aceites pestíferos de olor, no lo hubiese malo, sino antes tales como se ha dicho» (1).

Días lentos, cargados de ansiedad para las monjitas, dolorosos para la enferma... Ya ha dado de mano todas las preocupaciones de aquí abajo. «Sólo Dios basta». Día 2, de mañana, ha dicho a Ana de San Bartolomé: «Hija, ya ha llegado la hora de mi muerte...» Se quiere confesar y llama al P. fray Antonio de Jesús. «Hijas, entre el confesor a confesarme que nuestro Señor me llama». Es la última confesión, es la última purificación por el sacramento de la penitencia. El P. Antonio, emocionado y puesto de rodillas junto al lecho, se ha atrevido a decir: «¡Madre, pida al Señor no nos la lleve ahora, ni nos deje tan presto!». Y la Madre respondió: «Calle, Padre, ¿y V. R. ha de decir eso? Ya no soy menester en este mundo».

Días lentos y tristes... La celda es recogida y más bien oscura... Las monjitas entran y salen sin ruidos, sin espacio, como transfiguradas, recibiendo los últimos consejos, las últimas palabras de la Madre que se va para siempre... Por las noches las luces tímidas de los candiles y de las velas juegan con las sombras que se atardan en la pequeña estancia. Muchos ratos, la Madre se envuelve en la oración y en el silencio. Ana vela incansable, cuidándola, atendiéndola en todo, pues de años la conoce muy bien, como nadie.

---

(1) En Silverio, *Historia del Carmen Descalzo*, t. IV, Burgos, 1936, p. 815. Parece que algún que otro día fué la Duquesa a comer con la Madre a su celda. Esta para obsequiarla hizo echar perfume pobre de alhucema. Ante el donaire de la Duquesa por ello le dijo la Santa: «Señora, pues vuestra excelencia hace merced a los pobres, hase de acomodar con nuestra pobreza, que los perfumes (ricos) que me dan están dedicados para el divino culto». (María de San Francisco).

Marianita de Jesús, la hija de Antonio Gaytán, tiene pena. Si muere la Madre, ¿le darán la profesión? Está ahora allí junto a la cama de ella, callada y triste. La Santa adivina su inquietud, le hace una caricia en el rostro y le dice: «No tengas pena, hija, que aquí has de profesar». Como en 1586 ocurrió.

Día 3, a la tarde, hacia las 5, el Viático. Lo ha pedido ella, pues se siente morir. Es la última comunión. ¡Tantas a lo largo de su vida! Comuniones de la Encarnación de Avila, comuniones de sus viajes, comuniones diarias durante tantos años, cosa entonces extraordinaria. Comuniones con favores especiales del cielo. —el del desposorio místico en Avila en 1572!— comuniones como incendios, acompañadas de hablas sustanciales divinas, de toques llagantes... Ahora es la última... Por la meseta de Alba empieza a atardecer. Seguramente un tramonto de fuego, de rojo iluminado y ardiente, de sangre hecha llamas... En el alma de Teresa un reincendio de amor... El Pan del cielo ha llenado de calor la estancia. Y las sombras se fueron, del alma de la moribunda en particular. Su rostro se arreboló. Y el cuerpo enfermo, pesado —ella no podía moverse en el lecho estos días, y tenían las monjitas que moverla con gran dificultad— hizo un esfuerzo y se sentó en la cama sin ayuda de nadie, como si quisiese volar. Teresa no ha podido menos de exclamar: «¡Señor mío y Esposo mío! ya es llegada la hora deseada; tiempo es ya que nos veamos, Amado mío y Señor mío; ya es tiempo de caminar; vamos muy en hora buena; cúmplase vuestra voluntad; ya es llegada la hora en que yo salga deste destierro, y mi alma goce en uno de Vos, que tanto ha deseado». La misma religiosa testigo continúa: «Y si el Prelado no la estorbara mandando en obediencia que callara, porque no la hiciera más mal, no cesara de aquellos coloquios». El P. Antonio ha tenido que mandarla callar para que no se fatigara. «¡Véante mis ojos,

dulce Jesús bueno — véante mis ojos, muérame yo luego...!». Toda la vida esperándolo, deseándolo... Ya se acerca pronto la inmensa realidad. Ahora, bajo los signos sacramentales, en viático, ya se da...

Fué entonces, después de comulgar, cuando dirigió a sus hijas, a petición de éstas, unas palabras de despedida, como si fuese el testamento oficial que a todas les hacia: «Hijas y señoritas mías: Perdónenme el mal ejemplo que les he dado, y no aprendan de mí, que he sido la mayor pecadora del mundo, y la que más mal ha guardado su Regla y Constituciones. Pídale por amor de Dios, mis hijas, que las guarden con mucha perfección y obedezcan a sus superiores» (1).

Ese mismo día, más tarde, hacia las nueve de la noche ha recibido la Extrema-Unción. Ella ha seguido la ceremonia con toda serenidad y ha ayudado a rezar las oraciones. Es la última purificación oficial.

Va a morir... En ese trance solemne y único hay dos sentimientos constantes, que afloran en el alma de la Madre como santa obsesión. Fué antes y después del Viático. Fué a lo largo de todos aquellos días. Fué aquella noche última que pasó en la tierra, numerosas veces. Uno, la de pedir perdón al Señor. Otro, la de que moría hija de la Iglesia.

Pedia perdón con frecuencia a las monjas. Y les pedía pidiesen perdón por ella al Señor. Muchas veces, muchas..., gustaba de repetir en todo o en parte estos versículos del

---

(1) *Obras*, t. II, p. 244. María de San Francisco dice que la exhortación la hizo mientras venía el Viático, y pone estas palabras: «Hijas mías y señoritas mías, por amor de Dios las pido tengan gran cuenta con la guarda de la Regla y Constituciones: que si la guardan con la puntualidad que deben, no es menester otro milagro para canonizarlas, ni miren el mal ejemplo que esta mala monja las dió y ha dado, y perdónenme», en *Obras*, t. II, p. 242.

salmo 50: «Sacrificium Deo spiritus contribulatus. Cor contritum et humiliatum, Deus, non despicies. Ne projicias me a facie tua, et spiritum sanctum tuum ne auferas a me. Cor contritum et humiliatum, Deus, non despicies...». Lo que más parece que decía era la frase: «cor contritum et humiliatum, Deus, non despicies...». Unas veces en latín, otras en romance. Moría en la humildad, en la conciencia viva y despierta de su pobreza y su miseria, en ese sentimiento sano, no morboso, de culpabilidad, que honra a los hombres, pecadores todos... Moría en la verdad, por ella tan amada.

La Iglesia... Tiempos revueltos y críticos habían sido los suyos. Tiempos tremendos... Protestantismo, iluminismo, ismos como siempre Y, como es de esperar en horas agitadas de crisis, confusionismo y sospechosismo por doquier. En España actuó incansable, poniendo al rojo vivo el clima espiritual, la discutible y discutida Inquisición. Teresa, por intuición sobrenatural descubrió a Cristo, en toda su inmensa dimensión. Por eso descubrió a la Iglesia, y la quiso con pasión. Sus miedos pasó. Los tiempos eran recios y difíciles. «Padre, a mí me basta ser hija de la Iglesia, y me pena más haber hecho un pecado venial que descender de los más viles hombres del mundo», había dicho a Gracián en una ocasión en que aquel indagaba en Avila sobre los «linajes» de la Madre (1). ¿Sabía ella que su abuelo, y su padre de niño, (éste por lo tanto sin culpa), habían judaizado? Ahora, aquel sentimiento, que había padecido sus angustias, que quizá se hizo complejo temeroso a lo largo de su vida, florecía en desahogo definitivo a la superficie del alma. Era ya el puerto a la vista. «Bonum certamen certavi... Cursum consummavi...». Respiraba tranquila, al morir en la Iglesia, a pesar de las dificultades del momento histórico en que la tocó vivir. Muchos

---

(1) Francisco de Santa María, *Reforma*, e. I., l. I, l. c. 4.

otros escollaron. Ella no... ¡Gracias a Dios! «Gracias te hago, Dios mío, Esposo de mi alma, porque me hiciste hija de tu Iglesia católica». «Muchas gracias os doy que me habéis hecho hija de vuestra Iglesia y que acabe yo en ella». Repetía muchas veces: «Al fin, Señor, soy hija de la Iglesia». «Decía, puestas las manos, muchas veces: «Bendito sea Dios, hijas mías, que soy hija de la Iglesia». ¡Qué sentido católico, universal de su vida! Podía haber dicho, por ejemplo, que moría alegre en el Carmelo, en tales o cuales circunstancias particulares y concretas, dignas de estimación. Pero no, es por su condición de hija de la Iglesia por lo que agradece, por lo que exulta confiada en la hora de morir... Caso magnífico de ecumenismo, de visión infinita, de vivir el misterio del Cristo total por intuición limpida y sobrenatural, como pocas veces en la historia secular de la Iglesia se ha venido a encontrar.

Algo después de olearla tuvo lugar el diálogo famoso acerca del lugar de su sepultura. Fray Antonio le preguntó: «Madre, si Dios se la lleva de esta enfermedad. ¿qué quiere que hagamos, quiere que la llevemos a Avila o qué es lo que quiere?, díganoslo».

Respondió la santa, mirando hacia sus monjas, como extrañada: «¿Y yo tengo de tener cosa propia? ¿Aquí no me darán un poco de tierra?»

Dijo la priora Inés de Jesús: «Sí por cierto, Madre».

Ana de San Bartolomé intervino: «Acuérdese, Madre, que es priora de la casa y monasterio de San José...» (de Avila).

La Santa hizo un gesto con la mano como rechazando aquella sugerencia, y dijo: «Déjense de eso...».

Añadió Juana del Espíritu Santo, la que hace pocos días

dejó de ser priora: «Madre, tiene V. R. razón, que Nuestro Señor no tuvo casa propia en este mundo. Y (además) todas las casas (de descalzas) son sus casas....». La santa terminó: «¡Oh, qué bien me dice, hija!».

Si, santa indiferencia, humildad, abandono santo... ¡Qué más dá! ¿Qué podría en definitiva importarle a ella? Pensó quizá que a su Avila la llevarían (así estaba oficialmente convenido). Pero ella no elegía nada. ¡Qué más da! Los otros hagan como quieran. Para un alma que se encuentra a las puertas del cielo, eso es una bagatela sin más. Y tratándose además de ella... ¡una pobre monja! ¡Qué más da! Sólo Dios basta...

La última noche del destierro. Se acaba ya esta vida que no es en definitiva más que eso: una noche en una mala posada (1). La santa pasa desasosegada, febril y molesta su última noche en la tierra. Pero ya se acerca el día, radiante de alegría y de luz. Ya llegará pronto el Esposo para introducirla en la vida verdadera. «Véante mis ojos...!».

El P. Antonio se retira a descansar, seguramente a casa de Doña Teresa de Layz o quizá a casa de los Ovalle, menos probablemente al palacio ducal, pues rebosa de invitados venidos al bautismo del neonato, que va a ser mañana. Con él marcharía también su socio y secretario, el P. Tomás de la Asunción, que entra y sale con él en el convento para ayudar a la asistencia espiritual de la moribunda.

Fué esta noche, todavía antes de salir, cuando el P. Vicario Provincial ha contemplado silencioso a la enferma, que permanece hace un rato con sus ojos cerrados, recogida en oración. No ha podido menos de decirla: «Madre, ¡por amor

---

(1) *Camino*, c. 40.

de Dios, que nos mire!». Y ella abrió los ojos luego, y le miró. Obediencia y caridad... Probablemente su rostro inició una sonrisa, junto con la sencilla mirada de despedida y de amor maternal. Es la agonía. Es la postre jornada, las últimas horas en la mala posada...

La última noche. Doloridamente... «Cor contritum et humiliatum... non despicies..., Domine». Al fin, soy hija de la Iglesia... Las monjas entran y salen, impotentes, aturdidas... Hay rumor de pasos apagados y de palabras sin ruido... En el coro los rezos y los suspiros se repiten sin cesar...

#### Día 4. El Esposo llega...

Al amanecer un cambio se opera en la moribunda. La enfermedad triunfaba sobre las energías y reservas de aquella vida y de aquel ánimo varonil. Y se produjo esa especie de coma, frecuente cuando está próximo el morir. El moribundo es un vencido. Ya no hay reacción. Ya no puede. Ya no hay defensas. Y la impresión es de sosiego, quizá hasta de memoria engañosa. Casi ya el enfermo no sufre.

Pero entonces el espíritu tiene más libertad. En Teresa un éxtasis suave se instala en su ser. Los dolores, las molestias se han retirado. Y se sumerge en Dios. Y la invade el amor. Las fuerzas físicas ya no existen. El amor acaba de absorber las pocas que quedaban. Por eso ya no habla. Apenas puede. Hasta el rostro se le pone encendido, como si renaciera a nueva vida. Así... todo aquel día bienaventurado. En silencio. En la paz de Dios. En la llama que consume lo que queda de vida efímera, que rompe la última tela... «¡Véante mis ojos!»...

Dice Teresita: «Dijo la misma Ana de San Bartolomé, de quien esta declarante lo sabe, que la parece que lo que más

acabó a la Santa Madre la vida fué el encendido y fervoroso deseo y amor que tenía a Dios y ansias por verse con El, y que esto la debilitaba y enflaquecía» (1).

Dice María de San Francisco: «Toda aquella noche (la del 3 al 4 de octubre) repitió los dichos versos, y a la mañana, día de San Francisco, como a las siete, se echó de un lado como pintan a la Magdalena, el rostro vuelto a las religiosas, con un Cristo, el rostro muy bello y encendido, con tanta hermosura, que me pareció no se la había visto mayor en su vida; y no sé adónde se escondieron las arrugas, que tenía hartas, por ser de tanta edad y vivir muy enferma.

«Desta suerte se estuvo en oración con gran quietud y paz, haciendo algunas señas exteriores, ya de encogimiento, ya de admiración, como si la hablaran y ella respondiera; mas con gran serenidad todo, y con maravillosas mudanzas de rostro, de encendimiento e inflamación, que no parecía sino una luna llena y a ratos, dando de sí grandísimo olor». (2).

Y Ana de San Bartolomé: «Los cinco días que estuvo allí en Alba, antes de morir, yo era más muerta que viva; y dos días antes que muriese, me dijo: «Hija, ya ha llegado la hora de mi muerte». Esto me atravesó más y más el corazón. No me apartaba un momento de ella; pedía a las Monjas me trajesen lo que había menester; yo se lo daba, porque en estar-me allí la daba consuelo; y el día que murió, estuvo desde la mañana sin poder hablar, y a la tarde me dijo el Padre que estaba con ella (era fray Antonio de Jesús, el uno de los dos primeros descalzos) que me fuese a comer algo, y yéndome, no sosegaba la Santa, sino mirando a un cabo y a otro; y dijola el Padre si me quería, y por señas dijo que sí, y llamá-

---

(1) Declaración, en *Obras*, t. II, p. 355.

(2) Declaración, en *Obras*, t. II, p. 243.

ronme, y viniendo, que me vió, se rió y me mostró tanta gracia y amor, que me tocó con sus manos, y puso en mis brazos su cabeza, y allí la tuve abrazada hasta expirar, estando yo más muerta que la misma Santa; que ella estaba tan encendida en el amor de su Esposo, que parecía no veía la hora de salir del cuerpo para gozarle.

«Como el Señor es tan bueno, y vía mi poca paciencia para llevar esta cruz, se me mostró con toda majestad y compañía de los bienaventurados sobre los pies de su cama: que venían por su alma.

«Estuvo un Credo esta visión gloriosísima, de manera que tuve tiempo de mudar mi pena y sentimiento en una gran resignación, y pedir perdón al Señor y decirle: «Señor, si Vuestra Majestad me la quisiera dejar para mi consuelo, os pidiera, ahora que he visto su gloria, que no la dejárais un momento acá»; y con esto expiró, y se fué esta dichosa alma a gozar de Dios como una paloma». (1). ¡Cómo una paloma...!

Hacia las nueve de la noche... Así, en brazos de Ana, su fiel e inseparable compañera, su abnegada secretaria y enfermera... Tres suaves gemidos, casi imperceptibles, sin salir de su éxtasis, sin dejar su estado de profunda oración... Ha llegado el Esposo... ¡Oh dulce encuentro...! ¡El último golpe, lo dió el amor! Las monjitas rodeaban enterneidas el lecho. Teresita, la pobre huérfana, sin profesión todavía, sin poderla hacer ya en manos de su tía, está allí, «algo apartada» dice ella misma, con ese encogimiento que produce lo extraordinario en las almas tímidas e inexpertas.

Arriba, en los cielos, las estrellas brillaban festivas. En la humilde estancia el rostro de la Madre quedó resplandeciente

---

(1) *Autobiografía*, o. c., p. 128-129.

y alegre y hermoso como un sol... Los pobres candiles parecen eclipsados por su luz. Lo admirán todos con los ojos en lágrimas, de emoción y de pena...

«¡Oh noche que guiaste,  
oh noche amable más que el alborada;  
oh noche que juntaste  
Amado con amada,  
amada en el Amado trasformada...!».

«¡Oh cauterio suave!  
¡Oh regalada llaga!  
¡Oh mano blanda! Oh toque delicado,  
que a vida eterna sabe,  
y toda deuda paga!  
Matando, muerte en vida la has trocado...».

En la noche purísima, en el silencio de las cosas y de los hombres, las campanitas del Monasterio carmelita de la Encarnación de Alba, tañeron a dolor y a gloria... Es otoño melancólico, con rumor de hojas secas, pero con viento fresco y esperanzador. A pesar de los pesares no está lueñe la vida; está aquí, en esta noche resplandeciente y gloriosa... La villa, naturalmente se entristeció. Doña Juana, los amigos... lloraron. En los otros conventos del pueblo se enteraron también por los toques fúnebres, y sintieron gran pena (lo dicen algunas testigos en los Procesos de beatificación de la Santa). En el Palacio las fiestas del bautizo del pequeño infante, celebrado aquel día por el Obispo de Salamanca, quedaron empañadas por la triste noticia. (1). Pero Teresa había entrado definitivamente, consumadamente, eternamente, en el abrazo de su Dios. «¡Oh, caritatis victima!» ¡Víctima de amor...!

\* \* \*

(1) Cfr. el acta parroquial en Gómez Centurión, o. c., p. 62, n. 1.

El cadáver santo fué enseguida amortajado por María de San Francisco, Catalina de San Angelo e Isabel de la Cruz. Sus hijas lo velaron cariñosamente.

Y empezó la multitud de signos que proclamaban su gloria. Las monjitas, fáciles al maravilloso, fueron abundosas en encontrarlos. Pero no pocos de ellos resisten a la crítica más rigurosa y ofrecen garantías plenas de objetividad...

Aquel cuerpo virginal empezó a difundir un olor exquisito, que todavía hoy a veces se manifiesta. Y con el perfume, el óleo misterioso, fenómeno cuyas incidencias llenarán páginas y páginas de los Procesos de canonización hasta la saciedad y el enfado.

Entre los milagros que ocurrieron hay uno particularmente curioso y significativo, y que registra así Catalina de San Angelo: «También vió esta testigo y otras religiosas a la mañana siguiente a la muerte de la dicha santa madre Teresa de Jesús, que un arbólico seco y que nunca había llevado fruto, que está en un campecillo que caía delante de la celda donde la dicha santa madre Teresa de Jesús estaba muerta, estaba cubierto de flor y blanco como una nieve; lo cual a esta testigo y a las demás pareció cosa milagrosa, lo uno por ser a cinco de octubre, que es el rigor del invierno; lo otro, porque el dicho arbólico estaba seco y nunca había llevado flor, ni de allí adelante la llevó, aunque no el tiempo que la había de llevar». (1). Aquel arbólico, antes seco y ahora maravillosamente florecido a la muerte de Teresa, es todo un símbolo. Teresa rejuveneció el árbol del Carmelo y la vida en general de la espiritualidad cristiana. Y todavía hoy, después de cuatro siglos, a pesar del cansancio otoñal con que a veces se re-

---

(1) *Procesos*, t. III, p. 205.

siente la historia de la cultura, aquel arbolico teresiano, blanco y nevado de flores, sigue ofreciendo a los hombres de buena voluntad su gracia misteriosa y primaveral.

A la mañana siguiente fué el oficio de difuntos y el entierro. Parece era costumbre hacerlo así, como con prisas. Y con sencillez, que encantaba a Teresa. Las campanitas doblaron melancólicamente. Puesta en unas andas Teresa descansaba como si durmiese. Hubo gran concurso: el cabildo de clérigos, jerónimos y franciscanos, franciscanas del convento de la Madre de Dios, Don Sancho Dávila, y algún personaje de título por excepción, como el marqués de Cerralbo, pues, es extraño, pero del Palacio no asistió nadie, ni de tantos nobles como aún habría en la villa, se hace mención. Mucho pueblo, pobre y humilde, eso sí... «A este punto, llegó un simple hombre, criado de nuestra casa, y después de haberla besado los pies, delante de todos, alzó la voz, y dando palmadas con las manos, dijo: «¡Válgame Dios y cómo huelen los pies de esta Santa! ¡A zamboas, a limones, a cidras, a naranjas y a jazmines!» (María de San Francisco).

Olor de santidad. Olor de multitudes. Olor de maravillas... La encerraron bajo el hueco del coro, entre las dos rejas, después del funeral. Apresuradamente. Y con temores de que pudiese de allí en algún momento faltar. Brutalmente lo quisieron asegurar. El cantero, Pedro Barajas, ante las instancias de Doña Teresa de Layz, cargó bien la mano con piedras y ladrillos y tierra y cal... Allí quedó sepultada. Envuelta en las lágrimas y la veneración de sus hijas y de sus devotos. En una apoteosis creciente y universal. Entre tanto... allí quedó ¡sembrada! para fecundidad de su obra. Para desde allí irradiar más y más su mensaje de amor por el mundo, para esperar la resurrección de aquellos restos mortales el día grande de la Parusia del Señor... Preludio de todo ello fué la glorificación de Teresa por la Iglesia, los avatares tumultuosos en

torno a aquellas reliquias suyas, la expansión de sus hijos e hijas, la difusión enorme de sus escritos... Pero de todo esto no nos toca aquí hablar.

\* \* \*

A mediados de aquel octubre memorable llegaron un día a San José de Ávila Ana de San Bartolomé y Teresita. Pasaron con tristeza por aquella puerta labrada de la portería de San José. (La actualmente tapiada en la fachada norte del pobre convento, y que se adorna con los escudos de la orden y una cruz de madera)... Por allí habían salido las tres —ellas y la Madre Teresa— la mañana, clara de luz y helada de frío, del 2 de enero de aquel mismo año bendito. Entonces iban a Burgos... Ahora volvían solas, sin la Madre... Pero aquellas dos almas habían recogido lo mejor del espíritu de la santa fundadora...

Teresita pudo profesar en el día 5 del noviembre inmediato en manos de María de San Jerónimo, la santa priora desde el día 3, que sustituía a la querida Madre muerta. Pero su alma de ésta no estuvo ausente allí. Y Teresita pudo realizar la ilusión y el afán de su tía, de profesar en la presencia invisible pero real en alguna manera de aquélla. Teresita de Jesús sentiría a su tía también en la hora de su muerte, cuando aún era joven, el 10 de septiembre de 1610. Allí en San José de Ávila, después de hacerse santa y de mucho sufrir.

Ana de San Bartolomé será la reliquia viviente de la Madre durante los muchos años que tardó en irse al cielo. Su periplo fué grande. Fundaciones en España, en Francia, en Flandes. Rodeada de respeto y veneración internacionales moría viejecita y santa en Amberes el 7 de junio de 1626. Vió la canonización de la Santa. Gozó inmensamente con su apo-

teósica glorificación en la tierra. Teresa vino a buscarla para llevarla con ella. Quiso agradecer de ese modo a su Ana lo mucho que la amó e hizo por ella. Vino a recoger en sus brazos a aquella que la sostuvo en los suyos para ella morir... Vino a que compartiese con ella la gloria del Señor, así como desde 1917 comparte en la tierra la de los altares también...

Estela teresiana... Azucenas y rosas del Carmelo en llamas... Hoy como ayer. Porque el espíritu de Teresa no ha muerto. Vive allí en el bíblico monte de María. ¡Matando, muerte en vida, en vida verdadera y eterna, la has trocado!

\* \* \*

Para terminar... esta página regalada de San Juan de la Cruz será sin duda el mejor comentario místico de la muerte de Teresa:

«Donde es de saber, que el morir natural de las almas que llegan a este estado, aunque la condición de la muerte, cuanto al natural, es semejante a las demás, pero en la causa y en el modo de la muerte hay mucha diferencia; porque si las otras mueren muerte causada por enfermedad o por longura de días, éstas, aunque en enfermedad mueran o en cumplimiento de edad, no las arranca el alma sino algún ímpetu y encuentro de amor mucho más subido que los pasados y más poderoso y valeroso, pues pudo romper la tela y llevarse la joya del alma. Y así, la muerte de semejantes almas es muy suave y muy dulce más que les fué la vida espiritual toda su vida; pues que mueren con más subidos ímpetus y encuentros sabrosos de amor, siendo ellas como el cisne, que canta más suavemente cuando se muere. Que por eso dijo David que era preciosa la muerte de los santos en el acatamiento de Dios, porque por aquí vienen en uno a juntarse todas las riquezas del alma, y van allí a entrar los ríos del amor del alma en la mar, los cuales están allí tan anchos y represados, que pare-

cen ya mares; juntándose allí lo primero y lo postrero de sus tesoros, para acompañar al justo que va y parte para su reino, oyéndose ya las alabanzas desde los fines de la tierra, que como dice Isaías son glorias del justo» (1).

Así murió la Santa...

(1) San Juan de la Cruz, *Llama*, c. 1.<sup>a</sup>.





Institución Gran Duque de Alba

**REFLEXIONES TERESIANAS**



## REFLEXIONES TERESIANAS

### I

Extraordinaria mujer... Por eso objeto de reflexión y de estudio para muchos que se fijarán en ella a lo largo de los tiempos.

Hacer una ficha sicológica de Teresa es cosa aventurada. El conocimiento que de ella hoy podemos tener es indirecto. Ciento que la documentación es abundosa, y, sobre todo, sus escritos nos entregan su alma, mejor quizás que si pudiéramos conversar con ella. Sin embargo, el intento es difícil. Cada hombre es misterio. Máxime cuando se trata de personaje tan rico y tan complejo.

Cuando N. Alonso Cortés puso sobre el tapete el problema escandaloso de la judaización de Don Juan, abuelo de la Santa, los teresianistas se estremecieron. Y en parte se alegraron. Era un tema interesante. Hoy seguimos sin saber —será difícil que se sepa nunca— si Don Juan judaizó porque era judío o porque le convino para sus medros comerciales. ¿Tuvo Teresa en sus venas gotas de sangre hebrea? ¿«Tuvo raza», como entonces se decía? Socialmente, por aquellos tiempos ultrarracistas, esto era una mancha. Hoy quizás al contrario. Y sin duda, en el fondo, le hubiera agrado a Teresa, a quien los prejuicios sociales más bien indignaban, co-

mo mujer de mucha personalidad e independencia. (1). En ella, la sed de lo absoluto y de la totalidad, el dinamismo, la energía, la proyección amplia y dominadora..., sintonizaban desde luego a maravilla con un alma judía.

Su padre, recio y monolítico, y su madre, emotiva, soñadora, romántica... (los gustos literarios de ambos les delataban: libros de la biblioteca de Don Alonso, y «libros de cabballerías» de Doña Beatriz...), vertieron, a través de sus genes, algo de sus sicologías en la hija querida...

Por los datos que poseemos podemos calificar a Teresa de: agraciada; simpática; sensible al cariño y al alhago; fácil y encantadora para la conversación; inteligente (lúcida, sicologista, penetrante, crítica, realista, reflexiva); aficionada a la lectura y a las letras, aunque su formación cultural fué muy deficiente, según la mujer en su tiempo; de imaginación viva y receptiva, aunque poco creadora; voluntad indomable; amiga de su honor y de su honra (muy siglo XVI español); emotiva y afectiva muchísimo, pero compensadamente, equilibradamente, dada su gran cabeza; sentido del humor; sensibilidad exquisita y profundamente femenina (limpieza, agua, flores, campo, arte, amistad, agradecimiento, ternura maternal, alegría, impacto de la soledad...).

Pero al mismo tiempo nos encontramos con sus límites humanos, que la hacen más nuestra, más cercana y más ejemplar en conjunto:

Inquieta y difícil a veces; genio vivo que conservó hasta morir (en los Procesos para su canonización declararán sus monjitas que a veces se ponía «colérica», pero, añaden cariñosamente, que con razón; y en sus cartas aparece su «aire»

---

(1) Cfr. por ejem. los capítulos 16, 27 y 34 de la *Vida...*

en muchas ocasiones, «cartas terribles» las llamará ella misma, por ejemplo a Ana de Jesús desde Burgos, (1), antes de morir: «y en virtud de ellas (de las veces que tiene del P. Provincial para las monjas) digo y mando...»); ligera en algunos momentos como todo hombre, como muy femenina y muy activa que era: «Con todo me tiene tan escrupulosa (una conversación con un obispo del Carmen Calzado en la que se debió despachar a conciencia) que si no viene mañana alguien de allí a confesarme no comulgaré» escribe a Gracián en Sevilla (2); se equivoca a veces en la apreciación de las personas inevitablemente (las circunstancias externas juegan aquí un papel inexorable con frecuencia, que en parte obligan a que la estima se exagere sin que todo sea engaño ni mucho menos): así por ejemplo acerca del licenciado Padilla (3), sobre las Wasteels (4), sobre Doria: le llama «¡mojigato!» en carta a él mismo (5), sobre Gracián... (luego volveremos)... A pesar de su gran sentido sicológico, a pesar de su criticismo sano...

Tengamos en cuenta las tensiones terribles a que su vivir estuvo sometido. Las creaban: el ambiente cargado de su siglo: crisis cultural enorme con los desgarramientos que comportan siempre esas situaciones evolutivas... Ambiente después ya cerrado en la España de la segunda mitad del XVI, actitud hirsuta, inquisitorial, ante la herejía, ante las sangres no limpias, ante el «iluminismo» acechante. Ambiente familiar concreto, que centraba su padre, a tono con el medio general en torno. Ambiente de sujetivismo piadoso y devocional, de maravilloso, de formalismos religiosos traducción de

---

(1) 30-V-1582.

(2) 31-XI-1575.

(3) Cfr. V. B. de Heredia, O. P., *El licenciado Juan Calvo de Padilla*, Ciencia Tomista, 1930, p. 169-198.

(4) Madre e hija: cartas 380, 387, 393 de la edición del P. Silverio.

(5) Burgos, III-1582.

los formulismos sociales imperantes y asfixiantes. Clima propicio a crear sicosis y neurosis contagiosas y colectivas...

Tensiones que produjeron en ella sus numerosas enfermedades: síndrome técnica hoy difícil de hacer, pero cuyos datos son conocidos: nervios rotos, cabeza en dolor, quizás, como consecuencia, trastornos digestivos, etc. Más tarde otros achaques, de la vista, de caerse, de «catarros», de la vejez...

Tensiones efecto de su vida espiritual tan intensamente vivida. Su misma vocación al claustro, puramente cerebral y reflexiva, atropellando su sensibilidad toda... Luego las llamadas y las urgencias divinas, el forcejeo trágico de los años de la Encarnación («deseaba vivir que bien entendía que no vivia, sino que peleaba con una sombra de muerte, y no había quien me diese vida y no la podía yo tomar; y quien me la podía dar tenía razón de no socorrermee, pues tantas veces me había tornado a Si y yo dejádole») (1). La ascensis rigurosa que pedía el amor y la generosidad siempre creciente, según maneras que la dureza de las costumbres de entonces imponeña. Enseguida la invasión de las gracias místicas levantando en vuelo su alma y su cuerpo con fuerza agotadora (después insistiremos). Etc.

Tensiones que los trabajos y preocupaciones de su obra reformadora llevaron consigo. Tuvo que ser la mujer que entiende de todo, una grande «baratona»; la fémina inquieta y andariega; la que camina en condiciones hoy casi inverosímiles; la que construye; la que pleitea; la que defiende en medio de tempestades inmensas (prácticamente todos contra ella) la fundación de varios de sus monasterios (Avila, Sevilla, Burgos...), y todo el conjunto de su obra en los años desatados de la persecución universal (1575-1579), sin apenas

---

(1) *Vida*, 8.

ayudas humanas y con muchos estorbos; la que dirige todo; la que forma a sus hijas e hijos soportando sobre sí los problemas de todos ellos, y padeciendo los disgustos inherentes que muchos la proporcionan; la que legisla; la que escribe; la calumniada, la delatada a la Inquisición, la que cae cansada, rendida, exhausta... en medio de su caminar... para partir en el amor y en la paz hacia el cielo...

Todo esto: cualidades y posibilidades positivas, límites y deficiencias, tensiones en que se vió cogida... ¿qué hicieron de Teresa?...

Pudo resultar, —no sería nada extraño, quizá fuese lo más esperable— una neurótica perdida, una mujer rara, egoísta y difícil, que se hubiera evadido de la realidad, que se hubiese hecho extraña a su existencia concreta condicionada en parte por su espacio y por su tiempo. O que esa realidad que se le vino encima la hubiese roto y aplastado, hubiese disuelto su personalidad, haciéndola inútil, anodina, egoísta y fracasada de otro modo cualquiera. La misma actividad y lucha de sus últimos años pudo endurecerla y amargarla. La misma vida mística pudo ser para ella una tentación de cómodo refugio que la invitara engañosamente a establecerse en la inacción y en el descanso...

Y sin embargo... Teresa es Teresa, la maravilla de la Madre Teresa de Jesús. Su mística era auténtica, era gracia de Dios. Su respuesta fué espléndida, de un alma genial y herólica. Y el milagro se produjo: Teresa de Jesús.

Una mujer real, exacta, humana, personal, toda serenidad y equilibrio, toda sentido común, toda sensatez, toda paz. A pesar de todos los pesares ella ha logrado hacer la unidad en su vida aprovechando sus posibilidades y su mismo déficit.

cit. Su experiencia interior de lo divino se transforma en Teresa en acción, sin perder por ello nada de la conciencia viva de la misma, al revés, acentuándola. Acción por eso divinizante, que la enriquece y enriquece a cuanto toca, que la hace cada vez más divina y más humana, más maternal y compasiva, más perfecta e ideal.

Su «yo robusto» que dice Rof Carvallo, queda ahí evidente y magnífico, como efecto de un milagro de Dios y de la opción libre y fiel de aquella extraordinaria mujer. Lo prueban para nuestra lección sus escritos grandes y pequeños, luminosos y transparentes, la grafía de la materialidad de los mismos, sus dichos, su obra en sus hijas, los testimonios innumerables de los que la conocieron y trataron...

Podemos recomponer su retrato al vivo, prescindiendo de fray Juan de la Miseria, «no muy primo», podemos verla y escucharla, podemos admirarla como a un dechado de verdad, de humanismo cristiano, y de caridad teologal hacia los hombres y hacia Dios.

## II

La vida espiritual teresiana comporta una serie de fenómenos, que fueron particularmente gustosos en las épocas barroca y romántica. Hoy, por el contrario, nos resultan casi molestos. Me refiero a los éxtasis externos y a las visiones y locuciones de la Santa.

Por supuesto, caben muchas explicaciones a estos sucesos. Pero lo que se impone a todas ellas, si quieren desde el primer momento no pecar de ligeras, es que se advierta al proponerlas que se trata del caso teresiano, que esos fenómenos se insertan en él, son parte de él, más o menos importan-

temente. Las locuciones y visiones juegan desde luego en el mismo un papel de gran peso e influencia. Basta leer los escritos teresianos. Y el caso teresiano lleva en su totalidad el sello inconfundible de lo auténtico.

Por lo que se refiere a los éxtasis somáticos que padeció la Santa, puede aventurarse sin mayor dificultad la explicación que ya desde antiguo (Suárez por ejemplo), viene dándose de los mismos. El éxtasis no sería más que una repercusión en el cuerpo del hervor intenso del espíritu. Un desfallecimiento corporal, una suspensión de los sentidos, un quedar enajenado en sus relaciones con el mundo exterior, una ingravidez, una impresión de vuelo..., producido por la fuerza intensa de la vida interior. Es un fenómeno parecido en sus aperiencias externas a otros fenómenos de abstracción, de ausencia, producidos por causas diversas: un mecanismo externo que se interfiere en la fisiología del sujeto y afecta a su siquismo, como las drogas, el alcohol, etc.; o una intensa vivencia interior de signo natural y que impresiona vivamente: una fuerte alegría o una fuerte pena, una preocupación honda, un estudio o una admiración artística que arrastran. Es el típico caso del abstraído en tono más o menos, mayor o menor. Por esa misma línea pueden andar los éxtasis religiosos, místicos, si así queremos llamarlos. Pero, de ser sobrenaturales, aquí la gracia de Dios tiene que encontrarse siempre por medio, como sea, utilizando recursos normales o extraordinarios, pues de lo contrario se trataría sólo de una evanescencia natural de signo religioso, pero sin más valor que el que la pobreza humana puede poner de suyo en los casos parejos del intelectual o del artista o del enamorado... que se «extasian», que *salen de sí* que eso significa etimológicamente la palabra, aunque paradójicamente quiere decir en nuestros casos concentración, *ensimismación*, conciencia viva de lo que pasa dentro con pérdida de la que se pudiera tener de lo de afuera.

Se comprende, según esta interpretación, que, aún siendo los éxtasis somáticos provocados por la acción de Dios en el hombre, en gran parte dependan de la fisidad material del mismo. Una fisiología nerviosa plástica, a propósito para ello, más facilmente detectará aquellas impresiones que no otra menos impactable. Es problema de modo físico de ser, que Dios también prevé y conoce para sus fines.

Además es frecuente en los que padecen esos éxtasis el que éstos disminuyen y hasta desaparecen según avanzan en años y en vida progresiva espiritual. La explicación es sencilla. Como son fenómenos de repercusión, quiere decir que a medida que el sujeto se acostumbra a ellos, sus manifestaciones se desvanecen. Son efecto de la debilidad somática, que se supera, al menos en parte, con la repetición de veces, que habitua y endurece al sujeto. Es como el vino que al principio fermenta y ebulle pero que una vez hecho, queda en calma y sosiego: vino logrado, embriagante y sabroso...

El caso de Teresa ilustra esta concepción del problema. Ella sufre la influencia del ambiente, propicia a estos aspectos llamativos de la vida espiritual. Sus nervios débiles y rotos son a propósito para ello. Su salud quebrantada en general, y su esfuerzo superador ayudan a ello. Y, típicamente, los años de fervor intenso de la Encarnación, los últimos años de su vida allí, y los primeros de la vida en San José, son los más abundantes en recogimientos infusos, en sueños de potencias, en vuelos de espíritu, en arrobos, en éxtasis... (Ella misma hace varias distinciones dentro del mismo fenómeno con sutileza sicológica no despreciable). De 1554 a 1567 es el período álgido. Años de madurez ya, de aproximada a las cumbres. Los escritos de la Santa y los testimonios de los que la conocieron lo delatan. Luego viene ya el otoño sereno cargado de frutos sazonados de vida interior y exterior, en que ya el alma planea con más señorío, sobre el mismo cuerpo tam-

bién. Los últimos años son en este sentido un atardecer dorado, majestuoso y tranquilo, pero cargado de la presencia viva y experimentada de Dios, sin apenas ruidos escandalosos por defuera. Ella misma y otros testigos son unánimes en decirlo (1).

La paz se instala armónicamente en todo el vivir. La calma aquí es señal de perfección y de término. El éxtasis es únicamente interior y su proyección unificante se deja sentir en toda la actividad multiforme de la vida.

¿Cómo explicar ahora el hecho de las «hablas» y de las «visiones»? Se comprende enseguida que sicológicamente unas y otras son en el fondo una misma realidad. Repito que se pueden proponer varias explicaciones. Yo ofrezco la siguiente como posible nada más.

Descarto a priori que las visiones y locuciones teresianas fueran una mera alucinación, algo producido por su ardiente inventiva, por su inquietud de espíritu, por su ensueño creador, por su imaginación viva o sus sentidos engañosos. Aunque todo ello pudiera conjugarse en última instancia con una dirección providencial divina. La robustez sicológica teresiana, su espíritu observador y crítico, la maravillosa introspección que sabe hacer de sí misma, excluyen esa hipótesis. Es Teresa misma quien ha estudiado a conciencia y con preparación su caso, y la ha negado. Ante los datos que nos ofrece, todos tenemos que convenir con ella.

Podríamos nosotros desentrañar su secreto de esta manera:

---

(1) Relación 6.<sup>a</sup> y Teresita, (*Obras*, p. 337), y Beatriz de Jesús, (*Procesos*, I, 179), Julián de Avila (*id.*, I, 222), Diego de Yépes (*id.*, I, 278), Juan de las Cuevas (*id.*, I, 367), Gil González (*id.*, I, 378) 'Orifrisia de Mendoza' (*id.*, I, 399), María de San José (*id.*, I, 493), Isabel de Santo Domingo (*id.*, II, 497), etc.

Una gracia sobrenatural de Dios, gracia misteriosa, especial, si se quiere, siempre mística por las circunstancias y por sus efectos llameantes en nuestro caso. Cada gracia es única. Un toque de Dios en el alma, que puede ser más directamente para acrecentar el amor sin más, o que puede ser otras veces un toque más de luz.

Pero esas gracias tan ricas, tan intencionadamente ricas por parte de Dios, se vierten en un terreno humano que reacciona ante ellas según su fisiología y su sicología concreta y determinada. Y se transforman en luces intelectuales o imágenes visuales o auditivas según la condición del sujeto que las recibe. La viva acción simplicísima de Dios se traduce así en lenguaje humano, en signos humanos que el modo de ser natural o adquirido del que la capta proporciona por sí mismo. Todo ello previsto y querido así por Dios, que es siempre el que con su toque desencadena y dirige ese proceso.

Los toques iluminativos se hacen conocimiento secreto, intelectual, casi inexpresable para el mismo que los goza. De ahí el forcejeo de los místicos, de Teresa por ejemplo, para darse a entender a los demás, para balbucir lo inefable. Pero nuestro conocer actual, aún el sobrenatural, el teologal, se envuelve más o menos en una franja imaginativa inevitable, así como el amor de caridad se acompaña de ordinario, al menos en las alturas, de un calor afectivo palpable. Al fin como corresponde a espíritus encarnados. Aquellas gracias luminosas se convierten por eso muchas veces en palabras formadas —la palabra es el primero y principal de los signos humanos— palabras según el lenguaje conocido por el que las recibe, o en imágenes, que son suyas, que responden a los esquemas de su archivo sicosomático, archivo que se formó por las impresiones sensoriales que su mundo en torno le ha ido facilitando; de los símbolos que su subconsciente ha ido

creando bajo la vivencia en parte de su ambiente y hasta de las vivencias ancestrales, los arquetipos, que la herencia larga dejó en su base, si se quiere hacer alguna concesión a las hipótesis de Jung; de las mismas combinaciones que la fantasía elabora en su telar, sobre todo en los sujetos bien dotados; etc. Todo esto sería particularmente acentuable en sicologías plásticas, impresionables, fáciles a registrar la huella del toque recibido, según las maneras humanas propias a cada cual para expresarla.

Es una explicación parecida a la que propone Santo Tomás hablando de la profecía: ...*prophetica revelatio quamdoque quidem fit per solam luminis influentiam...* (1). Es decir, la luz es exclusivamente una gracia divina. La versión después de la misma es algo humano. Doble versión: una interior para el mismo místico a quien se regala; otra después hacia fuera si el místico la quiere comunicar a los demás. La primera traducción empobrece ya de algún modo la gracia recibida. La segunda, sobre todo si es intelectual la primera, la empobrece más; cuando se trata de imágenes, visiones o locuciones formadas, el tránsito es más fácil, aunque siempre la vivencia, la fuerza, el calor, la experiencia matizada... sean incomunicables... No es lo mismo sentir que contar...

Según esta hipótesis explicativa se da razón satisfactoria a múltiples problemas que plantean los místicos en sus escritos y en sus datos. Por ejemplo, el que cada uno relata sus visiones según la imaginería de la cultura en que está inmerso. Pueden ser sobrenaturalmente auténticas, de origen sin duda divino, pero condicionadas en su traducción humana por esos moldes humanos distintos con que se encuentran.

Quizá también se pudiera con ella dar cuenta, en parte al

---

(1) Suma, II-II, 173, 2.

menos, de algunas como sicosis visionarias que han atravesado ciertas épocas y pueblos en momentos de exaltación religiosa, sobre todo en ambientes cerrados y contagiosos como son los conventos, máxime femeninos. Un material humano plástico, más en algunos sujetos que en otros, en un clima además a propósito, les predispone para hacer con facilidad esa trasposición a los signos humanos de gracias íntimas, que quizá en otros sujetos y en otras condiciones, no se produciría. Parte sería todo esto cosa de Dios, parte circunstancial y puramente de los hombres. Sin perjuicio claro está de otros casos en que todo fuese humano sin más, alucinaciones individuales o colectivas, morbosidad nerviosa, o hasta engaño intencionado y vulgar.

Santa Teresa es un caso excepcional, serio y grandioso como ninguno. Pero que podría entrar en esa interpretación que proponemos sin dificultad. Podemos conceder que su fisiologismo y su siquismo eran a propósito para esa versión humana de esas gracias divinas. Que su riqueza plástica era grande: sus mismos escritos delatan la viveza con que recoge imágenes sin crearlas (Teresa no hubiese sido una novelista muy original). Su viveza de alma. Sus nervios débiles... Todo esto aprovechado por Dios para sus designios especialísimos sobre ella y su obra grandiosa. El peligro que aquellas cualidades pudieran suponer, venía evitado por las otras condiciones sicológicas extraordinarias de inteligencia lúcida y de voluntad recia, y sobre todo por la misma providencia de Dios, que quería servirse de aquella sicología tal cual, para sus planes. Quiero decir que las visiones y locuciones teresianas, y a fortiori, sus inteligencias más puras y subidas, no digamos sus toques transverberantes de amor, eran algo divino, evidentemente divino, pero a la vez todo ello era teresiano, en ella, suyo, y por lo tanto con la modalidad personal de

ella, que su sicología y su ambiente individualizan y determinan existencialmente, históricamente.

Y ocurre aquí, en Teresa con toda claridad, lo que antes decíamos de los éxtasis externos: que con el tiempo todo se decanta, se simplifica, se espiritualiza más y más. También todo ese mundo de luces interiores va siendo cada vez más sencillo, menos material diríamos. Las imágenes visuales y auditivas suelen ir desapareciendo. Y quedan sólo las intelectuales purísimas, la presencia sentida, espiritualmente sentida, delgadísima e intraducible, de Dios, Uno y Trino en el alma, esas luces y gracias que son la misma divina unión, según enseña San Juan de la Cruz. Esto en Teresa fué evidente, (1). Y ello es garantía de autenticidad, de que estamos ante una experiencia mística de la mejor ley. Y ello encuentra a su vez una ilustración humana en la teoría que hemos aquí tímidamente planteado. La luz más repetida y penetrante va encontrando menos eco en la sensibilidad del sujeto. Este, más em-papado y habituado a la luz, la entiende y la goza sin necesidad de traducirla, al menos tan concretamente, a sus modos y maneras distintas. Muchas páginas de San Juan de la Cruz, (2), podrían aducirse aquí como suprema confirmación. Pero... no es nuestro propósito caer ahora en esa deliciosa tentación... (3).

### III

El caso Gracián. Es un problema interesante en la historia teresiana. Y merece un estudio de alguien que, doblado de

(1) Véanse los textos antes indicados de sus Relaciones y de los Procesos.

(2) Libro III de la *Subida, Canciones 19 y últimas del Cántico* (B), etc.

(3) Cfr. *L'intuition mystique de S. Thérèse*. L. Oechslin, París, 1940, 382 páginas; *Visioni e rivelazioni nella vita spirituale*. G. de Sta. María Magdalena, O. C. D., Florencia, 1941, 166 págs.

teólogo y sicólogo lo pueda hacer. A propósito de Gracián y de Doria ya dije mi parecer en el capítulo sexto: ni uno ni otro...

Desde su encuentro con Gracián en Beas por la primavera de 1575 quedó entusiasmada. Véase lo que escribe a Irés de Jesús en 12 de mayo de ese año: «¡Oh madre mía, cómo la he deseado conmigo estos días! Sepa que, a mi parecer, han sido los mejores de mi vida, sin encarecimiento. Ha estado aquí más de veinte días el P. Maestro Gracián. Yo le digo, que con cuanto le trato, no he entendido el valor de este hombre. El es cabal en mis ojos, y para nosotras, mejor que lo supiéramos pedir a Dios. Lo que ahora ha de hacer vuestra reverencia y todas es pedir a Su Majestad que nos le dé por prelado. Con esto puedo descansar del gobierno de estas casas, que perfección con tanta suavidad, yo no la he visto. Dios le tenga de su mano, y le guarde, que por ninguna cosa quisiera dejar de haberle visto y tratado tanto». Aquellos días no se le olvidarán nunca: «Nunca tendré mejores días que los que allí tuve con mi Pablo. En gracia me cayó que me escribió «su hijo querido» ¡y cuán de presto dije (estando sola), que tenía razón!» escribe en carta a él de 13 de diciembre de 1576. Ese entusiasmo no se apagó a lo largo de su vida. Véanse los capítulos 23, 24 y 31 de las *Fundaciones*. Véase las cartas innumerables que le escribe o en que alude a él. Siempre el mismo acento. Gracián llega a decir en sus *Scholia* a la vida de la Santa por el P. Ribera (1) lo siguiente: «Acuérdome que, reprendiéndola yo un día porque me quería tanto y mostraba tanto regalo, me dijo muy riéndose: El no sabe que cualquier alma, por perfecta que sea ha de tener un desaguadero. Déjeme a mí tener éste, que, por más que diga, no pienso mudar del estilo que con él llevo».

---

(1) f. 29 v.

Confieso que me resulta todo ello bastante molesto...

Tenemos pues estos datos que instalan ante nuestra consideración el problema.

a) Entusiasmo teresiano por Gracián. Se explica en gran parte por la necesidad de ayuda en que la pobre se encontraba y que cree hallar en aquel religioso, piadoso, suave, encantador, dinámico, erudito a su manera... Cuando llega la hora del provincialato al separarse Descalzos de los Calzados (1581) todo el empeño de la Madre fué conseguir que saliese Gracián, como salió, aunque... por los pelos. Y su interés se extiende, como ocurre siempre, a todo lo que con él se relaciona, por ejemplo con su madre y con sus hermanos. (1).

b) Su entusiasmo no la ciega sin embargo. Ella es prudente y avisada. Tiene ya mucha edad. Los avisos al ingenuo y ligero de Gracián abundan, sin que la haga caso muchas veces. En abril de 1579 le decía desde Avila: «Bien nos enseña Dios el poco caso que hemos de hacer de las criaturas, por buenas que sean, y cómo hemos menester tener malicia, y no tanta llaneza, y plega a Dios que baste para Pablo y para mí». Su última carta para él, próxima ya a morir (2) está llena de reconvenciones ante actitudes del provincial que ella cree con razón menos a propósito.

c) De que su entusiasmo había de suscitar problemas, como de hecho sucedió, ella se daba perfecta cuenta. Celotipias de otros descalzos, interpretaciones malévolas de calzados... Por eso no deja de avisar que sea discreto en la correspondencia. Y a las descalzas, sobre todo a María de San José, la gran priora de Sevilla, recomendará el máximo cuidado

---

(1) Véase cartas a él, 20 de septiembre 1576 y 26 de abril 1578.

(2) Valladolid, 1 de septiembre de 1582.

para no llamar la atención en el trato, y en los cuidados de excepción que la misma Santa quiere se tengan para con él dadas las circunstancias especiales del caso. (1).

d) Ella proclamará al mismo tiempo que el amor que le tiene no le ata ni impide el vuelo del alma. «Cosa extraña es, que este otro nuestro padre, no me hace embarazo lo que le quiero, más que si no fuese persona» (2). Con todo, alguna nube debió pasar por su alma que algo la turbase en este sentido. Escribe a él mismo: (3) «Dice que le quisiera besar muchas veces las manos, y que le diga vuestra paternidad que bien puede estar sin pena, que el casamentero fué tal, y dió el nudo tan apretado que sólo la vida le quitará; y aun después de muerta estará más firme, que no llega a tanto la bobería de la perfección, porque antes ayuda su memoria a alabar al Señor; sino que esta libertad que solía tener la ha hecho guerra. Ahora ya le parece mejor la sujeción que en esto tiene, y muy agradable a Dios, porque haya quien le ayude allegar almas que le alaben, que es un tan gran alivio y gozo éste, que a mí me alcanza harta parte. Sea por todo bendito».

Pero por encima de todo «¡sólo Dios basta!». Ella lo ha enseñado insistentemente en el *Camino de perfección*, y lo vive.

e) Porque tengamos en cuenta que su amor por Gracián se inserta en su misma vida espiritual, elevada y mística, de aquellos años. Indiscutiblemente ella es, ya desde hace tiempo, una auténtica santa. Sus virtudes son evidentes y su alta

(1) Véase por ejemplo: a él, Toledo, noviembre 1576; id., 18 de diciembre de 1576; a María de San José, Malagón, 15 de junio, 1576: Toledo, 7 y 20 de septiembre de 1576; id., 5, 20 y 31 de octubre de 1576; id., 19 noviembre, 1576; etc.

(2) A María Bautista, Sevilla, 30 diciembre 1575; cfr. id., Sevilla, 28 agosto 1575.

(3) Toledo, 9 de enero de 1577.

vida de unión con Dios es verdadera. Después de su encuentro con él en Beas tiene lugar la visión que narra en la *relación 39* (1), a que alude en la carta antes citada. El recuerdo de Gracián se repite después con frecuencia en sus experiencias místicas (2).

Gracián es su «Pablo» querido. ¿Cómo explicar este fondo problema de sicología natural y sobrenatural al mismo tiempo?

Quizá nuestro criticismo a ultranza y nuestro afán de bucear en la profundidad sicológica del ser humano, típica de nuestra cultura, crea problemas que en realidad a penas existieron. Teresa no parece haberse preocupado mucho de ello; únicamente algo de la repercusión social que pudiera haber tenido. Ya dijimos antes de sus advertencias en las cartas a este respecto. Y aún esa resonancia peyorativa externa no parece que afectase demasiado a la limpia serenidad de su alma. Cuenta también Gracián: «Aunque yo firmaba las licencias, presidía y confirmaba las elecciones como prelado de las monjas, ella lo ordenaba primero..., de que algunos murmuraban de mí diciendo estaba sujeto a una mujer, y otros decían otras cosas feas; de que yo me afligía demasiado, y ella se reía mucho de ver mi congoja, diciendo: No me afrento yo, y hase de acongojar él» (3).

Recordemos: Teresa vive estos últimos años de su existencia terrena en un equilibrio espiritual maravilloso por lo difícil. Toda su actuación respira dominio de sí misma y de sus circunstancias. Circunstancias cargadas de preocupaciones, capaces de poder a cualquiera. Ella es señora de las

(1) Ed. Silverio.

(2) *Relaciones* 40, 41, 43, 44, 55, 59, 60...

(3) *Scholia*, f. 37 v.

mismas. Y con humildad y sencillez y suavidad encantadoras. «Todo va con amor»... (1). Las dificultades no la han agriado, sino al contrario.

Por otra parte su vida está cada vez más endiosada. Lo sobrenatural no ha matado lo que de sano había en aquel natural, privilegiado en suma, de la Santa. Lo que hizo fué depurarlo, mejorarlo en una palabra.

Por eso, ante el caso Gracián, cabe preguntarse: ¿qué sentimientos humanos profundos están aquí en juego, utilizados por la misma acción providente de Dios? ¿Es un sentimiento maternal, ese sentimiento que toda mujer esconde en su corazón, y que se proyecta, si no en hijos de su carne, en otros hijos, a los que cubre con una maternidad virginal, pura, fecunda a su manera? Teresa es de más de sesenta años cuando se encuentra con Gracián, joven de treinta. Le dobla la edad. Ella se va sintiendo ya «vieja y cansada». El sentimiento maternal está afinadísimo en ella, que se ve rodeada de hijos y sobre todo de «hijas», que dependen de ella constantemente, vitalisimamente. A quienes ama y a la que aman con un amor inmenso. A varios de sus directores, menos valiosos o hechos, trata como a hijos (2); no así a los más recordados como San Pedro de Alcántara, San Juan de la Cruz, P. Báñez... Recorriendo la correspondencia con Gracián nos damos cuenta enseguida de que aunque casi siempre le llama padre (por ejemplo: «indigna sierva y verdadera hija de vuestra paternidad, y, ¡cuán verdad!, qué poco me hallo con otros padres...» (3), le trata más bien como a hijo; y que aunque es su superior oficial y su director voluntariamente escogido, más

---

(1) A María Bautista. Avila, junio 1579.

(2) García de Toledo, O. P., *Vida*, cap. 16, por ejemplo.

(3) Carta a él, Avila, 12-III-1578.

bien él es el dirigido, el que recibe consejos de vida espiritual, y no digamos de conducta práctica de acción y de gobierno. Muchas veces le anima, le conforta, le da alientos con ese sentido de superioridad maternal cuyo secreto sólo tienen ellas. Sobre la vida interior de Gracián cfr., por ejemplo carta de Toledo, 23 de octubre de 1576, y varios fragmentos de otras cartas que el mismo Gracián conservó para su consuelo. Sobre asuntos de gobierno casi todas las cartas a él dirigidas. Véase a pesar de todas sus protestas conscientes de filiación, este grito espontáneo que pone al descubierto lo que ella llevaba bien clavado medio inconscientemente en su alma: «En gracia me cayó que me escribió «su hijo querido»; y ¡cuán de presto le dije (estando sola) que tenía razón!» (1).

Maternidad espiritual de Teresa, que se conjuga perfectamente con su vida espiritual tan en vuelo.

Pero podría pensarse en otro sentimiento compensador del anterior, más bien que opuesto, como a primera vista pudiera parecer. Teresa es al fin y al cabo limitada, comprometida en una empresa que adquirió un volumen y una complejidad abrumadora. A pesar de sus energías extraordinarias se siente pobre y ruín, vieja y cansada, y prácticamente sola... En la defensa que hace de él ante Felipe II (2), escribe «verdaderamente me ha parecido un hombre enviado de Dios y de su bendita Madre, cuya devoción, que tiene grande, le trajo a la Orden para ayuda mía; porque ha más de diecisiete años que padecía a solas con estos padres del Paño, y ya no sabia cómo lo sufrir que no bastaban mis fuerzas flacas». Teresa ha sentido la necesidad de apoyarse en Gracián. Y lo hace con ese instinto de filiación que la condición en él de sacerdote y

---

(1) Toledo, 13 diciembre 1576.

(2) Ávila, 18 de septiembre de 1577.

de superior despertaba en el alma de ella. Sentimiento religioso, pero natural a la vez, buscando seguridad, y seguridad en un padre... ¿Era una transferencia que inconscientemente afloraba en su espíritu de aquel amor tan grande que tuvo a su padre Don Alonso, y que debió en gran medida quedar reverencialmente soterrado en ella sin expansión suficiente femenina, dado el modo de ser severo y serio del hidalgo toledano? «Porque le quería mucho» (1).

A pesar de su enorme personalidad Teresa tenía que soportar en ocasiones al niño que todos llevamos, dormido o despierto, en el fondo del ser, y la necesidad del hombre que sostenga, del padre en la mujer, se experimenta inconscientemente, pero vivamente. Aquí se fundía o mixtificaba con la presencia de lo sacerdotal, del superior religioso, del hombre que aparece providencialmente en el camino en el momento de mayores dificultades, con cualidades al menos aparentes para poder apoyarse en él... Es un sentimiento que puede también darse en la vida de Teresa, sin estorbar al anterior y sin sombra rechazable para su vida santa y endiosada. Era algo natural, sano, puro, aprovechable, que los límites humanos, entrecruzados y complejos, imponían, y que a su modo servía para su misma vida espiritual, haciéndola así tan divina y tan humana a la vez. «Todo es gracia».

Problema delicado... ¿Valen las interpretaciones o las sugerencias que casi como sospechas hemos hecho? No lo sé. Las dejo ahí para que los que sean competentes las justifiquen o las rechacen. Las dos, aunque paradójicas, son compatibles y hasta complementarias, como antes dije. Sentimientos de filiación y de maternidad respecto de la misma persona son fáciles a la vez, máxime en sicologías ricas y va-

---

(1) Capítulo 7 de la *Vida*, donde narra despacio samente su muerte santa.

llosas. Es la incógnita del ser humano. En el caso de Santa Teresa fueron sin duda una providencial compensación que facilitó el que pudiera así utilizarse mejor por la gracia sobrenatural todo lo que de bueno había en aquella circunstancial relación que surgió entre ella y Gracián, aún siendo sin embargo este último tan mediocre junto a la grandeza de aquella santa mujer.

Pero el caso es tan humano y tan divino a la par que resulta extremadamente interesante, y digno de un estudio riguroso, que necesita empezarse por el estudio de la figura «curiosa» de Jerónimo Gracián. Su «Peregrinación de Anastasio», en que a vueltas de actos de humildad nos hace el elogio incesante de sí mismo, ¿qué hubiera parecido a un San Juan de la Cruz por ejemplo? ¿Y quién se atrevería a negar la bondad de aquel hombre, mezcla de tantas sangres extrañas, hecho de «mantequilla» como de él dijeron, imaginativo y abundoso, heroico trabajador hasta el exceso...? Los teólogos y los sicólogos tienen la palabra. Pero más importancia que por sí mismo, tiene por su colaboración en la obra teresiana y la estima grande y sincera que de él hizo la Madre Teresa, una mujer singular y egregia por sus cualidades humanas y su vida santísima, por su genial existencia de tan larga y fecunda repercusión eclesial y cultural en general.

Institución Gran Duque de Alba





Institución Gran Duque de Alba

**LA CASTIDAD Y LA AFECTIVIDAD  
EN LA DOCTRINA TERESIANA**



Institución Gran Duque de Alba

EDICIÓN DE DOCUMENTOS HISTÓRICOS  
CONMEMORATIVA DEL 200 ANIVERSARIO

## LA CASTIDAD Y LA AFECTIVIDAD EN LA DOCTRINA TERESIANA

*La castidad* es aquella comportación sicológica natural, y aquella exigencia de la caridad sobrenatural, que regulan, según normas de razón y de fe, todo lo que directa o indirectamente se refiere al mundo de lo sexual.

Esta castidad es matrimonial o extramatrimonial según las circunstancias. Y en este último caso es extramatrimonial en orden al matrimonio, o extramatrimonial por renuncia al mismo o sea por dedicación o consagración voluntaria a vivir en estado de célibe por razones más altas que las mismas razones matrimoniales. (Nunca entran aquí en cuenta los casos sicológicos y biológicos anormales que pueden darse).

Llamemos, para entendernos, castidad perfecta, a este último caso. (El término no es exacto, pues la castidad puede ser «perfecta» en cada circunstancia propia en que se deba y según se deba dar; sería mejor decir: castidad virginal consagrada).

Esa castidad es *virginal*, cuando no ha habido profanación externa ninguna del instinto sexual, aunque fisiológicamente se den los fenómenos naturales que tengan que darse.

Sobre, todo, esto se dice de la mujer intacta. Pero puede

hablarse de una virginidad del corazón y del espíritu, cuando el amor afectivo y hasta el de la voluntad no se han desordenado nunca. Cosa más que difícil. Sólo María es perfectamente virginal y santa.

La castidad sobrenatural es un aspecto de la plenitud de la caridad. Y se apoya en la castidad perfectísima, absoluta, y virginal de Jesucristo. Esta su castidad es parte del misterio del Verbo Encarnado. Y vivirla los cristianos en el matrimonio es un carisma. Y fuera del mismo, otro. Cfr. Mt., 19, 12; 22, 30; Mc., 12, 25; Lc., 20, 34 ss.; I Cor., 7...

Nuestra castidad es comulgar a la de Cristo. Por eso, si hay carisma para vivir la castidad perfecta, el cual comporta todos los acondicionamientos sicosomáticos que hagan falta, y se responde debidamente al mismo, no pueden darse en quien lo posee y vive, problemas de inmadurez, ni de neurosis de frustración, ni falta de plenitud vital, ni mutilación de la personalidad, etc. Si no hay ese carisma con la llamada que él supone, o no se le cultiva, todo aquello puede ocurrir.

Una mujer pues vocacionada para permanecer en castidad virginal, debe esto motivarlo:

- 1) Como homenaje de caridad para con Dios y su Cristo. El amor de Dios que llama será siempre el motivo supremo. Caridad que es religión, expresada en esa ofrenda liliáil de cuerpo y de alma.
- 2) Para ser así en la Iglesia una llamada de atención sobre su destino escatológico. Para ser en medio del pueblo de Dios testigos proféticos de la resurrección, de la neumatización de la materia y de la vida.
- 3) Para ser a la vez expresión real y efectiva de la virgi-

nal maternidad de la Iglesia esposa de Cristo. Por eso, esa caridad-religión para con Dios se vierte en caridad-maternal hacia los hombres en una fecundidad maravillosa, que hace imposibles todas las frustraciones...

Caridad: religión virginal hacia Dios, caridad maternal hacia los hombres...: la misma caridad...: «Entonces representóseme por visión imaginaria, como otras veces, muy en lo interior, y dióme su mano derecha, y dijome: «Mira este clavo, que es señal de que serás mi esposa desde hoy. Hasta ahora no lo habías merecido; de aquí adelante, no sólo como Criador y como Rey y tu Dios mirarás mi honra, sino como verdadera esposa mía. Mi honra es ya tuya y la tuya mía» (1).

Santa Teresa de Lisieux pudo decir que así se es «madre de las almas» (2).

Don precioso de Dios, carisma personal y eclesial, es decir para el que lo recibe, pero en última instancia para la Iglesia, para bien de los demás.

Que hay que aceptarlo y que vivirlo en la humildad más sencilla e imbatible.

\* \* \*

Para Teresa la castidad —en su aspecto sexual estricto— no ha constituido problema especial. Fue naturalmente casta. En los procesos de beatificación los testigos lo repiten innumerables veces. Por ejemplo: «Doy gracias a Nuestro Señor, hija mía, que nunca en toda mi vida fuí molestada de tentaciones ni pensamientos deshonestos» (3). Así otros muchos.

(1) Relación 35, ed. Silverio.

(2) Autobiografía.

(3) María de San José, Lisboa, 1595, ed. Silverio, t. I, p. 500.

Y añaden que decía a sus hijas que no podía aconsejarles sobre asuntos relacionados con ese tema, por desconocerlos. Véase el testimonio de ella misma en carta a su hermano Lorenzo: «Porque cuando de veras está tocada el alma de este amor de Dios, sin pena ninguna se quita el que se tiene a las criaturas; digo de arte que esté el alma atada a ningún amor, lo que no se hace estando sin este amor de Dios; que cualquiera cosa de las criaturas, si mucho se aman, da pena; y apartarse de ellas, muy mayor. Como se apodera Dios en el alma, vala dando señorío sobre todo lo criado, y aunque se quita aquella presencia y gusto (que es de lo que vuestra merced se queja, como si no hubiese pasado nada, cuanto a estos sentidos sensuales, que quiso Dios darles parte del gozo del alma), no se quita de ella, ni deja de quedar muy rica de mercedes, como se ve después, andando el tiempo, en los efectos.

•De esas torpezas después, ningún caso haga; que aunque eso yo no lo he tenido, porque siempre me libró Dios por su bondad de esas pasiones, entiendo debe ser que como el deleite del alma es tan grande, hace movimiento en el natural; iráse gastando con el favor de Dios, como no haga caso de ello. Algunas personas lo han tratado conmigo» (1).

Pero era sumamente natural y sencilla al mismo tiempo, sinñoñeces. Trata de noviazgos y de bodas sin melindres; y acerca de una hija natural que dejó en Avila a su cuidado su sobrino Lorenzo, se expresa así en carta para él mismo: «Harta misericordia de Dios ha sido topar tan bien y haberse casado tan presto, que según de temprano ha comenzado a ser travieso, trabajo tuviéramos. En esto veo lo que le quiero, que con ser cosa para pesarme mucho por la ofensa de Dios, de que veo se parece tanto a vuestra merced esta niña, no la

---

(1) Toledo, 17 en. 1577.

puedo dejar de allegar y querer mucho. Para ser tan chica,  
es cosa extraña lo que parece a Teresa en la paciencia» (1).

Su virginal pureza se traducía en su mirada transparente y  
luminosa, en su pasión por la limpieza, por el agua, por las  
almas inocentes, «las mis niñas»... El P. D. de Yanguas,  
O. P., la llamaba: «tesoro de virginidad».

La larga incorrupción de su cuerpo fué impresionante. Y  
el olor exquisito que despedía, y que aún ahora se hace a  
veces sentir.

\* \* \*

Pero *afectiva* lo fué siempre mucho. Suerte que fué más  
aún reflexiva, mujer de gran cabeza... Y virtuosa natural y  
sobrenaturalmente. Y «honrosa» hasta el colmo... Y santa  
de verdad y de altura poco a poco también.

Porque, como es sabido, en torno a sus quince abriles  
hubo sus peligros: vanidad femenina, amoriños, muestras de  
afecto, nada más.

Después, en la Encarnación y siempre. En aquellos años  
de menos perfección, hasta 1554, esa afectuosidad le hizo  
daño: aficiones, distracciones, tiempo perdido... Véase el ca-  
pitulo V de la *Vida* sobre sus afecciones en Becedas... Pero  
desde 1554 las cosas cambiaron. Y por 1558, cuando se diri-  
gía con el P. Prádanos, la superación fué completa. «Ello se  
ha cumplido bien, que nunca más yo he podido asentar en  
amistad, ni tener consolación, ni amor particular sino a per-  
sona que entiende la tienen a Dios y le procuran servir, ni ha  
sido en mi mano, ni me hace al caso ser deudos ni amigos.

---

(1) Avila, 15 dic. 1581.

Si no entiendo esto, o es persona que trata de oración, es me cruz penosa tratar con nadie. Esto es así, a todo mi parecer, sin ninguna falta» (1).

Desde entonces la trasformación (no «sublimación») fué magnífica. El don de Ciencia opera esas maravillas. Queda lo que naturalmente es sano y es bueno, pero informado por la llama de la caridad. Obra toda de Dios. Estos textos teresianos que siguen nos revelan el proceso de decantación ocurrido en su alma.

«Tenía una grandísima falta, de donde me vinieron grandes daños, y era ésta: que como comenzaba a entender que una persona me tenía voluntad y si me caía en gracia, me aficionaba tanto, que me ataba en gran manera la memoria a pensar en él; aunque no era con intención de ofender a Dios, más holgábame de verle y de pensar en él, y en las cosas buenas que le veía. Era cosa tan dañosa, que me traía el alma harto perdida. Después que vi la gran Hermosura del Señor, no veía a nadie que en su comparación me pareciese bien, ni me ocupase; que, con poner un poco los ojos de la consideración en la imagen que tengo en mi alma, he quedado con tanta libertad en esto, que después acá todo lo que veo me parece hace asco en comparación de las excelencias y gracias que en este Señor veía. Ni hay saber, ni manera de regalo que yo estime en nada en comparación del que es oír sola una palabra dicha de aquella divina boca, cuanto más tantas. Y tengo yo por imposible, si el Señor por mis pecados no permite se me quite esta memoria, podérme la nadie ocupar de suerte que, con un poquito de tornarme a acordar de este Señor, no quede libre».

«Acaecióme con algún confesor, que siempre quiero mu-

---

(1) *Vida*, cap. 24.

cho a los que gobiernan mi alma, como los tomo en lugar de Dios tan de verdad, paréceme que es siempre, adonde mi voluntad más se emplea, y como yo andaba con seguridad, mostrábales gracia. Ellos, como temerosos y siervos de Dios, temíanse no me asiese en alguna manera y me atase a quererlos, aunque santamente, y mostrábanme desgracia. Esto era después que yo estaba tan sujeta a obedecerlos, que antes no los cobraba ese amor. Yo me reía entre mí de ver cuán engañados estaban, aunque no todas veces trataba tan claro lo poco que me ataba a nadie, como lo temía en mí; mas asegurábilos, y tratándome más, conocían lo que debía al Señor, que estas sospechas que traían de mí, siempre era a los principios. Comenzóme mucho mayor amor y confianza de este Señor: en viéndole, como con quien tenía conversación tan continua. Veía que, aunque era Dios, que era Hombre, que no se espanta de las flaquezas de los hombres, que entiende nuestra miserable compostura, sujeta a muchas caídas por el primer pecado que El había venido a reparar» (1).

«Me parece he recibido de nuevo, a lo que entiendo, mucha mayor libertad. Hasta ahora parecía haber menester a otros, y tenía más confianza en ayudas del mundo; ahora entiendo claro ser todos unos palillos de romero seco, y que asiéndose a ellos no hay seguridad, que en habiendo algún peso de contradicciones o murmuraciones, se quiebran. Y así tengo experiencia que el verdadero remedio para no caer, es asirnos a la cruz y confiar en el que en ella se puso. Hállole amigo verdadero, y hállole con esto con un señorío, que me parece podría resistir a todo el mundo, que fuese contra mí, con no me faltar Dios.

«Entendiendo esta verdad tan clara, solía ser muy amiga de que me quisiesen bien. Ya no se me da de nada, antes me

---

(1) *Vida*, cap. 37.

parece en parte me cansa, salvo con los que trato mi alma o yo pienso aprovechar; que los unos porque me sufran, y los otros porque con más afición crean lo que les digo de la vanidad que es todo, querría me la tuviesen» (1). (Recuérdese también la carta antes citada a su hermano Lorenzo).

Es la virginidad del corazón reconquistada. Pero sigue amando con un amor puro, sobrenatural y natural, fuerte, tierno y humano a la vez...

Sobre su cariño por Gracián ya dijimos antes, en *Reflexiones críticas*... Vuelvo a indicar unos cuantos textos teresianos que nos dicen de su entusiasmo por él. Léanse los capítulos 23, 24 y 31 de las *Fundaciones*. Y las cartas (entre otras innumerables alusiones): 79, 104, 111, 134, 145, 147, 160, 216, 228, 242, 290, 350, 366, de la ed. Silverio. Otras frases: «Gran regalo ver que no me olvida» (2). «Bendito sea el que le dió tanto talento» (3). «Sino que en tocándome un tanto que toque a mi Pablo, no lo puedo sufrir» (4). «Y no me puede nadie quitar lo que tengo prometido a este santo» (5). «A pocos da junto tanto» (6). «No habrá ninguno como mi Pablo» (7). «De vuestra reverencia sierva e hija y súbdita ¡y que de buena gana!» (8). Ella insistirá: es «amistad que ninguna cosa se traba, si no es al alma. Es como tratar con ángel, como lo es y lo ha sido siempre. Y aunque el dicho también lo es, yo no sé qué tentación se ha sido, que es cosa di-

(1) Relación III.

(2) Toledo, septiembre 1576.

(3) Carta a María de San José, Toledo, 7 diciembre 1576.

(4) Ávila, 14 mayo 1578

(5) Ávila, 9 agosto 1578.

(6) Valladolid, 7 julio 1579.

(7) Palencia, febrero 1581.

(8) Palencia, 12 marzo 1581.

ferentísima» (1). Fue un entusiasmo exagerado, pero explícable y casi necesario, dadas las circunstancias.

Sintió también siempre mucho afecto por los que veía siervos de Dios. Por eso su llanto cuando faltaba alguno de ellos (Bto. Juan de Avila, P. B. Alvarez, P. M. Gutiérrez...). «Tiernísima estoy, y el primer día llorar que llorarás...», por la muerte del P. general, J. B. Rossi (2). De Francisco de Salcedo dirá a su hermano Lorenzo: «No sé si podré afirmar que es la persona que más debo en la vida de todas maneras, porque me comenzó a dar gran luz, y así le quiero mucho» (3). Entre paréntesis, su sentimiento de gratitud era extraordinario: «Bien veo que no es perfección en mí, esto que tengo de ser agradecida; debe ser natural, que con una sardina que me den, me sobornarán...» (4). Y a María Bautista había antes escrito a propósito del P. Báñez: «A no me haber detenido a mi Dios, días ha que hubiera hecho lo que ella quería hacer, mas no me deja, y veo que es su siervo; y por esto es bien que se ame, que lo merece, y a él, y a cuantos hay en la tierra. Cuando pensamos tener más de ellos, estaremos bien bobas; mas no es razón parecernos a él, sino que se agradezca siempre el bien que nos ha hecho. Y así, vuestra reverencia déjese de esas damerías, y no le deje de escribir, sino procure libertad en sí, poco a poco, que ya, gloria de Dios, yo tengo harta, que no lo está tanto como dice. Bendito sea El, que siempre es verdadero amigo, cuando queremos su amistad» (5).

Para con sus familiares fué atentísima y cariñosa y sacrifici-

(1) Carta a María Bautista, Sevilla, 28 agosto 1575.

(2) Carta a Gracián, Ávila, 15 octubre 1578.

(3) Toledo, noviembre 1576.

(4) Carta a María de San José, Ávila, septiembre 1578.

(5) Toledo, 2 noviembre 1576.

cada siempre. Preocupada santamente por todos: Pedro de Ahumada, el pobre neurasténico; Juana y sus hijos, sobre todo Beatriz y las habladurías a que dió lugar tontamente; Lorenzo y sus hijos... A este hermano y a su hijita Teresa quiso de un modo especial. Bien lo merecían. Las cartas al buen indiano, que llevaba vida de perfección en su recoleta Avila, son todo un poema. Con todo, podría escribir a María de San José: «Mucho la quiero y a su padre (Don Lorenzo); mas cierto la digo que estoy descansada de estar lejos; no acabo de entender la causa, si no es que los contentos de la vida para mí son cansancio. Debe ser el miedo que traigo de no me asir a cosa de ella; y así, es mejor quitar la ocasión. Aunque ahora al presente, por no desagradecer a mi hermano lo que ha hecho, quisiera estar allá, hasta que asentara algunas cosas, que aguarda para esto» (1). Y antes a María Bautista: «Hale dado que estoy lisiada por ella y por mi hermano, y no hay sacárselo de la cabeza; y así había de estar, si fuera otra, según son. Mas mire qué tanto, que, con cuanto le debo, me he holgado de que esté retraído, porque no venga acá mucho. Y es verdad que embaraza él algo. Que aunque esté, en vieniendo nuestro padre, o alguien, le digo que se vaya, y es como un ángel. No porque le dejo de querer mucho, que sí quiero; mas querriáme ver sola. Todo esto es así, piensen lo que pensaren, que poco va en ello» (2).

Para con sus hijas fué extremada. Era natural y sobrenatural que así fuera. «Quiérolas tiernamente, y así me alegro cuando vuestra paternidad me las loa, y a mí me lo agradece, como si lo hubiera hecho yo...» (3). Y en las *Fundaciones*: «Pues en llevar condiciones de muchas personas que era me-

---

(1) Toledo, 7 septiembre 1576.

(2) Sevilla, 29 abril 1576. Véase lo que dice también en la *relación* 46, ed. Silverio.

(3) Carta a Gracián, Avila, enero 1578.

nester en cada pueblo, no se trabajaba poco. Y en dejar las hijas y hermanas mías, cuando me iba de una parte a otra, yo os digo que, como yo las amo tanto, que no ha sido la más pequeña cruz, en especial cuando pensaba que no las había de tornar a ver, y veía su gran sentimiento y lágrimas. Que aunque están de otras cosas desasidas, ésta no se lo ha dado Dios, por ventura para que me fuese a mí más tormento, que tampoco lo estoy de ellas, aunque me esforzaba todo lo que podía para no mostrárselo, y las reñía; mas poco me aprovechaba, que es grande el amor que me tienen, y bien se ve en muchas cosas ser verdadero» (1). «No sé si ella me quiere tanto como yo la quiero» (2). Para con algunas de sus hijas su cariño fué especial. Más que para con ninguna otra para con María de San José, la célebre priora de Sevilla. Véanse las cartas 99, 118, 159, 223, 284, 307, 369, 385, 400, 410... de la ed. Silverio. Por ejemplo: «Acá dicen que quiero más a las de esa casa que a ningunas, y cierto, que no sé qué lo hace, que yo las cobré mucho amor, y así no me espanto que vuestra reverencia me le tenga, que siempre se le tuve, aunque me es regalo oirlo. Ya no hay que hablar en lo pasado, que creo no era en su mano, cierto» (3). «Yo no sé qué es la causa que con cuantos disgustos me da su reverencia no puedo sino quererla mucho; luego se me pasa todo». Querría ir por allá para «hartarse de reñir con ella» (4). Sentiría que faltase como ninguna: «¡no sé cómo la quiero tanto!» (5). «Sea con vuestra reverencia el Espíritu Santo, hija mía. Mucho me consolé con su carta, y no es nuevo, que lo que me canso con otras descanso con las tuyas. Yo le digo que si me quiere bien, que se lo pago, y gusto de que me lo diga. ¡Cuán cier-

(1) Capítulo 27.

(2) Carta a Ana de San Agustín, Palencia, 22 mayo 1581.

(3) Toledo, 13 octubre 1576.

(4) Malagón, 1 febrero 1580.

(5) Soria, 16 junio 1581.

to de nuestro natural querer ser pagadas! Esto no debe de ser malo, pues también quiere serlo Nuestro Señor, aunque no tiene comparación lo que le debemos, y merece Su Majestad ser querido, mas parezcámonos a él, sea en que quiera» (1). «Si mi parecer si hubiera de tomar, después de muerta la elijieran por fundadora» (2). Pero, como a todos, la quiere de verdad. Por eso: «mientras más amo, menos puedo sufrir ninguna falta» (3). «... con quien bien quiero, soy intolerable, que quería no errase en nada» (4).

Un gran corazón de mujer que ama sin contar y sin desorden porque el amor de Dios lo ha depurado y santificado todo. «Yo a sólo Dios quería por sí mismo», ha podido escribir (5).

Todo santo. Pero Dios lo aquilató más y más cada día. Los disgustos, las dificultades, la soledad... se multiplicaron en los últimos años. La ascética cristiana no es la estoica: el corazón de Teresa hubo de registrar aquellas circunstancias. Su sensibilidad no estaba muerta. Pero su voluntad estaba identificada con la divina. Y... *¡sólo Dios basta!*

\* \* \*

Lo que ella, tan divina y tan humana, ha sabido vivir, lo ha hecho tesis y doctrina para los demás, en particular para sus hijas.

**Caridad verdadera y afecto sano.** Lo cual supone desprendimiento sencillo y humano de todo, en definitiva de sí mis-

---

(1) Avila, 8 noviembre 1581.

(2) Burgos, 17 marzo 1582.

(3) Malagón, 9 feb. 1580.

(4) Malagón, enero 1580.

(5) Carta a Gracián, Malagón, 14 enero 1580.

mo. Nada pues de afectos ni apegos desordenados, nada de «apetitos» ni aficiones humanas sin más. Libertad de espíritu, «señorío», caridad... Es la misma doctrina de la *Subida* de San Juan de la Cruz, pero matizada, más existencial y concreta...

Los capítulos 4 al 10 del *Camino* (2.<sup>a</sup> redacción) exponen su manera de pensar, con ese desorden típicamente tere-siano.

*Primero.* Hay que amarse, y amarse mucho. Es la gran ley de la caridad.

*Segundo.* Con amor espiritual, que nace del conocimiento, de la «sabiduría» de Dios. Y que es oblativo, sin egoísmo alguno. «¿Pareceros ha que estos tales no quieren a nadie, ni saben, sino a Dios? Mucho más, y con más verdadero amor, y con más pasión y más provechoso amor; en fin, es amor. Y estas tales almas son siempre aficionadas a dar mucho más que no a recibir; aun con el mismo Criador les acae-ce esto. Digo que merece este nombre de amor, que esotras afecciones bajas le tienen usurpado el nombre» (1). «Ahora, pues, aquí si tiene amor, es la pasión para hacer esta alma ame a Dios, para ser amada de él; porque, como digo, sabe que no ha de durar en quererla. Es amor muy a su costa; no deja de poner todo lo que puede por que se aproveche; perdería mil vidas por un pequeño bien suyo. ¡Oh precioso amor, que va imitando al capitán del amor Jesús, nuestro bien!» (2). «Es, como he dicho, sin poco ni mucho de interés propio; todo lo que desea y quiere, es ver rica aquella alma de bienes del cielo. Esta es voluntad, y no estos quereres de por

---

(1) Capítulo 6.

(2) Id.

acá desastrados, aún no digo los malos, que de éstos Dios nos libra» (1).

*Tercero.* Por eso, será un amor sincero, que avisa de sus miserias a los que ama, que se conduce de sus penas, que se holga de sus bienes, que se sacrifica, que sabe sufrir a los demás, que siembra paz... Un amor que por eso lo que desea es aprovechar almas, y compadecerse y aliviar sus necesidades (2).

*Cuarto.* Por lo tanto, nada de amistades particulares, donde la sensualidad tome parte. El amor espiritual puede ser que «llevé algo de ternura» pero no «dañará como sea general» (3). Esas amistades «particulares» son especialmente dañosas en comunidades pequeñas como las teresianas. «Y en mujeres creo debe ser esto aún más que en hombres, y hace daños para la comunidad muy notorios; porque de aquí viene el no amarse tanto todas, el sentir el agravio que se hace a la amiga, el desear tener para regalarla, el buscar tiempo para hablarla, y muchas veces más para decirle lo que la quiere y otras cosas impertinentes, que lo que ama a Dios Porque estas amistades grandes pocas veces van ordenadas a ayudarse a amar más a Dios, antes creo las hace comenzar el demonio para comenzar bandos en las religiones; que cuando es para servir a Su Majestad, luego se parece que no va la voluntad con pasión, sino procurando ayuda para vencer otras pasiones» (4). Por eso ella no las quiere, en sus monasterios.

*Quinto.* Se impone pues para conseguir el amor espiri-

---

(1) Capítulo 7.

(2) Cfr. *Fundaciones*, capítulo 5.

(3) Capítulo 7.

(4) Capítulo 4.

tual perfecto, oblativo, el *desasimiento* con todos: con las hermanas, con los confesores, con los deudos...

*Sexto.* Con los confesores... Lo advierte muchas veces. Todo el capítulo 5 del *Camino*. Y en *Modo de visitar los conventos*: «Mucho es menester informarse de lo que se hace con el confesor, y no de una ni de dos, sino de todas, y la mano que se la da; que pues no es vicario, ni le ha de haber, y se quita esto porque no la tenga, es menester que no haya comunicación con él, sino muy moderadamente; y mientras menos, mejor. Y en regalos y cumplimientos, si no fuere muy poco, se tenga grande aviso, aunque alguna vez no se podrá excusar alguna cosa; antes le paguen más de lo que es la cappellania, que tener este cuidado, que hay muchos inconvenientes». Y en cartas a Gracián; «Si algún fraile ha de quedar allí, vuestra paternidad le avise mucho que tenga poco trato con las monjas. Mire, mi padre, que es menester mucho. Y aun el licenciado, no querría yo tuviese tanto, que, aunque es todo tan bueno, de estas bondades suelen salir harto rui-nes juicios en los maliciosos, en especial en esos lugarcillos, y aun en todos.

«Crea vuestra reverencia que cuanto más viere a sus hijas apartadas de tratos muy particulares, aunque sean muy santos, es mejor, aun para la quietud de dentro de casa. Y eso no querría se le olvidase» (!).

«Mas tengo bien entendido que aunque sean santos, les está mejor en estos monasterios el tratar poco con ninguno, que Dios las enseñará; y si no es en el púlpito, aunque sea Pablo, tengo visto mucho trato no aprovecha, antes daña, por

---

(1) Avila, jul. 1577.

bueno que sea, y hace en parte perder el crédito que es razón que se tenga de persona tal» (1).

«Todo es santo, mas Dios me libre de confesores de muchos años. Ventura será si esto se acaba de desarraigarse; ¿qué hiciera si no fueran tan buenas almas?» (2). Véase también la declaración de Ana de Jesús en el proceso de Salamanca (3).

*Séptimo.* Desasimiento de deudos. En aquellos tiempos en que la presión familiar se ejercía tan fuertemente, esto era particularmente interesante para religiosas. Por eso los capítulos 8 y 9 del *Camino* insisten en ello. «Mas la monja que deseare ver deudos para su consuelo, si no son espirituales, téngase por imperfecta; crea no está desasida, no está sana, no tendrá libertad de espíritu, no tendrá entera paz, menester ha médico, y digo que, si no se le quita y sana, que no es para esta casa» (4). Y en las *Constituciones*: «De tratar mucho con deudos se desvien lo que más pudieren; porque, dejado que se apeguen mucho sus cosas, será dificultoso dejar de tratar con ellos alguna del siglo».

---

(1) Malagón, 18 dic. 1579.

(2) Avila, 26 oct. 1581.

(3) Ed. Silverio, I, 471. Este problema del desasimiento de los confesores se da la mano con el de la libertad para tratar con los mismos. Es un tema que aquí no podemos estudiar plenamente. Anoto sin embargo estos significativos textos teresianos; el capítulo 5 del *Camino* todo íntegro, y carta a Gracián (Palencia, 21 febrero 1581): «Eso es tener libertad para que nos prediquen de otras partes, me advirtió la priora de Segovia, y yo por cosa averiguada lo dejaba. Mas no hemos de mirar, mi padre, a los que ahora viven, sino que pueden venir personas a ser prelados, que en esto y más se pongan. Por eso, vuestra paternidad nos haga caridad de ayudar mucho, para que esto y lo que el otro día escribí, quede muy claro y llano ante el padre comisario; porque, a no lo dejar él, se habrá de procurar traer de Roma, según lo mucho que entiendo importa a estas almas y a su consuelo, y los grandes desconsuelos que hay en otros monasterios por tenerlas tan atadas en lo espiritual; que un alma apretada no puede servir bien a Dios, y el demonio las tienta por ahí, y cuando tienen libertad, muchas veces ni se les da nada, ni lo quieren».

(4) Capítulo 8.

*Octavo.* Recogimiento pues, y poco trato con todos. Amor exacto con todas las hermanas. Aún con la superiora (1).

*Noveno.* Esto exige el desprendimiento de sí mismo, el desasimiento propio: capítulo 10 del *Camino*. Esto lleva a la libertad de espíritu, al «señorío», tan valorizado por Teresa. «No consintamos, oh hermanas, que sea esclava de nadie nuestra voluntad, sino del que la compró por su sangre; miren que, sin entender cómo, se hallarán asidas, que no se puedan valer. ¡Oh, válgame Dios!, las niñerías que vienen de aquí no tiene cuento. Y porque son tan menudas, que sólo las que lo ven lo entenderán y creerán, no hay para qué decirlas aquí, más de que en cualquiera será malo, y en la prelada pestilencia» (2). «Libres quiere Dios a sus esposas, asidas a sólo El...» (3).

Este es el comienzo y el final de una vida soberanamente humana, soberanamente lograda en Dios. Como lo fué la de Teresa. Al quedar plenamente comprometida en Dios, se hace personalmente libre de verdad. Llegar ahí, es la cumbre. Entre tanto la tarea de superación y de decantación se impone y se hace cuesta arriba... «Mi pobre hija, la costumbre acaba por desprender de todo. Pero ¿para qué sirve que una religiosa esté desprendida de todo si no lo está de sí misma, es decir, de su propio desprendimiento?» (4).

Libertad, señorío, paz, alegría,... Caridad...

¡Sólo Dios basta!

---

(1) Cfr. *Procesos*, declaración de Inés de Jesús, Segovia, I, 422.

(2) *Camino*, capítulo 5.

(3) Carta a Ana de Jesús, Burgos, 30 may. 1582.

(4) Bernanos, *Didálogos de carmelitas*.





Institución Gran Duque de Alba

**ACTUALIDAD TERESIANA**



Institución Gran Duque de Alba

ANIVERSARIO - 1997

## ACTUALIDAD TERESIANA

En torno al 1500. Una fecha exponencial, representativa de toda una época en la historia del occidente cristiano. Es la época del llamado «renacimiento». La cultura teologal, práctica y ciencia, deviene cada vez más humana, más sicológicamente humana. La Teología es, más que teología, «economía» divina, estudiada por los hombres y para los hombres. Apasionan los problemas de la justificación, de la gracia y de la libertad. La vida espiritual seguirá siendo trasformación en Cristo, misterio cristiano en sí mismo, al que se llega por las fuentes primarias sacramentales y eclesiales, o no es nada, pero su vivencia se registra y cultiva, desde la ladera humana, principalmente a base de vida interior, de oración personal e íntima, de ascesis metódica, un tanto racionalizada y casi naturalista. Es el «humanismo». El hombre se sitúa en el centro de la cultura. La mística se hace cada vez más *experiencia sicológica del misterio cristiano*, intensa e individualisticamente vivido. La escuela «abstracta» medioeval del Rhin queda ahora en paréntesis, (fuera de algunas reminiscencias en determinados autores como San Juan de la Cruz), para revivir en el siglo xvii en algunas regiones solamente. Las corrientes espirituales de la baja edad media, en especial la «devotio moderna» de los Países Bajos, prepararon ya esa situación, que culmina con la mística italiana de Santa Catalina de Génova, de Bautista de Crema, de Isabel Bellinzaga, de Lorenzo Scúpoli..., y con la mística española, incomparable en sus vidas

ejemplares y en sus fórmulas esenciales, aunque adornadas del sicologismo imperante.

\* \* \*

España vive entonces su momento máximo de «furia». (Aceptemos el vocablo que casi como un reproche se nos lanza desde fuera). Furia que es vitalidad incontenible. Bajo el aspecto religioso esta furia tiene dos manifestaciones supremas: una en profundidad y en vuelo alto: la mística; otra en extensividad y en proyección dinámica inmensa: la obra misionera... Dimensiones vertical y horizontal, que frecuentemente se juntan en los mismos sujetos, hechos así cruz luminosa e irradiante de vida cristiana: Javier, Pedro de Alcántara, Pedro Bautista, Luis Beltrán, Ancheta, Oviedo, etc...

El *misticismo español* de aquellos tiempos se hace con la mezcla de un *ascetismo* a ultranza, rígido, esforzado, personal y libre, que, según avanza el siglo, se endurece formalísticamente; se hace de *intelectualismo* también, es decir, tiene contenido doctrinal, más o menos, según las escuelas y los ambientes, aunque algunos aspectos del misterio quedan silenciados por las limitaciones propias de aquel entonces, por ejemplo el aspecto social, eclesial; se hace de *iluminismo* en el noble sentido de la palabra, vuelo contemplativo, alto, lírico, emocional y afectivo, con tendencia al maravilloso, heredado de la edad media, y que se acentúa con el correr de los años; se hace de *activismo* caritativo y apostólico, (el quietismo será fruto tardío y decadente, expresión suprema del subjetivismo de la piedad renacentista, así como los focos de «alumbrados» antes no son más que el detritus sin importancia que precisamente toda exuberancia de vida siempre comporta).

Mística sana y exacta, síntesis por la altura de lo más exquisito que produjo el espíritu cristiano en todos los tiempos.

«Las fuerzas íntimas de España rompen todos sus límites en el siglo de Oro. Sus veleros serán los veleros del mundo, su historia la historia toda, y su literatura la literatura mundial. También la mistografía española en el siglo de Oro —y sólo en éste— rompe los límites nacionales y temporales, para convertirse y ser la literatura del mundo.

«La mística española es más que una estructuración una visión de la trascendencia esencial elaborada con categorías raciales o históricas. Es un Bien común vital, comunidad de vida espiritual superior que tiene su corazón motriz en una figura: Teresa de Ávila, que en su nueva vida se llamará Teresa de Jesús y en el amor reverente de su pueblo Teresa de España.

«Juan de la Cruz y Teresa de Jesús constituyen dos metas claves de lo humano y lo divino: de sus obras que llevan impreso el sello de lo genial no se puede prescindir en la historia espiritual de la Humanidad. Sin ellas la mistografía cristiana resulta ya impensable» (1).

\* \* \*

He aquí que Teresa vive en el quicio central de esa crisis grandiosa. Y es la escritora mística indiscutiblemente más importante de la misma. Escritora que en definitiva no hace más que comunicarnos como puede la intimidad de su vida. Eso sí, con sencillez y sinceridad, con toda llaneza, «por la que yo soy perdida»...

Cuando su abuelo Don Juan se acogió en Toledo al edic-

---

(1) I. Behn, *Spanische Mystik*, Düsseldorf, 1958.

to de gracia de la Inquisición de 1485, después de haber juzgada, ¿se trataba solamente de un gesto de fe contra las pulsiones de su sangre, o de fe y de retorno a una situación que sólo las conveniencias sociales y económicas habían creado? ¿Corrían por las venas de Teresa gotas de sangre hebrea? Su sed de absoluto, su dinamismo, su proyección ecuménica dominadora, ¿podrían explicarse en parte por su raza? De todos modos, estos datos picantes hoy nos apasionan como a niños.

El hecho es que Teresa fué una mujer agraciada, inteligente, bastante reflexiva, lúcida, con poca formación cultural, con imaginación viva pero poco creadora, con voluntad indomable, emotiva y afectiva también, sensible, honrosa, con sus nervios rotos, con sus enfermedades, inquieta y difícil a veces, con su genio vivo, con su ligereza femenina, con sus equivocaciones... Es decir, con grandes cualidades y no pequeñas deficiencias.

Pero todo esto —pueden discutir los especialistas cuanto quieran acerca de las limitaciones teresianas— no ha disuelto su personalidad, no ha hecho de ella una fracasada ni una neurótica; su intensa vida espiritual, no la ha cerrado y hecho una egoísta... Al contrario. Ella es toda equilibrio, serenidad, mesura, alegría... Ella ha sabido hacer la unidad en su vida aprovechando para ello no sólo sus posibilidades sino su mismo déficit. Ella sabe siempre que vive en el espacio y en el tiempo. No se evade. Se realiza y se logra en la acción, acción llena de Dios y tendida hacia la posesión definitiva de Dios, pero acción entre los hombres, entre los avatares y cambiantes de la pequeña historia humana.



Su vida espiritual, su mística es una mística auténticamente evangélica y cristiana, mística que se funda en el misterio de la Encarnación del Verbo, y que soporta las realidades humanas poniendo en ellas aliento divino, que las restaura y las ennoblec...

El misterio teresiano se explica con satisfacción únicamente si ponemos en él la presencia de Cristo. Vendrá condicionado por las circunstancias ambientales y por la sicología de Teresa, pero en última instancia es Cristo, viviente y glorioso, quien lo aclara todo.

La mística teresiana es cristocéntrica en absoluto. Teresa se llamará para siempre Teresa «de Jesús». Ella, por intuición sobrenatural, descubre y vive el misterio de Cristo en toda su extensión y su hondura, el misterio del Cristo total, de Cristo y su Iglesia. No sabrá formularlo técnicamente apenas. ¿Quién lo hacia en su tiempo, cuando el misterio eclesial doctrinalmente padecía una crisis negativa? Erasmo había hablado, friamente, según su ideoacrasia, de la Iglesia, Cuerpo místico de Cristo, pero tanto él, como algunos otros, no encontraban eco más que en cenáculos de selectos. Teresa, sin tecnicismos de escuela, sin teorías ni teologías difíciles, sin preparación, como por instinto divino, centra su espiritualidad en lo esencial del cristianismo y lo vive con una sencillez luminosa incomparable. Cristo y su Iglesia, el Cristo total, por eso Cristo en la Sagrada Escritura, Cristo en la Liturgia, Cristo en la contemplación apostólica, en la vida pobre y penitente, vertida toda en favor de los hombres hermanos (sacerdotes, pecadores, indios de América, herejes luteranos...), Cristo en los trabajos y quehaceres, en los caminos y en las relaciones, en los escritos y en las cartas, en las obras y fundaciones..., en las tareas todas según lo exija su caridad aquí abajo en la Iglesia peregrinante... Teresa supera genialmente el individualismo de la piedad de su siglo, y vive el

misterio eclesial como pocas figuras del catolicismo jamás lo han vivido.

Por eso la mística teresiana se hará de acción y de contemplación, en síntesis difícil y señera. María y Marta a un tiempo, como gustaba tanto repetir Teresa. Se hará de acción ascética y hasta misionera. También «entre los pucheros anda el Señor». De virtudes personales: adhesión a la voluntad divina, humildad, obediencia, caridad... Y de obras, «obras, obras quiere el Señor, hijas mías», obras todas de misericordia, según las circunstancias las reclamen... Ascetismo, pero ascetismo caliente, llameante de amor, ascetismo y actividad generosa, que manan del hontanar de un alma que se ha encontrado con Cristo en su silencio más profundo y más espe-  
so. Contemplación...

Teresa —la fémina inquieta y andariega, la gran baratona— es a la vez la santa de la contemplación, de la oración, de la vida interior, penetrada y penetrante. También ella ha sabido liberarse de los formalismos que en el cultivo de la vida de oración aquejaban a su siglo. Con toda sencillez, con todo abandono, ella camina por las galerías de su alma, y nos cuenta sus hallazgos, con ingenuidad encantadora, con esa impresión admirativa del alma clara y abierta que trata de invitar a los demás a que gocen de lo suyo con ella. Por eso leyendo a la Santa nos contagiamos enseguida, nos arrastra, nos acerca como si fuésemos sus íntimos amigos de por vida.

\* \* \*

Es cierto que esa intensa vida interior de Teresa se acompaña en ella de una serie de fenómenos impresionantes, iba a decir casi molestos. Pero un análisis sereno de sus posibles causas nos enseña que no rompen la radical esencialidad

cristiana de la mística de nuestra santa. El proceso sicológico que los ilustra es elemental y sencillo. La viva acción de Dios escondida en el alma, el encuentro fuerte y sostenido de ésta con El, pueden provocar el éxtasis somático, en sicologías sobre todo muy plásticas, como lo era sin duda la de Teresa. Es una repercusión bien fácil de explicar. Pero, que con el tiempo se apaga, como el vino deja de hervir y fermentar según se va haciendo, hasta llegar a la calma total, a ser vino logrado y sabroso. Igualmente las comunicaciones misteriosas de Dios en el alma, sus toques de luz, se trasforman en conocimiento, secreto, intelectual, casi inexpresable. Pero nuestro conocer actual, aún el sobrenatural, el informado por la gracia, se envuelve más o menos de una franja imaginativa inevitable. En Teresa esos toques iluminativos se traducen mejor o peor en palabras, que son el primero y principal de los signos humanos, o en imágenes, que son suyas, que responden a los esquemas de su archivo sicosomático, a la imaginería que sus mismos sentidos captan externamente a su alrededor, o que responden a los símbolos que su subconsciente crea bajo la influencia en parte de su ambiente o de sus vivencias hereditarias y ancestrales... Pero todo esto es accidental y es pasajero. De hecho en Teresa con el tiempo todo se simplifica y se decanta. Su vida mística en sus años posteriores es un vuelo cada vez más espiritual, más puro, más divino. Ni imágenes, ni éxtasis, ni cosas extrañas. Cada vez más endiosada, y al mismo tiempo más humana, más maternal, más niña... Por otra parte ella prescinde de todo esto cuando dicta a los demás sus lecciones sobre la oración. La unión de nuestra voluntad con la divina es lo único que importa. «No se os dé nada de esotra unión regalada». Cubrirá su doctrina con símbolos e imágenes más o menos conocidos: el camino, las moradas del castillo, el matrimonio espiritual, etc., pero bien sabe ella que todos éstos son pobres balbuceos de un algo inefable.

Auténtica mística cristiana, teocéntrica, pues si no no sería religión siquiera, pero cristocéntrica, es decir encarnada, humana, hasta afectiva, pues si no no sería cristiana. Teresa logra una cumbre que es sencillamente una idealidad casi insuperable... Ahí están para probarlo sus escritos, la obra viva de sus carmelitas, la documentación copiosa de los que conocieron a esta extraordinaria y genial mujer...

\* \* \*

¿Se quiere hablar del misterio teresiano? Sea. Teresa no se pierde en una ensoñación emocional evanescente y vacía, ni menos en una dialéctica racionalista idealizante..., ni deja de experimentar nunca la conciencia de su alteridad ante el Otro, ante el Ser que la explica y la llama, ante la realidad trascendente y personal que se la ofrece como destino, como fin de amor, como vida... Ella, tan realista, tan intuitivamente crítica, tan serena, descubrió vitalmente que eso, que Ese, era la verdad, y se sintió obligada a repartir el pan y la alegría de su hallazgo a los otros hombres... Sus obras —ella misma es en parte la primera— nos dicen que no se equivocó, que su mística vivida y escrita es la verdad, es la realidad, que es una versión auténtica del evangelio de Dios... Ella es por consiguiente para todos, dentro del misterio cristiano, un nuevo reclamo misericordioso del Señor. Cristo, viviente y glorioso, es la clave que nos explica el misterio teresiano, al mismo tiempo que el caso teresiano nos revela y nos lleva al Cristo Jesús que le explica y esclarece.

\* \* \*

Santa Teresa muere en 1582. Cuando esto acaece su fama de santa está prácticamente lograda. Todavía, años después, hubo alguna discusión en torno a su espiritualidad, pero fué cosa efímera y pronto superada. (P. Orellana O. P., etcétera). Un huracán de gloria la envuelve, que culmina con la

canonización en 1622. Aquella canonización que venía a ser el exponente del triunfo (relativo) de la contrarreforma católica frente a la reforma protestante. Teresa será la *santa por antonomasia de esa contrarreforma*.

Pero entonces es el momento cultural del «barroco». El «barroco» es un humanismo sin serenidad clásica, vitalista exaltado, ampuloso, exorbitante, optimista hasta el exceso... Sus héroes no tienen sombras. Sus panegíricos (y los prodigios en serie) son absolutos. Este complejo cultural es el que se apodera de la Santa. Por eso al elogiarla se fija en los aspectos que a él más le iban: santidad prefabricada (la huida a los siete años a tierra de moros significa que esta santa empieza por donde otros terminan; ¡cuando se trata de un sencillo gesto infantil...!); maravilloso (todo se explica por intervenciones supranaturales: un mareo y su caída es un empujón del demonio, etc.); algo tan accidental en la vida de la Santa, como con sus éxtasis y sus mortificaciones externas..., se sitúa en primer plano. Etc. Por supuesto, Teresa no tiene defectos. Es una mujer aureolada siempre. Si quisieramos presentar un monumento que fuese como el exponente de este clima, lo tendríamos en la célebre imagen romana del Bernini: magnífica escultura del arte barroco, pero triste y deformada y absurda como documento teresiano: aquello es un histérica en trance, o una vedette en pose ridícula...

Pero su prestigio en todo el mundo es entonces enorme. En España evidentemente. En Francia hace furor. Quintana-dueñas, Mme. Acarie, Berulle, San Francisco de Sales, Pascal, etc. (los estudios de Vermeylen, Lluina, Serouet..., lo demuestren). En Italia baste recordar: B. de Santa Catalina, S. Alfonso, M. de Ligorio: «la mia seconda mamma», etc. Los grandes tratadistas y escritores de espiritualidad recurren a ella como a instancia suprema. El interés de Leibniz por Santa Teresa es de sobra conocido. Su devoción es enormemente popular.

Hasta el siglo xix se mantiene poco más o menos su importancia extraordinaria. Pero siempre la misma imagen estereotipada que forjó el barroco. Los mismos panegíricos rim-bombantes, con frases y clisés hechos, hiperbólicos hasta el cansancio.

El siglo xx es de otro signo. A hito de racionalismo, de idealismo, de cienticismo... Avocado a la angustia. Menesteroso de soluciones positivas y concretas. Deseoso de intuición, de inmediatez, de amor sincero. El existencialismo, que cubre muchas posturas filosóficas, es en el fondo un afán de explicaciones y soluciones vitales a los problemas del hombre. Por eso nuestro tiempo se ha vuelto a los místicos, a los que, como decía Bergson, viven «la experiencia integral», a los que conocen experimentalmente el manantial mismo del amor y de la vida, que es Dios. Los místicos son los testigos de esa presencia de Dios en medio de nosotros. De nosotros que padecemos la tragedia humana de todos los hombres de todos los tiempos: la de sentirnos contingentes, limitados, acosados, condenados a la muerte, amenazados por la nada..., pero que a la vez nos sentimos libres, responsables de nuestro vivir, y con sed rabiosa de ser, de ser más, de ser felices, de ser siempre... Los místicos nos ofrecen la solución única al tremendo problema. Pero no de una manera puramente cerebral, sino además cordial, experimental, vital... Ellos son testigos, ellos han hallado a ese Dios, que es Padre, que es Caridad, que es Vida...

Por eso Santa Teresa (como San Juan de la Cruz) es ahora actual como nunca. No tan popular. Pero de más categoría en el mundo espiritual e intelectual de nuestros días.

### Manifestaciones de este fenómeno.

- a) Renovación de los estudios históricos en torno a la

Santa. Serenos, documentados, críticos... Ella y su ambiente. A la vez se han hecho ediciones muy cuidadas de sus escritos. (Lafuente, Mir, Silverio, Efrén, F. Hernández, E. J. Pardo, etc.).

b) Los estudios sicológicos empíricos hoy tan avanzados, se han aplicado a veces con exageración, pero en conjunto con provecho, al caso teresiano. Así podemos conocerla humanamente mejor. Y su figura se ha perfilado con detalles preciosos (Hanns, Delacroix, Bruno de J. M., Donázar, etc.).

c) Estudios doctrinales enmarcados dentro del florecer general, hondo y sustancioso, de los estudios místicos.

De hecho hoy la conocemos mejor. Su alto sentido observador, su sicológismo sano, su esfuerzo generoso ante la llamada divina, sus límites... En conjunto la vemos más completa, más humana, muy femenina, muy realista, más santa en total.

Francia va a la cabeza del interés por los estudios teresianos: Bergson, Chevalier, Lavelle, S. Weil, hasta S. de Beauvoir ha tenido que exclamar ante Teresa: es en el mundo femenino «l'éclatante exception». La biografía reciente de M. Auclair ha colocado cientos de miles de ejemplares.

En Inglaterra recordemos a Allison Peerts. Y en Italia a Papásogli... En Alemania al profesor Hatzfeld, y a Edit Stein, la gran filósofa, que encuentra a Cristo por la lectura de nuestra Santa: «Cuando la cerré (la autobiografía teresiana) tuve que confesarme a mi misma: ésta es la verdad». Su vida después en el Carmelo, y su martirio, llevaron hasta el heroísmo más impresionante el testimonio cristiano de la gran hebrea.

Por todas partes literatura teresiana, inmensa, valiosa, enriquecedora en general. Hasta en el teatro: C. Méndez (caricatura deplorable), Marquina, Williamson, Espinós... Ahora también ha tentado al cine... ¡fracasadamente!

Y la influencia en las almas espirituales, callada, silente, pero eficacísima: carmelitas por supuesto, M. Sacramento, Bta. A. M. Javouhey, C. de Foucauld, etc....

Y en España... los tópicos «románticos» de la santa simpática a ultranza, y lo de la Santa de la «raza»... de gusto tan dudoso...

\* \* \*

Teresa es un exponente magnífico, un testigo de la presencia de Dios junto a nosotros. Ella ha logrado una síntesis maravillosa, al nivel de la persona, de una existencia humana, hecha de limitaciones simpáticas y de valores espléndidos, pero que se siente segura de su destino y de su caminar hacia el mismo. Ella rompe así junto a nosotros, sus amigos, el silencio de Dios, que con frecuencia nos agobia, y nos entrega el secreto de su fe y de su amor, el secreto de su vida plena y fecunda, ese secreto que todos buscamos como solución a la sed de infinito, de absoluto, de eternidad, que nos quema...

Ella está muy cerca de nosotros, como una sombra bendita, como una sonrisa de Dios, como una pura esperanza conseguida... «¡No sé cómo me quieren tanto!», escribió en alguna ocasión (1). Por eso..., porque como tu misma dijiste bellamente también, «el alma se te llenó de sol», y has tenido la gracia de compartir tu luz con nosotros, tus pobres y oscuros hermanos...

---

(1) Carta a Lorenzo de Cepeda, Avila, 23 dic. 1561.



Institución Gran Duque de Alba

## A P E N D I C E

**SAN PEDRO DE ALCANTARA**

SAN PEDRO DE ATACAMA

APÉNDICE



Institución Gran Duque de Alba

## A P E N D I C E

Santa Teresa ha escrito: «Bien veo que no es perfección en mí esto que tengo de ser agradecida; debe ser natural, que con una sardina que me den, me sobornarán...» (1). Por eso ella agradecerá este apéndice en homenaje a su querido y admirado fray Pedro. En la basílica vaticana sus estatuas, las primeras al entrar, están frente a frente, en diálogo permanente de amor de Dios y de trabajos por su reino de gloria y de paz...

---

(1) Carta a María de San José, Avila, setp. 1578.

## SAN PEDRO DE ALCÁNTARA

Fué como un «profeta» grande que emerge en medio de un bosque de otros profetas que llenaron su siglo. De hecho todos los que le conocieron le admiraron extraordinariamente muy impresionados por su encuentro.

«Era hombre corpulento e de buena estatura, buen rostro, color vaxo e la cabeza grande e muy calva, e unas arrugas grandes en la frente», dijo de él algún testigo de vista en el proceso de beatificación (1).

Y Santa Teresa hizo de él este retrato célebre; «...Mas era muy viejo cuando le vine a conocer, y tan extrema su flaqueza, que no parecía sino hecho de raíces de árboles. Con toda esta santidad era muy afable, aunque de pocas palabras si no era con preguntarle. En éstas era muy sabroso, porque tenía muy lindo entendimiento» (2). Allí cuenta aturdida sus penitencias extraordinarias, cuyo relato completa en el capítulo 30 después.

\* \* \*

Había nacido en Alcántara, en la raya de la Extremadura

---

(1) Declaración de Miguel Vázquez, Arenas, 20 de junio de 1615, archivo vaticano, *Procesos*, v. IV, f. 13 r.

(2) *Vida*, c. 27.

española y la Extremadura portuguesa en 1499. Fué hijo de Pedro Garabito y de María Villela de Sanabria.

Extremadura... tierra seca y sin suavidades, que forja a sus hombres en barro recocido, más recio que el bronce... Como Extremadura no conoce el mar le busca en la aventura, y le fuerza, y le traspasa. Los «conquistadores» de las Indias occidentales fueron principalmente extremeños. Pero Pedro no se dejó arrastrar por el entusiasmo de los jóvenes que le rodeaban. Después de pasar algún tiempo de estudio en Salamanca se hizo franciscano, en 1515, en el convento de Santa María de los Majaretes.

Las «reformas» franciscanas constituyen en España del siglo XIV al XVI un casi verdadero laberinto. Hacia 1377 surge la de fray Pedro de Villacreses, que prolongan por un lado San Pedro de la Costanilla o Regalado y fray Lope de Salazar y Salinas, y por otro fray Pedro de Santoyo. De los restos de unas y otras corrientes se formarán las provincias observantes de la Concepción y de Burgos. Por tierras extremeñas aparecen los frailes del «capuchón» o descalzos que inicia fray Juan de la Puebla, y continúan entre dificultades innumerables fray Juan de Guadalupe, fray Francisco de Melgar, fray Francisco de Fregenal, fray Ángel de Valladolid, etc. Perseguidos en España se refugian en Portugal, donde nace la custodia de la Piedad, mientras en Extremadura subsiste a trancas y barrancas la del Santo Evangelio. A ella pertenece el convento de los Majaretes. La custodia deviene pronto provincia bajo el nombre de San Gabriel.

Hacia 1524 debió ser ordenado sacerdote. Es a continuación guardián de Nuestra Señora de los Angeles, San Miguel de Plasencia, San Gabriel de Badajoz, San Onofre de la Lapa... En 1535 es definidor provincial. Y provincial en 1538

(capítulo de Alburquerque). Funda entonces los conventos de Villanueva del Fresno, Santa Cruz de Tabladilla y Valverde. Y redacta en el capítulo de Plasencia en 29 de abril de 1540 nuevos estatutos y ordenaciones para la Provincia. Va como provincial al capítulo general de la Orden que se celebraba en Mantua, pero no puede pasar de Barcelona por caer enfermo. ¿Conoció entonces allí al virrey Don Francisco de Borja? Quizá por los buenos oficios del famoso franciscano fray Juan de Tejeda, amigo del virrey? Se habla más adelante en las biografías alcantarinas de una bilocación para verse de nuevo los dos frailes a quienes unía hermandad y amistad grande.

En 1542 marcha a Portugal con fray Juan del Aguila y fray Francisco de Piedrahita, llamados por fray Martín de Benavides, que ha fundado allí la custodia de la Arrábida bajo la protección de Juan III. San Pedro será guardián de Palhas, y con fray Martín redacta los estatutos de la custodia, luego Provincia. Pero en 1544 vuelve a España. Debió haber ido a Portugal otras veces ya antes y volverá después (1550...), aunque no permanece. Pero en Portugal dejará muchos amigos y dirigidos del rey abajo, la reina doña Catalina, infantes, nobles... Su recuerdo no se ha olvidado todavía por las suaves tierras lusas.

Hay conatos y hasta luchas por hacerle provincial de San Gabriel de nuevo en 1548, 1551 y 1554. Pero nunca salió. En el capítulo de 1554 en los Majaretes queda sin oficio, y es enviado a Altamira a dirigir las obras de reedificación del convento. Parece que vive después algún tiempo en Santa Cruz de Paniagua. Pero... una nueva etapa de su vida va a comenzar pronto para su final.



Fray Pedro siente ansias de más soledad y más acendramiento espiritual. La llama de su vivir se espiritualiza, se alarga, porque pronto vendrá a apagarse. En los franciscanos era frecuente el conseguir retirarse a vivir alguno o algunos en plan de eremitas. Esos eremitorios que fundaban, daban lugar a veces a conventos en forma, y hasta a nuevas custodias. Todo ello solía ocurrir con permisos y contrapermisos de superiores, con luchas de jurisdicción y forcejeos de corrientes espirituales. Fácilmente en el siglo xvi estas nuevas reformas y custodias se refugiaban bajo la alta jurisdicción del general de una de las grandes ramas en que la Orden franciscana quedó dividida desde el capítulo generalísimo romano de 1517: conventuales y observantes. Si la reforma salía de la Observancia, como ésta solía obstaculizarla, los interesados se pasaban a los conventuales, que los acogían con facilidad para poder decir a la observancia: somos más que vosotros. Luego surgían las dificultades con los conventuales, y las reformas solían volver a la Observancia para permanecer con fisonomía propia o quedar absorbidas por ella. Precisamente por aquellas calendas la custodia de San José era un caso de éstos. La fundó fray Juan Pascual, que había sido de los «capuchos», de la custodia del Santo Evangelio, pero de la que se separa en 1517 al unirse aquéllos a la Observancia. El se refugia en los conventuales con su eremitorio de San Simón de Redondela. En 1541 consigue breve para admitir gente y funda en Bayona. En 1551 en Vigo. A los conventos gallegos se une otro extremeño, surgido de manera parecida: fray Alonso de Manzanete, de la provincia de San Gabriel, erige un eremitorio en la dehesa de San Isidro de Loriana, también sujetándole a los conventuales, y con el patrocinio del abulense Don Juan Velázquez Dávila, señor de Loriana. Fray Juan Pascual muere en 1554 cuando vuelve a Galicia después de visitar el conventito de Loriana. Pero la incipiente

custodia de San José con sus cuatro conventos permanecerá. Pronto la hará grande y gloriosa nuestro santo.

\* \* \*

1557. El 22 de mayo Don Rodrigo de Chaves y su esposa, dirigidos de fray Pedro, regalan a éste por escritura de cesión una «casa e huerta», el Palancar, junto al Pedroso. Fray Pedro va a hacer allí vida eremítica, con breve del Papa y autorización del ministro de su provincia de San Gabriel, fray Juan de Espinosa. Va a vivir allí un poco de tiempo el ideal de contemplación y penitencia que ilusionan de por vida a su alma. Le acompaña fray Miguel de la Cadena y Carvajal. Y le protege además su amigo el obispo de Coria Don Diego Enríquez de Almansa. 1557... El eremitorio surge en aquel repliegue serrano que mira hacia las llanadas extremeñas que se pierden en Gredos. Piedras y encinas, breñas y jarales... Silencio y luz dura y bravía... La austera llamarada del aire... Todavía hoy se conserva aquel conventito en miniatura, aquellas celdas pobrísima, aquella cocina, aquel refectorio, aquel claustro de cuatro metros, aquella capilla recientemente decorada con primor delicioso por Magdalena Leroux y su esposo Pérez Comendador. Todo es impresionante y único. Es un grito del espíritu y de la penitencia en medio de la juerga sacrilega del mundo. Es un manifiesto de la pobreza y sencillez evangélica entre los afanes de las ambiciones y las injusticias de los hombres.

El antiguo amigo, ahora padre Francisco de Borja, pasa por Jarandilla para Yuste y Portugal, y escribe a nuestro ermitaño el 22 de agosto de 1557: «Fuera yo de muy buena gana a su ermita de V. R. y tuviérala por un paraíso en la tierra... A la vuelta espero en el Señor que nos veremos y trataremos particularmente». En noviembre la visita se efectuó.

Fray Pedro está allí casi sólo. Pero su fama y sus relaciones son cada día más extensas. El obispo de Coria, Don Rodrigo de Chaves, el Conde de Oropesa, terciarios franciscanos de por aquellos pueblos..., le consultan o se dirigen con él. 1558: Carlos V está en Yuste, preparando su morir. Llama a fray Pedro. Nada sabemos de su conversación. Pero parece que no quiso encargarse del cuidado habitual del alma del Emperador. Como más adelante tampoco aceptó la dirección de las «descalzas reales» de Madrid, que le pedía la princesa Doña Juana. Fray Pedro no quiere recortar por nada la libertad de su vivir y de su vuelo. Por este tiempo también va a Jerez de los Caballeros a la fundación de un beaterio de terciarias franciscanas.

Pero pronto apareció en el horizonte la persecución. En el capítulo provincial de Monteceli del Hoyo, de 7 de septiembre del mismo 1557, parece que se rechazó el que se le hubiese consentido su fuga eremítica. Y se le debió tener por «apóstata». De hecho en 29 de abril de ese año Pío IV dió un breve contra los abusos y anarquía que se debían dar en ese sentido entre los franciscanos. El estaba en regla. Pero su misma significación tan alta en toda España y Portugal hacían su caso particularmente delicado. ¿No provocaría una nueva escisión en la venerable benemérita provincia de San Gabriel? El resultado fué que se hizo sospechoso a algunos, y esas inquietudes perdurarán bastante tiempo, y llegarán sus salpicaduras a la Inquisición. Los tiempos eran terribles, y los dedos se hacían duendes, es decir «iluminados» o quizás luteranos a cualquiera. En el Archivo Nacional de Madrid, Inquisición, legajo 2.700 hay una denuncia del maestrescuela de Coria, Francisco Hernández Cornejo, al Doctor Ramírez inquisidor de Llerena, contra el obispo Don Diego Enríquez por amparar a un fraile «apóstata» y por un grupo de espirituales de Coria, cierta liga y compañía que «hazian secreto ciertos

teathinos que se dezian, los cuales se apartavan de la conver-  
sación de los otros fieles cristianos, entre los qualles estavan  
don Luis de Rojas, sobrino del señor obispo de Coria y fray  
Pedro de Alcántara y Rodrigo de Chaves de Ciudad Rodrigo  
y se juntavan con otras mugeres de esta ciudad con muy es-  
trecha amistad y converzación de que se escandalizaban los  
de este pueblo». Es dato curiosísimo para sumar al panora-  
ma espiritual efervescente de la España del xvi.

Esas dificultades que encuentra en su provincia de San Gabriel llevan a San Pedro a tomar la resolución de salir de ella y unirse a la custodia de San José, que vive a la sombra de los conventuales. ¿Cuándo se erigió ésta canónicamente? Parece que en 1558. Todo se hace con la ayuda del señor de Loriana que tiene gran influencia con las reinas María de Hungría y Leonor de Francia, hermanas del Emperador, y que merodean por allí en torno al hermano para morir todos tres en ese año de 1558, y con la infanta María de Portugal. La custodia tiene pues cinco conventitos con el del Palancar. El refuerzo del Santo resulta para ella definitivo.

\* \* \*

Todo se precipita ahora. Fray Pedro es nombrado por el general de los conventuales su comisario para la custodia de San José. Enseguida se pone en camino para Roma (finales de 1558 y principios de 1559). Vuelto de allí reúne capítulo en Loriana (8 de octubre de 1559) para intimar los documentos romanos. Se admiten nuevos conventos: el Rosarito cerca de Oropesa, y el de Villaviciosa junto a Plasencia. Luego en los pocos años que le quedan de vida se multiplican rápidamente: Elche, Aspe, Bobadilla del Monte, Monforte, Sollana, Aldea del Palo (Doña Giomar de Ulloa), Arenas... Otros quedan en perspectiva, como Paracuellos (Doña Luisa de la Cerdá), etc.

El 2 de febrero de 1561 erige solemnemente en Provincia la hasta entonces custodia de San José. Se nombra provincial a fray Cristóbal Bravo. Allí seguramente (o quizá en el de Bobadilla después) promulga las constituciones u «ordenaciones» de la provincia, obra suya inconfundible. Casas pobres y pequeñas, no propias, descalcez, pobreza radical, disciplina diaria, dormir sobre tabla, abstinencia de carne, tres horas de oración mental... Llevan al extremo lo que las constituciones de los «capuchos» antiguos habían ya exigido.

La descalcez alcantarina es una consecuencia de la vida de fray Pedro. ¿Es una interpretación exacta de la intuición amorosa franciscana? Digamos que esta última por su grande vivacidad admite expresiones distintas, según lo exigen las circunstancias temporales y espaciales históricas. La de San Pedro es una lección extremosa. La que Dios sin duda le pidió. La que correspondía a su temperamento extremeño. La que el momento español reclamaba. Hora de exaltación espiritual, hora de reforma, hora de empinación y de «furia», por fuerza de la sangre y de las urgentes y grandiosas tareas. Pedro de Alcántara es seguramente la figura más exponencial de esa «furia» espiritual espléndida.

La reforma franciscana él no la crea: recoge la existente y la lleva a una culminación vigorosa. Las «ordenaciones» de 1561 son en algunos aspectos estremecedoras. Su vida de contemplación altísima, su pobreza extrema, su austeridad extraordinaria, su inquietud apostólica... quedaron vertidas en aquella reforma. Y cuando después de su muerte, su provincia de San José prolifera en otras, y los descalzos alcantarininos se extienden por el mundo, ellos llevan por todas partes ese aliento de santidad, de martirio, de apostolado misionero... que recogieron de fray Pedro y que hicieron de esta rama franciscana una de las instituciones más gloriosas del franciscanismo y de la Iglesia. Ella nace jurídicamente en el seno

de la Clastra, de los Conventuales. Pero, como era de esperar, pasa pronto a la Observancia, de donde había surgido, el 25 de enero de 1563, muerto ya San Pedro.

\* \* \*

Entre las amistades de fray Pedro en Plasencia una fué la de D. Francisco Dávila, señor de Salobralejo, avilés, casado con doña Guiomar de Ulloa. Cuando aquel murió en Avila en 1552, fray Pedro se acercó a Avila para consolar a la viuda y arreglar asuntos que el difunto le dejó encomendados. En el verano de 1560 volvió de nuevo para tratar con ella de una fundación de sus frailes en el pueblo zamorano de Aldea del Palo, mayorazgo de aquélla. Fué la ocasión providencial de encontrarse con doña Teresa de Ahumada, amiga íntima de la Ulloa. Fray Pedro tenía en Avila muchos buenos amigos, sobre todo D. Juan Velázquez o Blázquez de Loriana (1). En su casa solía posar el santo siempre que venía a Avila pues, dice Santa Teresa, que era «persona adonde los siervos de Dios hallaban espaldas y cabida» (2). Pero pronto fué un número impresionante de lo más espiritual de la ciudad murada el que gravitó en torno a él. Doña Guiomar, Catalina Dávila, Gaspar Daza, Francisco de Salcedo, Francisco de Guzmán, María Díaz la santa de Avila a quien él estimó muchísimo, el mismo obispo D. Alvaro de Mendoza... Va y viene por allí

(1) D. Juan es figura interesante que se debe estudiar. Su casa solariega debía estar por la actual calle de Vallespin. Fué hijo de Francisco Dávila e Isabel Mexía de Ovando. Nació en 1501. Casó con Teresa de Bracamonte Moxica. Hijos: D. Francisco Dávila que muere en 1562, Diego Velázquez Mexia de Ovando, primer conde de Uceda, que le sucede en el mayorazgo, y María Dávila. D. Juan favorece todo el movimiento franciscano de Extremadura en aquel tiempo (Alonso de Manzaneque, fray Pedro...). En el capítulo del Palancar del 1561 se prescriben rogativas por él, por ser el «principal patrón de nuestra provincia de San José». En 1565 se recoge a Guadalupé, donde muere en 5 de diciembre de 1572. Una lápida en el claustro mudéjar aún lo recuerda. Su sepulcro está en las franciscanas de San Pablo de Cáceres con los familiares de su mujer.

(2) *Vida*, cap. 36.

en numerosas ocasiones en esos dos últimos años de su vivir, de tal modo que Avila viene a ser durante ellos el epicentro de su actividad prodigiosa. En cien sitios quedó recuerdo de su paso; San Francisco, Mosén Rubí, San Vicente, San Millán, Santo Tomé el Viejo, Santa Ana (en el capítulo celebra Misa en éxtasis), la catedral (visión teresiana en la Misa del Santo ayudado por San Francisco y San Antonio), la Encarnación (comida en el locutorio invitado por Doña Teresa y servida por María Díaz, y con la visión del Señor que le da de comer...), casa de Don Juan Velázquez, casa de Salcedo, conventito de San José...

Pero volvamos al encuentro de fray Pedro y Teresa. Ella nos lo cuenta en el capítulo 30 de su *Vida*. «Fué el Señor servido remediar gran parte de mi trabajo, y por entonces todo, con traer a este lugar al bendito fray Pedro de Alcántara... Pues como la viuda sierva de Dios que he dicho, y amiga mía supo que estaba aquí tan gran varón y sabia mi necesidad... Para que mejor le pudiese tratar, sin decirme nada recaudó licencia de mi Provincial, para que ocho días estuviese en su casa, y en algunas iglesias le hablé muchas veces esta primera vez que estuvo aquí, que después en diversos tiempos le comunique mucho... Casi a los principios vi que me entendía por experiencia, que era todo lo que yo había menester... Este santo hombre me dió luz en todo, y me lo declaró, y dijo que no tuviese pena, sino que alabase a Dios, y estuviese tan cierta que era espíritu suyo, que si no era la fe, cosa más verdadera no podía haber, ni que tanto pudiese creer. Y él se consolaba mucho conmigo, y hacíame todo favor y merced, y siempre después tuvo mucha cuenta conmigo y daba parte de sus cosas y negocios. Y como me veía con los deseos que él ya poseía por obra, que ésto dábamelos el Señor muy determinados, y me veía con tanto ánimo, holgábase de tratar conmigo... Quedamos concertados que le escribiese lo que me

sucediese más de ahí adelante y de encomendarnos mucho a Dios; que era tanta su humildad, que tenía en algo las oraciones de esta miserable, que era harta mi confusión. Dejóme con grandísimo consuelo y contento, y con que tuviese la oración con seguridad y que no dudase de que era Dios...».

Los efectos pues fueron maravillosos. En adelante el santo franciscano será el árbitro supremo de los asuntos personales y fundacionales de la santa carmelita. Porque poco después de conocerse aparece en el alma de la Santa la idea de la fundación de San José. El desde lejos o desde cerca aconsejará, animará, alentará aquella empresa. En el asunto de la pobreza rigurosa para el proyecto carmelita él decidió como era de suponer. La carta del santo desde Avila, 14 de abril de 1562, a la santa entonces en Toledo con Doña Luisa de la Cerda, es de una fuerza sin igual, imponente, toda nervio, toda eficacia. Se ven, se escriben. En Toledo le pone en comunicación con Doña Luisa de la Cerda. En 1562 está en Avila enfermo, pero oportunísimo para acabar de ayudar a los difíciles preparativos inmediatos de abrir San José. Don Alvaro se resiste... Una carta que el santo le escribe no hizo efecto. Y entonces, enfermo y agotado, se fué personalmente a visitarle al Tiemblo donde aquel se encontraba. Va en un jumentillo pues ya no puede caminar a pie. Le acompañan Gonzalo de Aranda y Francisco de Salcedo... Don Alvaro consiente en visitar a la monja cuando vuelva a Avilæ. Y de aquella visita salió el permiso para inaugurar San José. Todavía en agosto pudo bendecir él la casita ya preparada. «Verdaderamente es propia esta casa de San José porque en ella se me representa el pequeño hospicio de Belén», pudo decir al verla. Luego partió... No estuvo en Avila el día 24 de agosto de 1562. Pero aún pudo escribir pocos días antes de morir a la Madre Teresa para animarla a mantenerse firme en medio de las contradicciones desatadas que surgieron y en el punto de la san-

ta pobreza en particular. Daza fué hasta Arenas a informarle de todo. Después de muerto aún le verá varias veces Teresa en visión.

\* \* \*

Como antes dije, los últimos años son de una asombrosa actividad. Como comisario general de los conventuales reformados va y viene fundando y visitando sin cesar. A la vez vive estático. Pasa como una llama. Y los prodigios caen de sus manos a su paso. En Herradón de Pinares sacará a un niño ahogado de un pozo. En el puerto de El Pico la nieve quedará protegiéndole una noche como si fuese una cueva caliente... La levitación ante la cruz... El báculo que florece... Curará enfermos, convertirá pecadores... En agosto de 1562 parte de Avila hacia Villaviciosa. No puede pasar de allí... Va exhausto. El conde de Oropesa devotísimo suyo le lleva a su villa condal. Pero el santo quiere morir en Arenas.

El tres de agosto de 1561 el provincial Cristóbal Bravo ha recibido allí para convento la ermita de San Andrés a cierta distancia de la villa, de una cofradía, propietaria de la misma. Pero el clero local se opuso. Y se retrasa la fundación. En 1562 ya está en marcha pero todo debe estar muy provisional y en comienzos... Fray Pedro va a morir allí, en aquel rincón paradisiaco, émulo de los deliciosos paisajes umbros, que encarnaron la vida del pobrecito de Asís. Hace ya dos años que está muy enfermo y padece «cámaras». Como en el convento incipiente no hay medios para poderle atender, un médico amigo le lleva a su casa, donde al amanecer del 18 de octubre de ese año bendito de 1562 se dormirá en el Señor... «Laetus sum in his quae dicta sunt mihi...».

Podía descansar en paz. Su misión: la descalcez franciscana y la reforma carmelitana estaban ya en marcha... El po-

día morir y descansar en la paz; paz para su cuerpo agotado de viajes y fatigas y mortificaciones; paz para su alma en tensión, deseosa siempre de ver a Jesucristo; paz en aquel amanecer dorado de otoño, cuando las viñas de Arenas se cargan de racimos ubérrimos, invitando al banquete y a la libación, cuando sus olivos platean a la luz ya cansada; paz en la caridad que de temporal se hace eterna...

«Después ha sido el Señor servido yo tenga más en él que en la vida, aconsejándome en muchas cosas. Hele visto muchas veces con grandísima gloria. Díjome la primera que me apareció, que bienaventurada penitencia que tanto premio había merecido, y otras muchas cosas. Un año antes que muriese, me apareció estando ausente, que supe se había de morir y se lo avisé, estando algunas leguas de aquí. Cuando expiró, me apareció y dijo cómo se iba a descansar. Yo no lo creí y dijelo a algunas personas y desde a ocho días vino la nueva cómo era muerto, o comenzado a vivir para siempre, por mejor decir».

«Hela aquí acabada esta aspereza de vida con tan gran gloria; paréceme que mucho más me consuela que cuando acá estaba. Dijome una vez el Señor que no le pedirían cosa en su nombre que no la oyese. Muchas que le he encomendado pida al Señor, las he visto cumplidas. Sea bendito por siempre. Amén» (1).

\* \* \*

Nada hemos dicho de su librito sobre la oración y meditación. La discusión en torno a la originalidad ha sido agria y tormentosa. Parece ya claro que fray Pedro compendió y

---

(1) *Vida*, cap. 27.

adaptó a Granada añadiendo de su cosecha cosas sabrosísimas sobre todo en lo que se refiere a la contemplación, cuya experiencia poseía como pocos. Obra original y prestada a la vez, obra «pastoral» de un hombre que únicamente quería ayudar a los demás. (1). Su librito tuvo una inmensa difusión. Y hasta la iconografía alcantarina se ha fijado con predilección en esta breve faceta del humilde escritor.

\* \* \*

Pedro de Alcántara fué beatificado en 1622 y canonizado en 1669. Su estatua figura en la basílica vaticana como fundador, único caso entre los reformadores franciscanos. Es patrón de Extremadura en España y del inmenso Brasil.

Un artista anónimo asesorado por los que le conocieron en vida nos dejó su imagen maravillosa en Arenas, en aquel conventito que guarda sus restos, en aquel marco de ensueño, severo y dulce al mismo tiempo, de las sierras avilesas, donde él quiso morir. La capilla de su sepulcro, espléndida de mármoles y broncees no es sin embargo alcantarina. El arte neoclásico y barroco de Ventura Rodríguez y de Francisco Gutiérrez choca con el estilo ascético y recogido de fray Pedro. El conventito del Palancar lo conserva. Es su lugar. Es el sitio donde se atarda su recuerdo, donde por eso es inmediata e intuitiva su poderosa evocación...

Pedro de Mena fué después el artista de fray Pedro. Sus impresionantes esculturas nos dan una versión exacta, si no de la fisonomía de San Pedro, sí de su alma, de su espíritu...

---

(1) Cfr. los trabajos últimos de A. Huerga, O. P., por los dominicos, *Génesis y autenticidad del libro de la Oración y Meditación*, en Revista de A. B. y M. 1953, páginas 135-183. Y L. Amorós, O. F. M., por los franciscanos, *San Pedro de Alcántara y su «Tratado de la Oración y Meditación»*, en Arch. Ib. Americano, 1962, págs. 163-221.

Pérez Comendador (estatua en Cáceres) y Navarro Gabaldón le han interpretado, sobre todo el último (estatua en Arenas) con maravillosa penetración. Pero ¡fué una lástima que el Greco no le hubiese conocido y pintado! Que con sus grises y sus amarillos y sus rojos y sus esmeraldas y sus sienas... no nos haya podido dejar el retrato delirante de la llama —el alma— en el haz de sarmientos —el cuerpo— de fray Pedro de Alcántara, el santo que es testimonio-límite de las radicales exigencias del divino amor...



Institución Gran Duque de Alba

